

*Selecta*

*La caja de  
palisandro*

**Ana E.  
Guevara**



La caja de palisandro

*Ana E. Guevara*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*No hay ni una sola historia de amor real que tenga un final feliz.  
Si es amor, no tendrá final. Y si lo tiene, no será feliz.*

Joaquín Sabina

# Capítulo 1

Esta historia bien podría ser una historia de amor, pero no como esas novelas románticas que devoraba en el sofá de su casa con una manta de cuadros sobre los pies. Una historia ambientada en el Londres victoriano donde un importante noble se enamoraba de una plebeya de mente despierta y lengua ágil. No, esta historia no se va a parecer en nada a esas novelas. No hay Londres victoriano, ni lord; por no haber, no hay ni una plebeya salida de Whitechapel, solo una chica normal.

Apretó el paso, sus pisadas resonaban en los adoquines aún mojados por la reciente lluvia. Se levantó un poco el cuello del abrigo y notó cómo dos inmensos goterones resbalaron por sus mejillas, pero no era la lluvia, eran lágrimas cargadas con toda la tristeza del mundo. Un mundo que ahora era más oscuro y solitario que unas horas antes. El abrigo corto apenas alejaba el frío que hacía en la calle desierta y se dio cuenta de que el frío, en verdad, estaba dentro de ella.

Llegó a casa y, tras unos minutos parada en el pasillo sin saber muy bien qué hacer, tomó una decisión: contaría su historia. Una licenciada en Hispánicas no debería tener demasiados problemas para juntar unas cuantas letras y dar forma a sus emociones. Cientos de ideas habían nacido dentro de su cabeza con el paso de los años, pero nunca les había dado forma, nunca se había atrevido a que fueran algo más que una mera ensoñación. El miedo al fracaso era más fuerte que ella y nunca reunió suficiente coraje como para plasmarlas en un papel y compartirlas con alguien más. Pero esta historia bien merecía dejar sus miedos escondidos en el fondo de un armario y dar ese paso que no se había atrevido a hacer nunca.

Si esto fuera una novela romántica, sacaría de su caja su vieja Underwood, herencia de algún familiar conocedor de sus inclinaciones literarias, y el golpeteo de las teclas la acompañaría durante el arduo trabajo de recordar los momentos más felices de su vida. Pero como ya hemos dicho, esta historia está lejos de ser una novela romántica al uso y tuvo que conformarse con un paquete de folios. Nuevo, eso sí. La historia de Álex se merecía estrenar un paquete solo para la ocasión. También cogió una pluma de su colección de estilográficas. Eran objetos que desde niña siempre la habían fascinado y dentro de una vida casi monacal eran prácticamente el único lujo que se había permitido. Cogió su favorita, una Sheaffer Triumph que encontró en el Rastro en una caja destartada entre un montón de objetos de escritorio. Pagó una cantidad mínima por ella porque el dueño no sabía lo que tenía entre las manos y a ella le costó que no se le notara el entusiasmo por el precio reducido que estaba a punto de pagar. Tardó varios días en limpiarla y conseguir que la tinta fluyera, pero una vez que lo consiguió sintió una alegría incommensurable. Estos pequeños éxitos eran los que daban sentido a una vida por lo general solitaria y gris.

Puso un cartucho en el depósito y enroscó suavemente la pluma. Dio un largo suspiro y, entonces, comenzó a escribir.

*Anodina. Ni alta ni baja, ni gorda ni flaca. Con una cara bonita, pero sin ser dueña de una belleza espectacular. Mi hermano, que además de ser el espabilado de la familia es un poco cabroncete, decía que me podía dedicar a robar bancos ya que si había testigos no serían capaces de hacer un retrato robot, tal era la vulgaridad de mis rasgos. Me licencié en Filología Hispánica por la Universidad Complutense cuatro años antes de que comience esta historia. Elegí esa carrera porque adoro leer, desde bien pequeña era mi pasión y pensé, ilusa de mí, que cuando una persona era apasionada de algo sería fácil encontrar a alguien que lo contratara para desempeñar su vocación. Eso seguramente sería válido antes de la crisis de 2008, pero desde que ese monstruo implacable que se llama recesión entró*



*en las vidas de los españoles las cosas habían cambiado bastante.*

*Por más que busqué y busqué no encontré nada de lo mío, y lo que había era con un contrato de semiesclavitud por un salario que no daba ni para pagar un estudio a cincuenta kilómetros de la capital. Por eso dejé de lado mis sueños de dedicarme a la docencia, o a la literatura, o a lo que fuera que hubiera soñado con dedicarme, pues saqué mi lado práctico y le di más importancia a poner un plato caliente en la mesa cada día. Así es como llegué a trabajar al Leroy Merlin<sup>[1]</sup> de un centro comercial en las afueras de Madrid, y así, por extraño que parezca, es como comienza esta historia.*

*Estaba colocando, con la precisión de un relojero suizo, una pila de botes de pintura el día que Álex entró por la puerta grande. Y no es una metáfora ni una figura literaria, es que literalmente entró por la puerta grande de la tienda, la que se abre sola cuando te acercas lo suficiente. Si esto fuera una novela romántica seguramente él hubiera ido despistado pensando en su día de trabajo o en lo solo que se sentía y hubiera tropezado sin querer con la pila de cubos que yo acababa de montar. Tras el estropicio inicial me ayudaría a recogerlos, nuestros dedos se tocarían en un momento dado cuando los dos fuéramos a recuperar el mismo bote y un relámpago nos abrasaría la columna vertebral.*

*¿Os he dicho ya que esta no es una novela romántica? Pues no lo es, y nada de eso sucedió. Él cogió un bote de pintura verde pistacho, me miró durante lo que dura el aleteo de un colibrí y se fue a pagar a la caja más cercana dejando tras de sí una sonrisa enigmática y unos ojos gatunos. Durante una fracción de segundo fantaseé con la idea de que ese apuesto desconocido se hubiera quedado tan prendado de mi belleza que me esperaría a la salida del trabajo para hacerse el contradizo. Pero cuando acabó mi turno y cerramos la tienda no había nadie aguantando una columna con el hombro solo con el propósito de saber algo más sobre mi persona. Lo que sí había era un rayón en la puerta trasera de mi coche demostrando que un día anodino puede rápidamente convertirse en algo*

*mucho peor.*

*Le di una vuelta al coche en una rápida inspección buscando más desperfectos y me sorprendió encontrar un papel en el parabrisas. Era un ticket de compra de Carrefour en el que alguien había garabateado con prisas una disculpa por el golpe y un número de teléfono para que lo llamara y rellenáramos el parte amistoso.*

*Soy desconfiada por naturaleza. La novela romántica me apasiona, pero también leo cualquier otro tipo de literatura, y habían pasado suficientes thrillers y novelas policiacas por mis manos como para saber que detrás de ese número de teléfono podría encontrarse un estafador, un violador o un asesino en serie. Arrugué el papel y antes de tirarlo a la papelera más cercana, que una es desconfiada pero también se preocupa por el medio ambiente, me lo guardé en el bolso en un gesto casi automático. Algo que no solo era extraño en mi forma de actuar, sino que rozaba lo inaudito.*

*Puse el coche en marcha y sonaba Sabina, su voz rasgada y ronca me había acompañado desde que tenía uso de razón. Sus canciones eran más que simples melodías, eran mensajes. Eso no lo sabía en aquella época, lo sé ahora, por eso cuando sonó Mentiras piadosas no le di mayor importancia.*

*Cuando le dije que la pasión, por definición no puede durar.*

*¿Cómo iba yo a saber*

*que ella se iba a echar a llorar?*

*Así que al llegar a casa cogí mi coraje a dos manos y marqué el número que estaba anotado en el papel que había tratado de estirar sin mayor éxito y seguía arrugado. Una voz masculina respondió al otro lado, no parecía asesino en serie, pero supongo que ninguno lo parece solo hablando por teléfono, me dije. Me invitaba a un café en una cafetería del centro y así firmábamos los papeles del seguro. Evalué durante una fracción de segundo la posibilidad de enviar a mi hermano y que fuera él quien se ocupara de los trámites, pero una pequeña llamita de rebeldía, que era poco más que un ascua al principio, estaba despertando dentro de mí. Le pregunté cómo lo*



*reconocería y me dijo que llevaría un clavel rojo en la solapa, como los espías de las novelas de John Le Carré. Sonreí por dentro, a mí también me gustaban mucho esas novelas. Acepté. Y eso fue lo mejor que hice en mi vida, aceptar la invitación a un café de un desconocido que había rayado mi coche.*

*Y llegó el día siguiente que no tenía turno de tarde, sino de mañana, y a las cuatro de la tarde ya había terminado. Dirigí mis pasos al Starbucks de Callao y busqué entre la multitud que abarrotaba el local a alguien con un clavel en la solapa. Había hipsters barbudos, turistas nipones y varias personas que aporreaban frenéticas las teclas de los portátiles que tenían colocados en las mesas mientras su café se enfriaba. Y a allí, entre esa multitud, lo vi; con un clavel reventón de un potente rojo sangre. Su mirada se cruzó con la mía y se dio cuenta de que era yo a quien esperaba. Cuando me reconoció sonrió tímidamente y me hizo un gesto con la mano para que me sentara a su mesa.*

*A pesar de que a simple vista parecía una persona normal, con una bonita chaqueta de Father and Son y unos coloridos zapatos deportivos, nunca hay que fiarse de las apariencias. Cada vez estaba más segura de que no era un asesino en serie, pero aún no sabía si era un estafador, así que me lo tomé con calma.*

*Comenzó por excusarse, lo hacía en un lenguaje culto y acompañaba sus frases de grandes movimientos fluidos de sus manos, pero eran sus ojos lo que acaparaba toda mi atención. Unos ojos verdes con pequeñas motitas doradas que recordaban a un prado asturiano bañado por el sol de verano. Él trató de sacar conversación antes de rellenar los formularios, pero yo me mantenía callada, sabía que si decía demasiado sobre mí misma podía acabar drogada y con un riñón menos o trabajando en un prostíbulo de la Europa del Este. Nunca se sabe y más vale ser precavida.*

*Él actuaba como si no tuviera miedo a nada y me hablaba de sí mismo sin preocupación. Cuando intercambiamos los nombres me miró con*

*intensidad y se quedó callado durante un instante.*

*---Me suena ese nombre, ¿nos conocemos?*

*Yo abrí mucho los ojos, ¿ese tío estaba tratando de ligar conmigo? La hipótesis del ladrón de órganos cobró fuerza dentro de mi cabeza. Nunca jamás en la vida un hombre como ese se hubiera fijado en mí a menos que necesitara algún repuesto vital. Tuvo que ver mi desconcierto y se apresuró a decir.*

*---En serio, ese nombre me suena, ¿has sido clienta de nuestro bufete de abogados?*

*Negué con la cabeza, de momento no había tenido que lamentar nada lo suficiente como para encontrarme delante de un abogado.*

*---A ver, yo juego a balonmano, ¿es de ahí?*

*Volví a negar. Los deportes me gusta sobre todo verlos por la tele, lo de salir sudorosa y agotada de un gimnasio es algo que no iba para nada conmigo.*

*---De pequeño estuve en el coro del colegio. ---Un ligero rubor subió a sus mejillas y yo negué, pero me permití esbozar una sonrisa.*

*---Pues te lo digo en serio, me suena de algo. A ver, a ver, de dónde podemos conocernos... Soy socio del Real Madrid y voy los sábados al estadio, frecuento un club de lectura que hay en Malasaña, mi hermana estudio Hispánicas en la Complu, voy mucho al restaurante VIPS de la Gran Vía.*

*Se paró cuando vio que una luz se había encendido dentro de mi cabeza y el destello llegó hasta mis pupilas que se dilataron durante una fracción de segundo. El apellido me sonaba de algo a mí también, pero no iba a reconocerlo delante de él teniendo tan poca información. Él se llamaba Alejandro Parmiggiani, y en mi clase había una Elisa Parmiggiani; no éramos íntimas amigas, pero sí que nos caíamos bien. Le pregunté por el nombre de su hermana y confirmó que se llamaba Elisa. Allí mismo me regaló una sonrisa que llenaba con luz propia toda la cafetería, me*

sorprendió que nadie se fijara en esa explosión de luz que yo tenía sentada frente a mí.

Con otro fluido movimiento sacó el móvil de la americana y se puso a hablar con alguien sin perder la sonrisa ni un momento, al cabo de un instante me pasó el teléfono.

---Es Elisa ---dijo mientras yo cogía el carísimo iPhone con reverencia y miedo a romperlo a partes iguales.

Elisa lamentaba la torpeza de su hermano y me invitaba a tomar un café unos días después para ponernos al día. Es curioso cómo una vez que terminas la carrera desarrollas una nostalgia por aquellos años que no tenías mientras cursabas los estudios. No habíamos hablado en cuatro años, y nuestras razones tendríamos para habernos distanciado sin saber la una de la otra, pero ahora, al saber que Elisa no andaba lejos, se me despertaron las ganas de volver a verla. De saber algo más sobre su vida, si ella trabajaba de lo nuestro y, ¿por qué negarlo?, quería averiguar algo más de Alex, como me había pedido que lo llamara, pues Alejandro quedaba reservado para el plano profesional, según él mismo me comentó.

Nos despedimos en la puerta y se alejó caminando calle abajo con el porte de quien sabe que no tiene que preocuparse por nada, que su sonrisa alegre y sus ojos color esmeralda harán parte del trabajo por él. Yo desanduve el camino hasta casa contenta de conservar mis dos riñones y de no haber acabado en la parte trasera de un camión rumbo a alguna aldea perdida de los Balcanes.

Una semana más tarde debía encontrarme con Elisa en la misma cafetería. Esta vez fui yo quien llegó temprano y cogió una mesa cerca de la cristalera con dos mullidos sillones uno frente al otro. Al cabo de diez minutos empecé a preocuparme, a lo mejor Elisa se había echado para atrás y recordar viejos tiempos era mucho menos importante para ella que para mí. Escudriñaba con fruición a la gente que pasaba por la calle cuando una voz me distrajo de tan noble trabajo.

---Hola, Alba.

Miré hacia la fuente del sonido y me tope directamente con unos ojos verdes manchados de dorado. Alex estaba plantado delante de mí con una impecable americana con un ligerísimo estampado floreado y su sempiterna sonrisa. Mi primera impresión fue de estupor, y creo que se me tuvo que ver en los ojos pues él se apresuró a añadir a modo de excusa.

---He comido con Elisa aquí al lado, pero le ha salido un imprevisto y ha tenido que volver a la oficina corriendo. Yo me he ofrecido a informarte de que ella no podría tomar el café contigo hoy. ¿Te parezco un buen sustituto?

Dudé durante un instante y un reflejo de decepción cruzó por su mirada.

---Qué estúpido soy, seguramente tendrás un montón de cosas que hacer y no quedarte a hablar con el hermano de una compañera de clase. ---Elevó los hombros al cielo mientras acompañaba sus palabras y eso hizo que desaparecieran todas mis dudas, además de que no tenía absolutamente nada más que hacer durante esa tarde.

---No, está bien, podemos tomar algo ya que estás aquí. ---Su sonrisa se ensanchó hasta ocuparle media cara.

Pasé una hora realmente estupenda charlando con él, al cabo de ese tiempo me dijo que tenía que volver a la oficina, que aún le quedaba mucho trabajo por hacer, así que nos despedimos. Antes de eso lo vi garabatear algo en una servilleta que me dio al salir del café. Miré el trozo de papel que me tendía un poco sorprendida.

---Ya tengo tu número ---le dije.

---Sí, pero se lo di a un desconocido cuando le rayé el coche, ahora te lo doy a ti porque me apetece que nos volvamos a ver. O por si tienes problemas legales ---añadió algo azorado---, ya sabes; si te da por robar un banco o crear una estafa piramidal, estaré encantado de ayudarte.

Enrojecí desde las puntas de las orejas hasta los dedos de los pies, a un transeúnte cualquiera que pasara por ahí le parecería que era una bandera comunista andante. Mis mejillas ardían y estoy convencida de que el

*corazón se saltó un latido. Esbocé una sonrisa y guardé la servilleta en el bolso.*

*---Está bien ---añadí casi en un susurro.*

*Se despidió con dos besos en la mejilla y, cuando se marchó calle abajo, se llevó un trocito de mí con él.*

## Capítulo 2

Alba se levantó del escritorio sobre el que llevaba varias horas inclinada sin descanso. Se había terminado el té que se había preparado y el cartucho de tinta estaba casi en las últimas. Cogió otro de un cajón y lo dejó preparado. Miró por la ventana y vio como las gotas de lluvia creaban caprichosos caminos en el cristal de la ventana. Fuera había vuelto a llover y el mundo volvía a estar cubierto de gris. No tardaría en ser la hora de la cena y pensó que debería ir anticipando antes de que le entrara hambre. Fue a la cocina y abrió la nevera, pero por más que miraba el interior del frigorífico nada la inspiraba para hacerse algo. De repente sintió como la bilis le subía por la garganta y fue hasta el cuarto de baño.

Allí, de rodillas en las frías baldosas del baño, dejó escapar todo lo que llevaba dentro. Salieron sus penas y sus angustias, sus miedos, su soledad, su odio, su rabia. Todo se le escapaba por la boca y caía al interior de la porcelana blanca del váter. Se quedó sentada en el suelo, tiritando de frío y llorando amargas lágrimas que brotaban como los manantiales de la tierra: fuertes, sin límite, eternas. Podría haberse quedado allí toda la noche hasta que notó una presencia cálida a su lado, una bola de pelo marrón que respondía al nombre de Pelusa se frotaba contra su pierna inconsciente del dolor que su dueña tenía dentro. Alba pasó una mano sobre el pelo encrespado de la gata y esta ronroneó al sentir el contacto.

Es curioso cómo los animales domésticos a veces entienden las emociones humanas y actúan en consecuencia. Pelusa, por lo general, era una gata muy independiente que apenas le dedicaba un par de miradas a su dueña, y cuando lo hacía solían ser de reproche porque la comida todavía no estaba servida. Y



hoy, sin venir a cuento, había decidido acercarse a ella por voluntad propia y confortarla con su presencia. Más lágrimas se escaparon de los ojos de Alba, ahora de gratitud hacia su gata. El animal la miró con extrañeza y, levantando la cola con aire digno, dio media vuelta y volvió al salón.

Alba decidió seguirla, no tenía sentido seguir sentada absorbiendo el frío de las baldosas, eso no iba a devolverle a Álex. Tratando de imitar la dignidad de su gata se puso en pie y se dirigió al salón. Al mirar los papeles sobre el escritorio se le revolvió de nuevo el estómago, pero esta vez pudo contener la náusea. Decidió sentarse en el sofá, tal vez a ver la tele, o a leer, o a mirar la pared de color gris claro, cualquier actividad que le sirviera de distracción le vendría bien, pero sus esfuerzos fueron en vano. Tragó saliva con fuerza y se sentó de nuevo frente al escritorio. Al coger la luma notó cómo se relajaba, su estómago se calmaba y la mente se le despejaba. Se puso de nuevo a escribir.

*Aquel día llegó buscando abono para sus plantas, había una compañera en esa sección a la que ignoró por completo y decidió venir a preguntarme a mí directamente.*

*---Veo que aún no tienes problemas legales. ---Acompañó su frase de una bellísima sonrisa. ---Me alegro mucho.*

*---Yo también. ---Y me permití levantar las comisuras de los labios.*

*---Vengo a por abono para plantas ---dijo mirando los sacos de tierra oscura que tenía detrás de mí.*

*---¿Qué tipo de plantas?*

*---Eh... Plantas de balcón. ---Sonaba a mentira, pero ¿qué sentido tenía mentir sobre algo así?*

*---Bueno, para eso lo mejor que te puedo recomendar es este. Depende de la cantidad que quieras tienes sacos de uno, tres y cinco kilos.*

*---No, con el de un kilo me va bien, tampoco tengo tantas. ---Sonrisa enigmática de nuevo.*

*---¿Has chocado con más coches últimamente? ---No sé de dónde saqué*

*la fuerza para hacer esa pregunta, pero le gustó mi tono y se permitió sonreír.*

*---No, el tuyo es el único.*

*---¿Necesitas algo más?*

*---De momento no, pero creo que volveré. ---Sonrió mientras se daba la vuelta y se iba a pagar a una de las cajas.*

*Un par de días después vino a por una escobilla de baño y un par de toallas.*

*---Vivo solo y de vez en cuando me gusta hacer cambios en la decoración.*

*---Esa es muy buena idea, así evitas la monotonía. ---¿Me acababa de decir que no tenía novia como indirecta? Eso me llenó de regocijo.*

*---Exacto, creo que quiero darle un toque más «femenino». Como vivo solo no quiero que si una chica viene a casa se sienta como una extraña, quiero que también piense que ese espacio le pertenece.*

*Me sonrojé, no sabía si se refería a mí o a otra, y en ese momento odié la posibilidad de que pudiera estar redecorando para otra mujer. Pero seamos sinceros, un chico guapo, culto y con un impecable sentido del buen gusto no tenía sentido que estuviera soltero a menos que tuviera alguna tara emocional, aunque me costaba reconocer esa posibilidad.*

*---¿Cuál de las dos te gusta más? ---me dijo tendiéndome dos juegos de toallas. Uno con un estampado llamativo y otro más clásico.*

*---Yo me quedaría con esta ---dije señalando las que eran más clásicas. --Son intemporales y van bien con casi cualquier decoración, así si la chica a la que quieres impresionar no es la definitiva no tienes que cambiar después todo el aspecto del cuarto de baño.*

*---Confío en que va a ser la definitiva. ---Su sonrisa enigmática se ensanchó y sus ojos verdes brillaron con fuerza. Jade, me recordó a dos joyas de jade incrustadas en su cara.*

*Volvió unos días después, esta vez necesitaba manteles individuales.*

*Volví a ayudarlo a elegir, y esos breves momentos en los que intercambiábamos unas pocas frases hacían que mi día mereciera la pena. Me pasaba los días mirando instintivamente la puerta esperando a que sus ojos gatunos aparecieran entre las grandes cristaleras.*

*---Si fuera tu casa, ¿cuál de estos manteles elegirías?*

*---Estos son muy fáciles de lavar y al ser de color neutro no pasan de moda.*

*Me miró de forma escrutadora.*

*---Está bien, pues que sean estos.*

*Y se marchó a pagar dejando una estela de perfume caro y una sonrisa de galán de película de los años treinta.*

*Lo reconozco, me gustaba que viniera a pedirme consejo, era un rayo de color en mi existencia gris y anodina. Sus sonrisas me llenaban y sus ojos parece que sabían leerme por dentro. No le preocupaba el precio, de hecho, creo que ni siquiera le preocupaban los artículos que elegía, simplemente se paseaba por el pasillo en el que ese día me tocaba trabajar y elegía un par de cosas al azar.*

*«A lo mejor esta sí que es una novela romántica, a fin de cuentas», me permití pensar mientras rellenaba un estante con cajas de azulejos.*

## Capítulo 3

Un par de horas después empezó a sentir hambre acompañada de ruidos que parecían los tambores de las fiestas de Tobarra provocados por su estómago. Seguía sin ganas de cocinar así que se calentó una sopa de sobre que siempre tenía como último recurso. Se la tomó en el sofá tapada con su manta de cuadros, hoy no necesitaba seguir el protocolo. Había tratado de pasarse el día evitando pensar, pero el cansancio y la sopa debilitaron su fortaleza y las imágenes empezaron a fluir sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Vio la ceremonia, la iglesia llena de gente, los paraguas, los vestidos negros haciendo juego con el día. Recordaba al padre de Álex pasándole una mano por encima de los hombros a su mujer, a Elisa rota de dolor secándose las lágrimas con un fino pañuelo de hilo blanco. Y recordaba como ella le dio la mano y se la apretaba con fuerza. Recordaba los pésames de amigos, de familiares y de completos desconocidos. De gente que hablaba con un acento exótico, miembros de la familia de su padre y conocidos de múltiples nacionalidades. Muestras de dolor exageradas llenas de «*il mio caro nipote*» y «*perché Signore*» de una anciana que a pesar del dolor seguía teniendo intactas su clase y su porte regio.

El templo estaba repleto de flores blancas: gladiolos, lirios y docenas de rosas, que eran sus flores favoritas. Su fragante olor llenaba sus sentidos y los embotaba hasta el punto de que apenas era consciente de lo que pasaba a su alrededor. La ceremonia fue preciosa, o eso es lo que todo el mundo dijo, Alba no prestó mucha atención para ser sinceros. Recuerda que el cura hablaba con tono calmado y que a ella su voz le resultaba anestésica, como

una buena dosis de lidocaína. Solo se movió de su sitio, situado al lado de la familia, para levantarse y sentarse en ese baile de las sillas que tanto les gusta a los católicos durante sus ritos.

Cuando el féretro salió de la iglesia sintió que su vida se acababa, Álex se marchaba para siempre y ella se quedaba atrás, mirando una vez más como se alejaba mientras ella se quedaba quieta sin poder hacer nada. No se dio cuenta del paraguas que alguien sostenía junto a ella y que resultó ser de su hermano, se dejó hacer cuando unas manos la empujaron con suavidad dentro de un coche y se la llevaron a casa de sus padres. El entierro sería solo con la familia directa de Álex, eso le había dicho Elisa y ella solo pudo asentir sin decir nada.

Pasó la mirada por la habitación y sintió que las compuertas de sus ojos pugnaban por volverse a abrir. MoviÓ la cabeza con fuerza para apartar las lágrimas, para retenerlas unos instantes más. El teléfono sonó y la sacó de su letargo, era su hermano quien llamaba. Le dio al botón de silenciar, sabía que él lo hacía con buena intención, pero no se sentía con fuerzas para mantener una conversación racional con él ahora. Sabía de lo que hablarían, que se preocuparía por ella y seguramente la invitaría a comer con él al día siguiente, pero había comprobado que aún le quedaban un par de sobres de sopa y si no, siempre podía pedir comida a domicilio, ahora no le apetecía salir de casa.

Miró a su minúsculo salón, un sofá de Ikea, sobre el que estaba sentada ahora mismo, era la pieza central de la sala. Había una mullida alfombra regalo de sus padres y un mueblecito con la televisión, y desperdigados en la estantería, sobre la mesa baja e incluso formando pilas en el suelo había cientos de libros. Muchos los compraba de saldo en tiendas de segunda mano, y a pesar de que con frecuencia se decía que tenía demasiados, le costaba sobremanera deshacerse de alguno de ellos. Con cada libro había aprendido algo, cada uno le había enseñado a ser mejor de alguna manera, había viajado, se había enamorado, había reflexionado e incluso había luchado al lado de los más grandes generales del mundo. ¿Cómo podía deshacerse de tanto

conocimiento?

A Álex le encantaba esa faceta suya, la pasión con la que hablaba de libros, de autores y de textos. Y como siempre le sorprendía su agudísima memoria y su capacidad de recitar frases de libros escritos varios siglos antes. Eso que a ella siempre le había parecido raro, él lo transformaba en su mejor atributo. Miró sus pilas de libros con tristeza, ahora solo era una chica con un gato que vivía rodeada de libros, la sociedad puede ser muy cruel con una mujer como ella. Él había sabido ver el interior de Alba, conocerla como nadie más lo había hecho, transformar en virtudes sus miedos y hacer que se despertara cada día con una sonrisa. Y sin embargo ahora se había marchado y ella volvía a sentirse sola.

*Cuando vino a por unos tornillos y unas tuercas que no podrían ir nunca juntos porque no eran de la misma talla empecé a darme cuenta de que venía por mí, porque yo le gustaba. O porque necesitaba uno de mis riñones, pero a estas alturas estaba dispuesta a arriesgarme.*

*---Te acepto un café con tal de que dejes de venir por aquí porque mi jefe piensa que estás quedándote con dónde se encuentran las cámaras de seguridad para venir a robar un día. Dice que como vuelvas por aquí te va a tener que denunciar.*

*Rio de buena gana. Rio con los labios, con los ojos y con el alma. Y la mía también rio un poquito.*

*---Al fin te has dado cuenta, no sé cuántas veces más iba a tener que venir para que aceptaras ---dijo con toda la naturalidad del mundo y se marchó sonriendo y con paso ligero.*

*A ese primer café le siguió otro y luego otro más, y descubrimos que nos gustaban las mismas cosas: el olor a hierba recién cortada, los paseos tranquilos por el Retiro y el cine de Akira Kurosawa. Bueno, esto último le gustaba solo a él, que yo a Kurosawa solo lo conocía de nombre, pero no quería quedar como una paleta, al menos no tan pronto. Hablamos de literatura y yo me dejé llevar y fui incapaz de contener las palabras dentro*



*de mi cuerpo y mientras hablaba notaba como se me arrebolaban las mejillas y se me aceleraba el pulso. Él sonreía y me dejaba hablar, rara vez me interrumpía y me hacía sentir visible por primera vez en mi vida.*

*Al terminar aquel café nos dimos un paseo por Malasaña, paseando entre tiendas de cupcakes y de ropa de segunda mano. Ese día en concreto se nos había hecho más tarde que de costumbre, el tiempo había volado y ninguno de los dos se había dado cuenta de su inexorable paso. Salimos de la cafetería y ya había anochecido, los dueños de las tiendas comenzaban a pasar la escoba y a bajar las persianas y grupos de jóvenes se dirigían a cenar. Nosotros paseábamos tranquilamente, disfrutando de la noche serena, empapándonos de los olores de la ciudad.*

*Fue esa noche cuando me cogió de la mano por primera vez. Podría haber sido un gesto romántico, pero la verdad es que tropecé con uno de los adoquines por culpa de los tacones a los que no estoy acostumbrada pero que me ponía cuando quedaba con él en un gesto de pura coquetería. Mi tacón se enganchó entre dos de esos malditos adoquines y Alex, en su inmensa galantería, evitó al cogerme de la mano que mis dientes acabaran desperdigados por el suelo. Me soltó unos segundos más tarde de lo que era lo correcto, para él solo fue un acto reflejo, pero para mí, amplia devoradora de novela romántica, era claramente una señal, como aquel primer encuentro de Kathy Swan con el marqués Dunmore en el invernadero.*

*Me acompañó al metro y yo notaba aún en mi mano la presión de la suya, su tacto suave de alguien que no trabaja con las manos, su calor. Se me erizó la piel y no precisamente por el frío, pues hacía una noche templada. Quiso acompañarme hasta casa, pero yo rechacé sus esfuerzos pues él vivía en la otra punta de Madrid y no quería obligarlo a hacer tanto camino, además de que no sabía qué podía pasar si llegaba con él a la puerta de mi piso. ¿Lo invitaría a entrar? No lo sé, y no era ese día cuando quería averiguarlo.*

*Nos despedimos con dos besos y noté como sus labios se quedaban*

*rezagados sobre mi piel, de nuevo un instante más de lo que es correcto. Mi corazón volvió a saltarse un latido, se estaba convirtiendo en una costumbre.*

*Volví a casa con una sonrisa infantil pintada en el rostro. No sé si alguien de mi vagón se dio cuenta, pero por fin, en mucho tiempo, comenzaba a ser feliz. Cuando salí de las entrañas de la tierra a la superficie de mi barrio, el móvil pitó anunciando la llegada de varios mensajes.*

*Álex: Me lo he pasado de maravilla, estoy deseando repetir. La próxima vez deberíamos quedar para cenar y si no quieres volverte a tu casa tan tarde hay un hotel cerca de mi piso.*

*Álex: O te puedes quedar en casa.*

*Mi corazón se saltó otro latido más, si esto continuaba iba a tener que visitar al cardiólogo de mi padre para que me pusiera un marcapasos.*

*Álex: Lo siento, no debería haber dicho eso, ha estado fuera de lugar.*

*Álex: Aunque sí que es verdad que me apetece verte en casa. Además de que tengo toallas nuevas y manteles individuales que creo que te gustarían.*

*Álex: Por favor, sal pronto del metro y respóndeme que parece que estoy hablando solo.*

*Me quedé parada en mitad de la acera y tuve que releer los mensajes varias veces. ¿Decía que quería que me quedara en su casa? No me lo estaba inventando, ¿verdad? Me moría de ganas de aceptar, pero por otro lado... Por otro lado un miedo atroz como no había sentido nunca se estaba enroscando en mi interior. Decidí tomar la decisión simple.*

*Alba: Me encantaría cenar contigo. Respecto a lo de quedarme a dormir, primero cenamos y luego ya vemos.*

*Apreté el móvil contra el pecho rezando por no haberme equivocado con la respuesta. Cuando vibró de nuevo anunciando la llegada de otro mensaje dudé un instante antes de leerlo.*

*Álex: Se nota que eres la más inteligente de los dos. Conozco un sitio para cenar que te va a encantar.*

*Y con ese mensaje me fui a casa, el corto camino desde el metro a mi piso lo hice en unos pocos minutos en los que me puse música en el móvil para acompañar mis pasos. Llevo siempre la lista de reproducción en aleatorio pues me gusta llevarme sorpresas con las canciones que aparecen,*

*por eso se me llenó la cara de luz cuando el móvil eligió por mí* A la orilla de la chimenea.

Y si quieres también puedo ser tu abogado y tu juez, tu miedo y tu fe,  
tu noche y tu día  
tu rencor, tu por qué, tu agonía.

O tal vez esa sombra que se tumba a tu lado en la alfombra a la orilla de la chimenea a esperar que suba la marea.

*Ya dije que pensaba que el maestro andaluz estaba tutelando nuestra relación, pero lo cierto es que llegué a casa y dormí mejor de lo que lo había hecho en las últimas semanas. Al día siguiente, llegué al trabajo con una sonrisa de oreja a oreja, lo que me valió varios codazos y cuchicheos de mis compañeros a mis espaldas, pero no me importaba, por primera vez en mi vida estaba siendo realmente feliz.*

## Capítulo 4

La llamó Elisa temprano y la sacó del letargo en el que había estado sumida. Se había despertado antes del alba después de haber pasado una noche intranquila. Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a atravesar de forma perezosa las cortinas, sucumbió a la idea de que el sueño la había abandonado definitivamente por esa noche. A pesar de eso no salió de la cama, se quedó tumbada boca arriba mirando el techo sin poder moverse. Sentía los músculos pesados, como si estuvieran rellenos de plomo y por más que lo intentó, no juntó las fuerzas suficientes como para echar a un lado las sábanas e incorporarse. Hasta la llamada de Elisa.

El abogado de la familia requería su presencia para hacer la lectura del testamento. Alba se quedó impresionada, una cantidad enorme de españoles fallecía sin haber hecho testamento y sin embargo Álex, con poco más de treinta, lo había dejado todo atado. Claro que eso era también porque Álex es abogado. Era. ¡Maldita sea! Era. Acostumbrarse a pensar en él en pasado era algo que le estaba costando muchísimo, y no sabía si algún día sería capaz de pensar que él ya no estaba.

El abogado de la familia Parmiggiani, un hombre de unos cincuenta años, de tez bronceada y ojos amables, los recibió en un despacho que era más grande que el salón de Alba y estaba decorado con muchísimo mejor gusto. Había fotografías en blanco y negro de lugares de Madrid, un escritorio de caoba, tras del que se sentaba el abogado, y cuatro confortables sillones de lujosa tapicería color teja para los familiares. El abogado tenía una voz dulce y melodiosa y leía con una dicción perfecta.

Cuando comenzó la lectura, Alba contuvo la respiración y sintió como

Elisa estiraba la mano y franqueaba la distancia que separaba sus dos sillones para agarrar la suya. Ese ligero contacto la ayudó a afrontar la realidad, a volver a respirar permitiendo que el aire inundara sus pulmones de nuevo.

Álex venía de una familia acaudalada y no tenía ningún crédito, había dispuesto que sus cuentas, fondos y bienes pasaran a manos de sus padres. Había dejado un dinero para su hermana, y cuando el abogado hizo una pausa para tomar aire, Alba hizo amago de ponerse en pie pues pensaba que ya había terminado, y entonces dijo su nombre y sintió un latigazo con una mezcla de sentimientos recorrerle la columna vertebral. Se sentó de golpe en el caro sillón sin saber muy bien qué esperar.

*A mi Alba, a mi querida Alba que lo es todo para mí, le dejo la caja de palisandro que se encuentra en la entrada de mi piso. Como dijo el gran Sabina: «Ella me dio las llaves de la ciudad prohibida Yo, todo lo que tengo, que es nada, se lo di».*

Se sorprendió de ser una de las herederas, aunque solo fuera de una caja de madera. Miró a sus padres como pidiendo su aprobación y se la dieron sin pensarlo, ella les gustaba y eso era algo que no le había pasado nunca antes. Catalina le regaló una cariñosa sonrisa y Augusto asintió en silencio.

Tras aquello hubo firmas, tampones que sellaban documentos y secretarias entrando y saliendo para hacer copias. Como Alba solo tenía una caja que se encontraba en el piso que ahora era propiedad de los padres de Álex, decidieron ir directamente desde el despacho del abogado para terminar cuanto antes con los trámites. Recordaba aquella caja rectangular, con una flor de lis de nácar en la tapa y una pequeña cerradura dorada. Nunca la había abierto a pesar de que siempre le había llamado la atención, nunca llegó a saber qué contenía y nunca lo preguntó, y ahora era lo único que le iba a recordar al amor de su vida.

Llegaron al apartamento que Álex tenía en el Barrio de Salamanca, en un moderno edificio de piedra y cristal. El portero la conocía de haberla visto acompañando a Álex, lo mismo que a sus padres, y les dio el pésame cuando

los vio entrar. El padre se paró unos minutos a hablar con él mientras ellas esperaban ansiosas delante del ascensor.

Cuando la puerta de su piso al fin se abrió, tardaron unos segundos en atreverse a entrar, al final fue su padre el primero en cruzar el umbral. Su madre dio un paso dubitativo, se le quedó el pie en el aire un segundo y luego lo apoyó de nuevo del lado del pasillo de la puerta. Allí mismo se puso a llorar y Elisa la cogió en brazos para consolarla. Alba entró en el apartamento más para darles intimidad que porque tuviera ganas de volver a estar ahí. Aquello le parecía todo irreal, la luz que entraba por la cristalera del balcón hacía bailar las motas de polvo en una danza desesperada. Se dio una vuelta por el piso tratando de captar retazos de aquel al que amó.

Una taza de café aún manchada en el fregadero, ropa sin doblar a los pies de la cama y toallas revueltas en el baño. Cuando sale en la tele, parece que la muerte pasa como de puntillas sin hacer ruido, aquí sin embargo había golpeado con la fuerza de un martillo sobre un yunque. Creyó sentir su aroma, pero se dijo que no podía ser, que era solo el recuerdo de todas las veces que había estado ahí, durmiendo en esa cama, sentada viendo una serie en ese sofá o cocinando a cuatro manos en la moderna cocina.

Su padre sujetaba algo entre las manos, lo trataba con reverencia, como si fuera un objeto antiguo y hubiera que preservarlo de las miserias de la vida moderna. Tenía los ojos bajos, no podía apartar la vista del objeto. Alba aprovechó para mirarlo más profundamente y descubrió que, a pesar de la entereza de la que siempre hacía gala, ahora era un hombre roto. Era muy apuesto, ligeramente bronceado y con el toque justo de canas en las sienes para hacerlo atractivo e interesante. Iba siempre impecablemente vestido y Alba no recordaba haber visto ni una mota de polvo sobre sus zapatos nunca. Parecía que la suciedad y la mugre le pasaban de largo y nunca llegaban a tocarlo. Sacó un pañuelo de tela con sus iniciales del bolsillo y se sonó tratando de hacerlo de manera discreta. Las lágrimas corrían por sus mejillas como si las compuertas del pantano de Valdeinfiernos se hubieran abierto y no



había fuerza de la naturaleza capaz de contener ese llanto.

Levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Alba. Se sonó de nuevo y se enjugó las lágrimas con la mano tratando de recomponerse delante de una ajena a la familia. Esbozó una sonrisa con los labios que en ningún momento le llegó a los ojos y le dio lo que estaba custodiando con tanto mimo.

---Toma, es la caja que te dejó Alejandro. ---Nunca lo llamaba Álex, por mucho que él le hubiera pedido que así lo hiciera.

No sabía qué decir, así que simplemente la cogió de sus manos temblorosas y asintió en silencio. Augusto se alejó para que ella pudiera tener intimidad y la dejó sola en el vasto salón con la caja entre las manos.

Debía haber pasado por delante de ella infinidad de veces y la recordaba a grandes rasgos, pero nunca se había parado a mirarla detenidamente. Era de suave madera de palisandro y se notaba que debía ser antigua, un siglo por lo menos, calculaba Alba, a pesar de que la tasación de antigüedades no era su punto fuerte. Tenía una preciosa flor de lis estilizada en la tapa, pero los detalles no se acababan ahí, tenía finas volutas de metal dorado dibujando espirales en toda la parte baja. Era un trabajo finísimo de una calidad impresionante. Apoyada sobre la flor de lis había una pequeña llave dorada que Alba sabía sin necesidad de probarlo que encajaría a la perfección en la ornamentada cerradura. Le resultó pesada, debía estar llena de cosas, pero cuando tuvo la llave en su mano la recorrió un escalofrío. Eso era lo último que le quedaba de Álex, no podía desperdiciar ese momento de pie en mitad del salón de su piso, debía estar preparada para decirle adiós como se merecía.

Su padre apareció detrás de ella sigiloso y carraspeó para no asustarla. Ya estaba completamente recompuesto, si bien los ojos rojos denotaban que había estado llorando. Le sonrió de nuevo y esta vez la sonrisa pareció más sincera.

---Esa caja era de mi abuela, mi madre la guardaba con mucho cariño hasta que Alejandro se encaprichó de ella y se la regaló. La recuerdo primero en el salón de mis abuelo en Génova y luego estuvo en la habitación de mi

madre hasta que Alejandro la trajo aquí.

---Es preciosa.

Augusto asintió.

---Es muy antigua, mi abuelo la trajo de uno de sus viajes y se la regaló a mi abuela cuando solo eran novios. Te ha dejado una pieza muy valiosa, no por su valor económico, que imagino que algo tendrá, sino por el valor sentimental que tiene para nuestra familia.

No sabía qué decir, esa información era completamente nueva. Augusto se adelantó un paso y le puso una mano sobre el hombro con cariño.

---Te quería muchísimo, Alba, que sepas que para nosotros siempre serás de nuestra familia porque vimos lo feliz que hiciste a nuestro hijo.

Se iba a marchar, pero Alba apoyó su mejilla contra esa mano, era más rugosa que la de Álex, pero hubo algo que le resultó familiar, el calor, el tacto, el sentimiento de pertenecer a otra familia. Augusto se quedó un poco perplejo por el gesto, pero luego se acercó más a Alba y la retuvo entre sus brazos. Se separó dándole un beso en la frente.

---No lo dudes, pase lo que pase, siempre serás de nuestra familia.

Y diciendo esto dio media vuelta y se fue de nuevo a la habitación. Alba vio su espalda, sus hombros marcados bajo la camisa hecha a medida y no le pasó por alto que Augusto sacaba de nuevo el pañuelo del bolsillo.

Ella ya había terminado, no tenía nada más que hacer ahí, así que decidió volver a su piso. En el pasillo se encontró con Elisa y Catalina que seguían abrazadas pugnando contra sus sentimientos y sin decidirse a entrar en el apartamento. Se despidió de ellas con pocas palabras, ninguna de las mujeres estaba con ánimo de cháchara, pero Elisa le dijo que la llamaría uno de estos días para ver cómo se encontraba. Catalina le regaló una última mirada llena de cariño antes de que se perdieran de vista cuando se cerraron las puertas del ascensor.

*Habíamos hablado tantas veces que era inevitable que acabáramos yendo un sábado al Parque del Retiro. La primavera ya estaba bien entrada*

*y el parque era un vergel en medio de la selva de asfalto que puede llegar a ser la capital del reino de España. Las flores de los parterres nos regalaban su fragante perfume y deleitaban nuestra vista con una sinfonía de colores digna de la paleta del mejor pintor impresionista. Los árboles, que pocas semanas atrás eran poco más que unos troncos desnudos, se encontraban cubiertos de hojas formando un espeso cortinaje de un verde exquisito. Las abejas se movían de flor en flor hambrientas del preciado néctar y llenaban el aire con sus suaves zumbidos. Los niños corrían raspándose las rodillas al caerse al suelo mientras perseguían frenéticos un balón, al tiempo que los padres disfrutaban de esos días de calma antes del asfixiante calor del verano madrileño. Los adolescentes se cogían de la mano y se escondían tras los rollizos troncos centenarios a robarse besos enamorados, y los ancianos se llevaban del brazo compartiendo la carga y los años mientras se regocijaban con el paso del frío invierno a la fragante primavera.*

*Por esos caminos íbamos nosotros de la mano, recorriendo sus rincones, embriagándonos de la nueva vida que brotaba allá donde pusiéramos los ojos. El parque estaba lleno, pero sentíamos que éramos los únicos que disfrutaban de esa mañana. Mientras paseábamos, hablábamos de cine y literatura, Saramago, Baudelaire y Kafka se colaban en la conversación como si fueran invitados a una cena íntima. Hablamos de poesía, yo cité a Rimbaud y él a Verlaine y nos reímos pensando que estos dos trágicos amantes franceses volvían a encontrarse más de un siglo después en los labios de dos españoles. Nuestros ojos brillaron y el tiempo parecía detenerse. Entonces tuvo una idea: ---Demos una vuelta en barca.*

*Lo miré horrorizada, he oído toda suerte de historias sobre los peces que habitan en el lago, desde que son radiactivos hasta que unos cuantos estuvieron a punto de comerse a un bebé que andaba cerca de la orilla. Debió ver la duda en mi mirada y se rio divertido. Esa risa me liberó el alma y de nuevo me envalentonó, algo muy poco normal en mi natural forma de actuar, y acepté la invitación.*

*Eran cerca de las doce y el sol calentaba pero sin molestar, aún no habían llegado las hordas de turistas que tomaban el lago al asalto como si fueran las tropas del Almirante Nelson en la batalla de Trafalgar. Pudimos disfrutar de un tranquilo paseo mecidos por el suave compás de los remos que Álex hacía mover sin esfuerzo. Los peces se arremolinaron a nuestro alrededor y me recordaban a la escena de la película La Sirenita en la que Sebastian entonaba la canción Bésala. Esta vez no hubo ningún cangrejo cantarín, solo el repiqueteo constante de los remos, el zumbido de las abejas y el telón de fondo de las carcajadas de los niños.*

*Yo llevaba un sombrero de paja para protegerme de los rayos del sol y para ocultar coquetamente mi mirada. Aprovechaba que él estaba concentrado remando para ver su imagen reflejada en las cristalinas aguas del lago. Llevaba las mangas de la camisa dobladas por encima de los codos y se marcaban sus fuertes antebrazos ligeramente bronceados. Las venas de sus brazos se tensaban con el esfuerzo de hacer avanzar la embarcación y tenía la mirada concentrada en la tarea. Cuando llegamos más o menos al centro del lago paró de remar y nos quedamos durante unos instantes en silencio, dejando que la brisa acariciara nuestros cuerpos.*

*---A la Nona le encanta venir a este sitio, es posiblemente su lugar favorito de todo Madrid.*

*Asentí en silencio, habíamos hablado de muchas cosas trascendentes, pero aún no habían aparecido las familias en la conversación, así que simplemente asentí y le dejé continuar.*

*---Es una mujer formidable, es... Es la que mantiene a mi familia unida, la suya es una historia fascinante ---lo dijo más para sí que para que yo lo oyera y se sonrojó al darse cuenta de que yo lo miraba con intensidad---. No quiero aburrirte, es una historia muy larga.*

*---Tengo tiempo, de hecho, me gustaría tener todo el tiempo del mundo para escucharte.*

*Los dos nos sonrojamos, yo debía haber comido algo en mal estado*

*últimamente porque no suelo ser tan lanzada, pero me sentía tan cómoda estando con él que no tenía miedo de ser yo misma, de dar un paso más y abrirme más de lo que lo había hecho nunca.*

*---Mi familia tiene raíces italianas.*

*---Sí, bueno, el apellido Parmiggiani me ha dado algunas pistas sobre eso.*

*Sonrió con esa cascada de dientes níveos.*

*---Muy observadora ---dijo sin perder la sonrisa---. El caso es que mi bisabuelo era un industrial con una posición bastante buena en Italia, llegó a España antes del levantamiento y, bueno, digamos que aprovechó la coyuntura para hacer fortuna. Al ser italiano los españoles dieron por sentado que era fascista y no tuvieron problema en incluirlo en sus círculos más íntimos. Tanto es así que acabó haciéndose amigo del propio Franco y vio como sus negocios florecieron amparados bajo el ala protectora del Caudillo. Mi abuela nació en Italia justo antes de que mi bisabuela se viniera a España y cuando se mudaron aquí se quedó enamorada del país. Ella siempre fue, ¿cómo decirlo?, una enfant terrible. En una época en la que a las mujeres se les despojaron de todos sus derechos y se convirtieron en meras acompañantes, mi abuela no se dejó amilanar y era una mujer de mucho carácter.*

*Hizo una pausa para coger aire y sus ojos brillaban con fuerza, hablaba con pasión y esa emoción la transmitía con cada palabra. El sol arrancaba destellos a sus cabellos negros y yo lo miraba embobada protegida bajo el ala de mi sombrero.*

*---Ya te digo que es una mujer maravillosa y de ideas muy revolucionarias para una niña bien de su época. No pudo quedarse de brazos cruzados viendo la situación en la que miles de españoles se encontraron después de la guerra y trató de ayudar como pudo. Hacía frecuentes viajes a París a visitar tiendas de moda, algo común entre las jovencitas acaudaladas, y cuando partía llevaba siempre un enorme séquito*

*de peluqueras, manicuras, modistas, cocineros y hasta mecánicos; pero cuando regresaba a España siempre volvía solo con su chófer y su asistente personal. Gracias a ella muchos republicanos encontraron una segunda vida en el país vecino. Había rumores sobre sus actividades, está claro, pero como su padre era amigo de Franco nadie se atrevía a denunciarla.*

*---Es una mujer muy valiente.*

*---Sí que lo es, si la hubieran denunciado no sé si mi bisabuelo hubiera podido hacer algo por ella. El caso es que cuando la situación se puso fea en Francia por la Segunda Guerra Mundial, montó varias organizaciones benéficas en Madrid y en Valencia de las que era presidenta y que trataban de cuidar a los huérfanos de la guerra asistidos por mujeres a las que llamaban de «dudosa reputación», que en aquella época era desde una madre soltera a una divorciada o una mujer que quisiera pensar por sí misma, simplemente. El escándalo llegó unos años después cuando dijo que estaba embarazada y se negó a decir quién era el padre. Los rumores, ya te puedes imaginar, iban desde que era un guerrillero republicano, a un miembro de la resistencia francesa o incluso un alto cargo del gobierno franquista. Ella siguió en sus trece y nunca ha confesado su secreto, lo único que ha dicho siempre es que mi padre fue fruto del amor, pero que era un amor imposible. Por eso mi padre lleva el apellido materno.*

*Su mirada se quedó perdida volando sobre las aguas tranquilas del estanque. Los peces seguían a la barca que ahora se había quedado a la deriva en medio del lago.*

*---Me parece fascinante, tu abuela tiene pinta de ser una mujer de armas tomar. Mi familia tiene un pasado bastante más aburrido, no contamos en nuestro haber con héroes de guerra ni con amigos de dictadores, solo currantes de Leganés. No recuerdo a mis abuelos hablar ni una sola vez ni de la guerra ni de la posguerra, supongo que, como muchos otros españoles, lo pasaron bastante mal durante aquellos años. Eso sí, mis abuelos han sido socialistas desde que tengo uso de razón y siempre me animaron a ser lo que*



*yo quisiera sin dejar que el hecho de ser mujer me frenara nunca.*

*---Parecen buena gente.*

*---Lo son, humildes y de clase obrera, pero con un corazón de oro, te lo aseguro.*

*---Me encantaría conocerlos.*

*Se me tuvo que notar, algo debió dejarse entrever cuando dijo aquello. El niño bien salido de una familia con contactos con el franquismo quería conocer a mis abuelos que no eran absolutamente nadie, bueno, para mí eran el mundo, pero nunca pasarían a la historia por salvar a republicanos llevándolos a otro país. Si se me notó, él no dio muestras de darse cuenta, en cualquier caso.*

*---Cuéntame más, parece una novela de espías ---dije sonriendo, me encantaba oírlo hablar, su cadencia, el timbre de su voz y su entonación eran como un arrullo sonando en mis oídos.*

*---Como supondrás, las habladurías no se hicieron esperar, pero la Nona nunca dejó que eso la afectara ni lo más mínimo. Mi bisabuelo hizo correr el rumor de que en uno de sus viajes a París se casó allí y que el marido falleció poco después de empezar la invasión alemana. Nadie se lo creía, pero todos lo dieron por válido y corrieron un tupido velo sobre ese tema. Claro que los niños son crueles y un día mi padre llegó a casa llorando porque en el colegio al que iba alguien le había llamado «bastardo». Al día siguiente mi abuela se presentó en el colegio, cogió al abusón de una oreja y ella dice que lo levantó un palmo del suelo, yo creo que exagera y que solo le dio un buen tirón, pero fue suficiente para que mi padre terminara los estudios sin más altercados.*

*---Cada vez me cae mejor tu abuela ---dije sin poder reprimirme, me parecía una adelantada a su tiempo y una fémica sorprendente.*

*---Tú también le vas a caer de maravilla, estoy deseando que la conozcas.*

*De nuevo toda la sangre abandonó mis mejillas, no me lo podía creer, en*

*serio quería que conociera a su familia. Miró el reloj y los dos nos dimos cuenta de que el tiempo había volado mientras navegábamos por el estanque. Remó de nuevo hasta el puesto de alquiler de barcas y la devolvimos pagando un pequeño suplemento por el retraso.*

*Nos sentamos bajo un castaño centenario que vibraba con tonos de verde vistiendo sus ramas. Alex había traído una mantita de cuadros escoceses en la que nos sentamos. Miró con curiosidad una de las castañas que estaban caídas a los pies del árbol y en algún momento le pareció una buena idea probar una. No me dio tiempo a decirle que era una castaña borde y que no son comestibles. Antes de que pudiera articular una palabra, se llevó las manos a la boca y se puso a escupir de manera frenética. El contraste entre sus suaves ademanes a los que me tenía acostumbrada y estos aspavientos hizo que me entrara la risa, no lo pude evitar, mi humor no es demasiado refinado. Mientras él corría buscando una fuente en la que enjuagarse la boca, yo me caí sobre la manta con lágrimas en los ojos de pura risa.*

*Cuando volvió me miró muy serio, lo que hizo que yo volviera a explotar en otra carcajada y ahí, tomando mi cara entre sus manos, me besó. Un beso ligero, casi una caricia que se volvió más intenso. Al principio era como el aleteo de una mariposa y luego se transformó en un vendaval irrefrenable. Sus manos se unieron a las mías y por fin lo sentí, todo lo que tantas veces había leído en las novelas románticas ahora lo estaba viviendo en primera persona.*

## Capítulo 5

Llega la mañana y Alba sigue abrazada a la caja de palisandro entre las sábanas revueltas de su cama. El sol se cuele por los agujeros de la persiana y dibuja puntos de luz en la pared como si de un colador de energía cósmica se tratara. Pelusa se pasea con elegantes pasos sobre la colcha y no tiene ningún pudor en sentarse sobre la cara de Alba, que toma ese gesto como la señal definitiva para salir del confort de esas sábanas.

Lleva la caja con ella y la pone sobre la mesa de la cocina, la caja la mira, la llama, proclama su nombre. Siente los tambores de *Jumanji* resonando dentro de ella que la llaman, sabe que la caja está ahí por ella, pero todavía es pronto. Aún no está preparada para abrirla, es lo último que le queda de Álex y mientras siga cerrada aún le queda algo de él que desaparecerá si la abre. Es como un increíble rompecabezas en el que si hace lo que realmente quiere, pierde el juego y si no lo hace, pierde igual.

Se da una ducha, y mientras el agua caliente abre sus poros y le inunda la piel, siente de nuevo arcadas. No le da tiempo a llegar al baño y sobre el lavabo expulsa los restos de bilis amarilla que la reconcomían por dentro. Va a ser más duro estar sin Álex de lo que parecía. Sale de la ducha temblorosa, con las gotas resbalando por su espalda y el pelo recogido en una toalla. Ha perdido el calor de la ducha y vuelve a sentirse fría, por fuera y por dentro.

Se hace un café largo bien negro y no le pone azúcar. A Álex no le gustaba nada el café así y precisamente por eso se lo hace, al menos no le recuerda a él.

Al otro lado de la pared el vecino ha puesto música. Como si quisiera reírse de ella suena *¿Quién me ha robado el mes de abril?* y toma una

decisión, debe salir de allí. Huir de esas cuatro paredes que le aprisionan el alma y no la dejan respirar. Madrid, con su fauna ciudadana y sus calles atestadas de gente, es el refugio perfecto, allí es solo una madrileña más, nadie conoce su dolor y su pena.

Antes de cerrar la puerta de casa echa un último vistazo al interior, la caja sigue ahí, justo donde la había dejado ella, erguida en la mesa con altivez, como una zarina rusa. Alba se encoge un poco más, se hace pequeña frente a la madera de palisandro, los secretos que ocultan son demasiado fuertes para ella.

*Un viernes por la noche me invitó a cenar a uno de esos restaurantes que una ve al pasar por delante de la puerta y que piensa que nunca será capaz de poner un pie ahí, La Truffe Dorée. Un exponente de la nouvelle cuisine francesa en la capital de España, un restaurante en el que de vez en cuando se pueden ver futbolistas, cantantes o presentadores de televisión. Y en ese momento, a una empleada del Leroy Merlin también.*

*Manteles de un blanco nuclear almidonados hasta parecer de corcho, con servilletas a juego y lustrosas copas con el filo dorado; mantequillera y plato para el pan y, por supuesto, más cubiertos para un único comensal de los que yo tengo en toda la casa. El maître tenía un ligero acento francés y un divertido bigotillo que recordaba al de Peter Sellers en La Pantera Rosa. El local estaba tenuemente iluminado, había paneles de madera noble tapizando las paredes hasta un metro de altura, y pintura de color crema cubría el resto de los muros. Cuadros de calidad adornaban las paredes y una preciosa chimenea de gas ardía en medio de la sala dando al conjunto un aspecto chic y al tiempo muy acogedor.*

*Comimos hígados de todas las aves conocidas en gastronomía y lo acompañamos con pan con mantequilla. Pedimos un vino de Borgoña y multitud de platos con nombres terminados en «e» acentuada. De postre, un coulant de chocolate embargó nuestros sentidos como habían hecho el resto de los platos de esa noche. Por encima del almidonado mantel se deslizó su*

*mano sosteniendo la mía y sonriendo. No necesitaba decir nada, solo sonreírme y yo ya sabía todo lo que pasaba por su mente. Mi corazón se desbocaba con su mero contacto y los vellos de mi brazo se erizaron hacia el cielo.*

*---Estás preciosa esta noche.*

*---Gracias ---dije sonriendo y sonrojándome de arriba abajo.*

*Es verdad que había puesto bastante esfuerzo en arreglarme porque me había dicho que iríamos a un sitio elegante, aunque nunca me pude imaginar que fuera a ser aquí, al mejor restaurante francés de la ciudad, lo que equivalía a decir, el mejor restaurante francés de España.*

*Cuando salimos del restaurante era bastante tarde y estaba pensando la posibilidad de cogerme un Uber hasta casa cuando él pareció leerme el pensamiento.*

*---Es tarde, no me gusta que cojas el metro tú sola a estas horas. Si quieres... Bueno, si te parece buena idea, puedes venir a mi casa a tomarnos la última copa y luego te pido un taxi.*

*---Claro, una copa suena bien. ---Los dos sabíamos que no íbamos a tomarnos simplemente una copa de vino antes de irnos a dormir, pero nos gustaba guardar las formas. Él no quería violentarme yendo demasiado deprisa, y yo no quería parecer una fresca. Que sí, que ahora una mujer se puede ir a la cama con quien quiera y cuando quiera, pero a mí no me gustaba ponerle las cosas demasiado fáciles, quería que tuviera que pelearlas un poquito.*

*Llegamos delante de un magnífico edificio donde piedra y cristal se daban la mano creando un ambiente retro-moderno increíblemente bello. El portero, porque este edificio tenía uno vestido con un traje de chaqueta de color oscuro, le dio las buenas noches a Álex saludándolo por su apellido y a mí llamándome señora. Me sentía como en un capítulo de alguna serie sobre el Upper East Side de Nueva York, solo que estábamos en el Barrio de Salamanca en Madrid.*

*Su apartamento es como me lo había imaginado, pulcro, ordenado pero lleno de vida. Hay fotos de su familia y de viajes con los amigos sobre varios muebles, una curiosa caja con una flor de lis de nácar en el aparador de la entrada, y entonces lo vi: un muro entero del salón había sido tapizado con estanterías que albergaban cientos de discos de vinilo. Suelto un suspiro y me quito el abrigo que dejo sobre una silla de manera mecánica y voy hacia las estanterías, hipnotizada. Ya sé lo que sintió Ulises al escuchar los cantos de sirenas, esa atracción que no te permite pensar en otra cosa. Él se queda detrás de mí con las manos en los bolsillos, sonriendo.*

*---Son... ¿Son todos tuyos? ---Esa fue probablemente la pregunta más idiota del mundo, pero no se me ocurre nada más que decir.*

*---No, unos cuantos los he robado ---añadió guiñándome un ojo y su sonrisa se ensanchó.*

*---¿Cuál es tu favorito? ---Esa sí es una buena pregunta, me dije a mí misma.*

*---Uf, son demasiados como para elegir uno solo. Veamos... ---Se acerca a las estanterías y pasa el dedo suavemente por los lomos de cartón de los discos. Se agacha y coge uno---. Este de David Bowie es uno de mis preferidos, lo compré con mi padre en una tienda londinense especialista en vinilos. Este de aquí fue el primero que me compré ---dijo señalando uno de Michael Jackson---, y siempre tendrá un lugar especial; aunque el que más escucho últimamente es el que está en el tocadiscos. Creo que te gustará.*

*Me acerco y levanto la tapa y ahí, mirándome con sorna, está Joaquín Sabina y el que es, sin duda, mi disco favorito, Esta boca es mía. Lo miro desconcertada y luego poso mis ojos en los de Álex.*

*---¿Te gusta este disco?*

*---De Sabina es mi favorito, también me gusta mucho Dímelo en la calle, pero creo que este tiene algo especial.*

*No me hace falta más, ni abrir otra botella, ni palabras susurradas, ni que alabe mi belleza. No va tener que pelearlo más. Me lanzo a sus brazos y*

*le planto un beso, uno de los que llevaba guardando durante años solo para él. Un beso con ternura, pasión, sueños y esperanzas. Un beso de amor, en definitiva.*

*Le cuesta reaccionar durante una fracción de segundo, pero luego responde a mi beso apretándome contra su cuerpo. Sus manos acarician mi espalda y buscan la cremallera de mi vestido. Las mías desabotonan su camisa hasta que de repente se aparta de mí parándose en seco.*

*---No, así no.*

*Lo miro sin comprender y casi me entran ganas de llorar pensando que he podido hacer algo mal, que mi ímpetu le ha asustado. Entonces me da un beso en la frente y me regala otra de sus enigmáticas sonrisas.*

*---Espérame en el sofá, por favor.*

*Va hacia una pared y modula las luces, ahora es simplemente un tenue resplandor que recorta nuestras figuras sobre los muebles del salón. Y entonces se dirige al tocadiscos y lo pone en marcha, la aguja rasga la superficie del vinilo y segundos después los primeros compases de Esta noche contigo inundan el salón.*

*---Así sí ---dice sonriendo mientras se sienta a mi lado---. ¿Por dónde íbamos? Creo que por aquí ---dice con sus labios pegados a los míos y vuelve a besarme.*

*Que no arranquen los coches Que se detengan todas las factorías Que la ciudad se llene de largas noches Y calles frías*

*Que se enciendan las velas Que cierren los teatros y los hoteles Que se queden dormidos los centinelas En los cuarteles.*

*Mi vestido y su camisa yacen en el suelo y yo contengo la respiración al verlo con el torso desnudo. Sus brazos torneados se continúan con un abdomen plano donde se marcan ligeramente los músculos Es como la estatua griega de Adonis que se encuentra en el Museo del Louvre, pero con vida y emanando un calor irresistible. En esos instantes soy consciente de que solo llevo la ropa interior, al menos he tenido algo de sentido común y me he puesto la lencería negra dejando a un lado las bragas de algodón con*

*dibujos de margaritas que llevaba unas horas antes. Trato de cubrirme consciente de mi propia desnudez, pero él no me deja.*

*---Estás preciosa, Alba.*

*Me ruborizo, pero con la escasa luz no creo que se dé cuenta.*

*---Quiero retener este momento en mi memoria.*

*Comienza a acariciarme la piel con la punta de los dedos, muy despacio, sin olvidar ningún valle ni ninguna curva. En un momento dado deja de dibujar mi cuerpo con sus manos para hacerlo con sus besos, calientes que se desparraman por mi espalda y mi vientre haciéndome reír.*

*Porque voy a salir esta noche contigo Se quedarán sin beatas las catedrales Y seremos dos gatos al abrigo De los portales*

*Que se enfaden las flores Que vuelven las cigüeñas al calendario Que sufran por amores los dictadores Y los notarios.*

*Sus labios se paran en mi cuello y mirándome con fuerza desliza sus manos sobre mi espalda y desabrocha mi sujetador. Cierro los ojos sintiendo sus labios en mi piel y le desabrocho el pantalón que él se apura por dejar caer al suelo con el resto de nuestra ropa. Me mira con avidez y con un rápido movimiento me levanta en brazos y me lleva al dormitorio. La voz de Sabina es ahora solo un suave ronroneo lejano que enmascara nuestros jadeos cansados en la habitación de al lado. Nunca me he sentido tan viva. Me quedo dormida en sus brazos cuando ya está despuntando el alba, y varias horas después el sol nos encuentra abrazados y revueltos, cansados y satisfechos. Y felices, más felices de lo que se puede ser en una sola vida.*



## Capítulo 6

Necesitaba ruido, necesitaba gente, necesitaba el contacto de hombro con hombro en el abarrotado metro, el Spiderman de la Puerta del Sol y la música de los artistas callejeros. Necesitaba sentirse viva y Madrid es la ciudad más viva de este planeta.

Si esto fuera una de esas novelas que tanto le gustaban, seguramente estaría ahora delante de la columna de Nelson en la Plaza de Trafalgar o sentándose lánguidamente en el borde una de sus fuentes, sin embargo salió en uno de los puntos más concurridos de la capital de España: la Puerta del Sol.

La mole de cristales del intercambiador había transformado el paisaje al que los madrileños estaban acostumbrados, uniendo de forma magistral lo antiguo con lo nuevo. Dirigió sus pasos hacia el kilómetro cero, ese mismo punto por el que tantas veces habían paseado de la mano, y se paró para ayudar a unos turistas japoneses que querían ser immortalizados para la posteridad. El reloj dio las campanadas, su sonido metálico y potente le recordó a las Nocheviejas pasadas delante de la televisión viendo como un Ramón García con capa nos ayudaba a todos a entrar en el año nuevo.

Miraba a su alrededor y veía a Álex por todas partes: en esa taberna fueron a cenar un día al salir del teatro, en ese banco se sentaron a comerse a besos, en esa tienda de *souvenirs* compraron un imán de Madrid para ponerlo en la nevera porque les pareció algo muy cutre, y las cosas cutres les hacían reír. Unos *heavies* reunidos en grupo hablaban a voces y reían sin preocupación, una horda de turistas seguía a una guía que usaba una sombrilla de vivos colores para protegerse del sol y para que nadie la perdiera de vista, una madre corría detrás de su hija de pocos años que se había alejado

siguiendo a un gato callejero.

Así es Madrid, con los colores y olores de años de mezcla y diversidad. Su paseo la llevó a la Plaza Mayor, estuvo tentada de sentarse en una terracita a tomarse una cerveza, tal vez hacer algo «normal» la ayudaría a recuperar la normalidad perdida, como cuando te dicen que si sonríes acabarás por alegrarte. Alba sabía bien que esa filosofía de mercadillo no era para ella, que si se sentía triste, por mucho que disimulara, su tristeza no se iba a esfumar de un día para otro.

Unos chicos tocaban con una guitarra acústica canciones de los años ochenta del pop español y se llevan unas cuantas monedas de los turistas. Cuando un grupo bastante numeroso de viajeros se acercó, intercambiaron una rápida mirada y comenzaron con una canción que sabían que haría las delicias de los extranjeros y les ayudaría a desprenderse de algunas monedas que caerían convenientemente dentro de su sombrero.

*Allá donde se cruzan los caminos, donde el mar no se puede concebir, donde regresa siempre el fugitivo, pongamos que hablo de Madrid.*

*Donde el deseo viaja en ascensores, un agujero queda para mí, que me dejo la vida en sus rincones, pongamos que hablo de Madrid.*

Sabina, no se puede negar que esos veinteañeros tienen buen gusto musical. Los turistas sacan los móviles y llueven las fotos y se disparan los vídeos. Los chicos se miran y sonríen, ha sido un movimiento fantástico y ellos lo saben. Tienen buena voz y cantan una canción del *Flaco*, así que Alba rebusca en su monedero y deja caer una moneda, lo que le granjea una inclinación de cabeza del guitarrista y eso, por extraño que pueda parecer, le hace sonreír.

Continúa su camino siendo una turista en su propia ciudad, se pierde en sus calles se mezcla con su gente. Llega hasta el Palacio Real, esa inmensa mole con más de tres mil habitaciones que corona la Plaza de Oriente. ¿Quién no ha soñado alguna vez con ser una princesa de cuento y vivir en un palacio? Pues en Madrid hay uno que es precioso, claro que debe ser vacío y triste, pues ni siquiera la princesa quiere ir a vivir ahí.

Una chica mueve unas cariocas realizando intrincados dibujos con sus manos y las colas de estas se mueven creando un arco iris de color que es muy aplaudido por los paseantes. Una familia, con un mapa en la mano y una enorme cámara de fotos al cuello, disfruta de las últimas horas de la tarde en los jardines del palacio. Y en un banco, solitaria, se sienta Alba a ver pasar los transeúntes.

Su dolor se ha ido atenuando, es como si la ruidosa ciudad pudiera anestesiar su alma. Por un instante, por una mínima fracción de segundo se ha permitido olvidar el dolor que le atenazaba las entrañas impidiéndole seguir adelante, por un momento ha sido simplemente Alba, una chica normal sentada a la sombra del Palacio Real disfrutando del atardecer.

El móvil suena estruendoso sacándola de su ensimismamiento, es su hermano, ya ha ignorado demasiadas veces sus llamadas y hoy, por fin, se encuentra con humor para responder.

---¿Diga?

---Hombre, ya pensaba que te habías muerto y Pelusa te había devorado.

Una diminuta sonrisa asomó a su rostro.

---Pelusa es muy exclusiva con lo que come, no creo que se hubiera acercado a mí ni aunque se estuviera muriendo de hambre.

Una carcajada sonó al otro lado del teléfono. Vida, risas, seguir adelante, por lo visto había gente que podía hacerlo mientras ella se quedaba estancada.

---Eso es verdad, no he conocido un bicho más sibarita en toda mi vida.

Un corto silencio se instauró entre ellos, fue al final Gonzalo quién lo rompió.

---¿Cómo te encuentras?

---Bueno... He estado mejor, la verdad.

¿Cómo se lo podía explicar? ¿Llegaría un día a entenderlo? No es solo que Álex ya no estuviera, es que una parte de ella misma se había ido con él. Por mucho que siguiera adelante y que lo superara, nunca volvería a ser la misma. Sus proyectos, sus anhelos, sus sueños, todo se había metido en una caja de

madera a dos metros bajo tierra en el Cementerio de la Almudena. Así es como se sentía, pero no podía decírselo, ellos no lo entenderían.

---Me imagino lo que sientes.

---Gracias por preocuparte, pero estoy mejor. ---«Ni en millón de años, ni en varias vidas sabrías lo que siento», pensó, pero decidió decir una frase hecha y tratar de cerrar la conversación cuanto antes.

---Ven un día a casa, Paula cocina de maravilla y yo sé poner la mesa estupendamente.

De nuevo un gesto involuntario de las comisuras de su boca torciéndose hacia arriba.

---Sois muy amables, pero ahora mismo no me apetece demasiado estar con gente.

---Pero lo necesitas. Es como cuando te dio la alergia y te tuvieron que pinchar un corticoide, no creo que te apeteciera un pinchazo, pero es lo que necesitabas para curarte.

---No es exactamente lo mismo.

---Lo sé, pero es lo que necesitas, confía en mí que además de guapo soy el listo de la familia.

Otra vez estaba ahí, ese atisbo de sonrisa arrancada con facilidad por su hermano, como siempre hacía desde que eran pequeños.

---Prométeme que vendrás algún día.

---Lo prometo.

---De esta semana.

---De este mes, y es mi última oferta.

---Me vale. ---Y Alba pudo sentir como sonreía al otro lado del teléfono--  
-. Te quiero mucho, hermanita, no lo olvides.

---Lo sé, yo también te quiero. ---Estaba a punto de colgar cuando añadió casi en un susurro---. Gracias.

No llegó a saber si su hermano escuchó esa última palabra solitaria pues cuando miró el móvil la llamada ya había finalizado. Se quedó sentada un rato

más viendo como un artista callejero hacía pompas gigantes de jabón con algo tan simple como dos palos y una cuerda. Estaba hipnotizada mirando esas esferas de jabón brillantes reflejando los últimos rayos de sol, se permitió no pensar en nada mientras las contemplaba. Flotaba junto a ellas elevada por la leve brisa de las últimas horas del día y se escapaba volando hacia el cielo de Madrid.

*Nos despertamos varias horas después cuando el sol ya estaba alto en el cielo. Seguíamos abrazados, sintiendo el calor del otro, su presencia en mis brazos me llenaba de vida. Tenía el pelo revuelto y algunos mechones rebeldes le caían sobre los ojos, esos ojos verdes como un campo de césped recién cortado con ligeras motas de color dorado. Lo primero que vi al despertarme fue su sonrisa llenando toda la habitación con ella, irradiaba más luz que el sol que entraba por la ventana.*

*Mientras él se iba a la cocina a preparar café, yo me di una ducha rápida, al salir, envuelta solo con una toalla, no sabía muy bien qué hacer, pues ponerme el vestido elegante y los tacones de la noche anterior me resultaba algo ridículo. En ese momento entró él en la habitación y sonrió al ver mi ceño fruncido mientras yo miraba con intensidad mi vestido de gasa.*

*---Toma ---dijo tendiéndome una camiseta suya---, estarás más cómoda que con ese vestido. Claro que si no quieres llevar nada, por mí encantado. --De nuevo su sonrisa llena de franqueza irradiando luz.*

*Cogí la camiseta con mano temblorosa y, a pesar de que ya nos habíamos visto desnudos, sentí el impulso de darme la vuelta para quitarme la toalla y vestirme. Era una tontería, pero ya se sabe que a la mañana siguiente nada parece lo mismo. Cuando me giré, él ya había desaparecido en la cocina y yo le seguí. Había tostadas, aceite, un cuenco con tomate rallado y café humeante servido en dos tazas de color beige que recordaba por haberle ayudado a escogerlas yo misma.*

*Disfrutamos del desayuno sonriendo, mirando al otro furtivamente y*

*sintiendo en el estómago una bandada entera de mariposas desbocadas aleteando con furia.*

*---La semana que viene mis padres celebran treinta y cinco años de matrimonio y van a hacer una fiesta en casa. Te... Bueno, creo que me gustaría que vinieras conmigo. ---El Álex seguro desapareció por completo y delante de mí tenía a un hombre que tartamudeaba ligeramente y que enrojeció hasta las orejas cuando me invitó.*

*---Yo... No sé, ¿no es muy pronto para conocer a tus padres?*

*---No.*

*Su seguridad e intensidad me tomaron por sorpresa, no había ni un atisbo de duda en su tono ni en sus palabras.*

*---No sé, vosotros sois una familia muy elegante y yo... Pues, bueno, no sé si estaría fuera de lugar.*

*---¡No digas tonterías! Además, es el momento perfecto porque habrá muchísima gente y no será tan incómodo como una comida familiar donde estamos todos sentados a la misma mesa y no te puedes escapar. Encima, estarán la Nona, que está deseando conocerte, y Elisa, a la que ya conoces. Además hay alcohol y canapés gratis, ¿qué me dices?*

*---Bueno... Sí, si hay canapés gratis no tengo excusa para no ir.*

*Se levantó de un salto y rodeó la mesa para estrecharme entre sus brazos, noté como aspiraba el aroma de mi pelo y después me daba un largo beso. Yo me puse de pie para abrazar su cuerpo y antes de darme cuenta le estaba quitando la camiseta. Dejamos el desayuno a medias y volvimos a la habitación, ya tendríamos tiempo de terminar las tostadas después de amarnos con la furia de los primeros días, sintiendo que nunca tendría suficiente de él, que ahora mi vida y la suya eran una sola.*

*Una semana después me recogió en casa para ir a la fiesta de sus padres. Me había dicho que era un cóctel con varios amigos, socios y familiares. Yo no sabía muy bien qué había que ponerse en esos casos y elegí un vestido negro de Zara que me sentaba francamente bien, o eso es lo que*

*yo creía. Me dije que con un «little black dress» no me podía equivocar y lo acompañé de unos salones de tacón negros. Fuimos a una urbanización en La Moraleja donde un guardia de seguridad nos dejó pasar tras presentación de nuestros carnets. Yo estaba maravillada observando las casas que parecían sacadas directamente de una revista de decoración, las zonas verdes y el campo de golf daban una sensación de irrealidad, de estar en el campo a pocos pasos de Madrid. Álex vio mi estupefacción y soltó una risa por lo bajo.*

*---¿Tú creciste aquí?*

*---Sí, es un sitio increíble, hay verde por todas partes y oyes el canto de los pájaros en primavera todo el tiempo. Supongo que por eso me gusta tanto El Retiro, me recuerda un poco a casa.*

*---Sí, seguramente El Retiro tenga el mismo tamaño que alguno de estos jardines.*

*Volvió a reír, esta vez abiertamente. Entramos en el jardín delantero de casa de sus padres que debía tener las dimensiones de un campo de fútbol donde había aparcados ya una docena de coches. La casa era impresionante, una vivienda de estilo provenzal de tres alturas con un pequeño jardín delantero y un inmenso jardín trasero donde, además, había una piscina que según me dijo Álex era climatizada y la usaban también en invierno.*

*El hall de la casa era exactamente como uno se imagina que será la casa de Isabel Preysle: suelos de mármol, una despampanante araña de cristal en mitad de la entrada y dos escaleras de madera noble con barandilla repujada que subían al piso superior. Yo me sentía como Dorothy cuando llegó al Palacio del Mago de Oz. Pasé como una exhalación de la mano de Álex por varias estancias amuebladas con gusto y sobriedad y con piezas de arte y cuadros de pintores reconocidos como decoración. Se notaba que Álex estaba tan nervioso como yo y cuando llegamos al jardín buscó con la mirada entre la gente hasta que dio con la persona que buscaba y sonrió*

*lleno de ternura.*

*---Vamos ---dijo mientras tiraba de mi mano y me llevaba hasta una señora sentada en una de las sillas de mimbre del jardín---. Nona, te presento a Alba. ---Su sonrisa era tan amplia que yo no pude menos que devolvérsela.*

*Me acerqué a la Nona, una señora de casi noventa años que seguía manteniendo intacta su belleza, me recordaba a Audrey Hepburn, con ese encanto aristocrático e intemporal a pesar de tener el rostro surcado de arrugas. Llevaba el pelo completamente blanco recogido en un moño bajo y un vestido negro (ella también había optado por el LBD) que adornaba con un ostentoso collar de perlas y unos discretos pendientes de diamantes. Se quedó durante un segundo contemplándome en silencio y pude notar cómo Álex contenía la respiración a mi lado. Cuando al final sonrió y abrió los brazos para darme dos besos, Álex dejó escapar el aire en un ruidoso suspiro.*

*---¿Así que esta es la ragazza que te ha robado el corazón, Alexandre?*

*---Sí, esta es ---dijo mientras me cogía la mano entre las suyas y depositaba un casto beso en el dorso.*

*---Jovencita, Alexandre tiene mucha gente a la que saludar, pero tú te vas a sentar a mi lado a hacer compañía a esta pobre vieja.*

*---No digas eso, Nona, si estás estupenda.*

*Le sonrió con infinito cariño y Álex le cogió sus manos y se las besó también.*

*---Está bien, voy a saludar por lo menos a papá y mamá. Te dejo en buenas manos ---dijo mirándome directamente y se marchó tras guiñarme cómplice un ojo.*

*La conversación con la Nona fue fluida y muy interesante. Salpicaba su discurso de palabras en italiano y de anécdotas de su vida, y me tocaba el brazo cuando quería enfatizar algún punto de la narración. Esa mujer irradiaba fuerza y sus ojos eran profundos e inteligentísimos. Fue en ese*



*momento cuando me di cuenta de que eran como los de Álex, pero con un color verde algo más pálido, aunque las motas doradas también estaban presentes en los suyos. Al cabo de un rato, tras haber charlado y haberla puesto al día tanto de mis lazos familiares como de mis intereses profesionales, dio por terminado el primer interrogatorio y creó que lo pasé sin problemas.*

*---Querida, has sido muy amable de acompañar a esta signora anziana, ahora creo que puedes buscar al mio nipote y continuar la fiesta con él, pero no dudes en pasarte por aquí antes de irte.*

*---Se lo prometo.*

*Me despedí con dos besos aunque sabía que volvería a verla antes de que terminara la fiesta. Era una mujer que provocaba una atracción poderosa, y pensé que cuando envejeciera quería ser como ella.*

*Cuando me dirigía hacia el grupo de gente que rodeaba a Álex al otro lado de la piscina, una joven me detuvo. Era toda piernas envuelta en un vestido blanco que realzaba su piel morena y que dejaba sus magníficos hombros al aire. El sol arrancaba reflejos dorados de su pelo rubio como si estuviéramos delante del mar al atardecer.*

*---Por favor, tráigame otra copa de champán ---dijo con un ligero acento francés al tiempo que me tendía su copa vacía para que la cogiera.*

*---Em... No soy camarera ---dije mientras me sonrojaba---, soy una de las invitadas.*

*---¿En serio? ---Puso la misma cara de asco que pone alguien cuando encuentra una mosca en su sopa.*

*Iba a responder, pero en ese momento apareció Elisa para salvarme de una humillación aún mayor.*

*---¡Alba! Qué alegría que hayas podido venir.*

*---¿La conoces? ---Si le hubieran dicho que Elisa era íntima amiga de Osama Bin Laden seguramente no le habría causado tanto estupor.*

*---Sí, fuimos juntas a clase y ahora es la novia de Álex.*

---Perdona, ¿Tu as dit quoi?[2]

---Sí ---dijo Elisa sonriendo de oreja a oreja---, por lo visto mi hermano al fin se ha decidido a sentar la cabeza y resulta que la elegida era compañera mía de clase. El mundo es un pañuelo, ¿no crees?

---Sí ---dijo sin despegar los labios en una sonrisa lobuna y completamente falsa---. Yo soy Chloé, somos vecinos y amigos desde pequeños. ---Me tendió la mano para que se la estrechara.

---Yo soy Alba ---respondí a su apretón sintiendo como los clarísimos ojos azules de Chloé me perforaban.

---¡Aquí están mis dos chicas favoritas! ---dijo Álex acercándose a nosotras y pasando un brazo por encima de los hombros de Elisa y otro por encima de los míos. Noté como la rubia daba un ligero respingo al ver sus muestras de cariño para conmigo. Cuando Álex se dio cuenta de que no estábamos solos, sonrió y se acercó para darle dos besos a Chloé.

---Veo que ya conoces a Alba.

---Sí, Elisa nos ha presentado hace un momento ---dijo acercándose peligrosamente a Álex y sus palabras sonaron como un ronroneo. Una alarma inactiva durante toda mi vida de repente se puso en marcha en el interior de mi cabeza mientras seguía con la mirada los gráciles gestos de la invitada.

---Ven, Alba, quiero que conozcas a mis padres ---dijo llevándome de nuevo de la mano entre los distintos grupos de gente.

Sus padres eran gente muy refinada, pero aún así se mostraron cercanos y muy agradables conmigo. Supe que su padre había seguido los pasos de su bisabuelo y se había convertido en un empresario de éxito. Su madre era la hija de un diplomático y con quince años ya había recorrido la mitad de los países de Europa, y fue en Italia donde conoció a Augusto mientras él estaba de vacaciones para visitar a su familia. Años después, cuando a su padre lo trasladaron a Madrid, volvieron a encontrarse y el chispazo que sintieron en su adolescencia volvió a estar presente y se enamoraron. Conversé con

*Catalina y esta me contó multitud de anécdotas de sus viajes.*

*Álex me llevó de grupo en grupo presentándome a primos, tíos, empresarios conocidos, vecinos, amigos e incluso algunos clientes de sus padres. Se movía como pez en el agua y el orgullo que sentía al presentarme como su novia me daba confianza en mí misma. No hablé demasiado pues soy de naturaleza muy tímida, pero escuché con atención y aprendí más sobre los negocios en esa breve fiesta que en un máster entero en la Facultad de Ciencias de la Empresa. El champán hizo sus estragos en mi vejiga y tuve que ausentarme para ir al baño. Este era como un tocador de un restaurante caro con un inmenso espejo con dos lavabos, dos puertas que daban acceso a dos váteres y un pequeño sillón en una esquina que no sé muy bien qué pintaba, pero que quedaba coqueto y acogedor.*

*Cuando estaba a punto de salir, oí voces que se aproximaban y por algún extraño motivo decidí quedarme quieta. Tal vez fuera vergüenza, tal vez intuición, el caso es que me quedé sin moverme y casi conteniendo la respiración mientras varios pares de zapatos de tacón se aproximaban. Hablaban en francés, un idioma que yo había estudiado durante el instituto y la carrera. Hacía años que no lo practicaba y seguramente me trabara bastante hablándolo, pero no tenía problemas para entenderlo.*

*---¿Te lo puedes creer? ---Reconocí al instante esa voz como la de Chloé---. No he visto nada tan vulgar en toda mi vida.*

*---Ya, parece alguien del servicio.*

*Tres voces rieron sonoras y cantarinas.*

*---No entiendo qué ha podido ver Álex en ella.*

*Dentro del váter me sobresalté, estaban hablando de mí y no alabando mi persona precisamente.*

*---¿Y ese vestido? ---Chloé volvía a la carga---. Parece sacado de la beneficencia. ¿Es que no se da cuenta de que está completamente fuera de lugar? Imagino que Augusto y Catalina han tenido que pasar un mal rato terrible cuando se la han presentado. Menos mal que son gente con mucha*

*educación y saben disimular cuando se encuentran con esa vulgaridad cara a cara.*

*---Pero si hasta ha ido a molestar a la abuela. ¿Qué le costaba dejar a la pobre señora en paz?*

*---Además de que se nota a la legua que está con Álex solo por su dinero.*

*---En cuanto pueda, esta aparece con un bombo para tener a Álex bien atado y que le pase una pensión. Seguro que su plan es no volver a trabajar en su vida.*

*---Yo creo que es algún tipo de apuesta, seguro que los chicos del pádel se han apostado a ver quién se liga antes a una muerta de hambre.*

*Se marcharon riéndose con ese acento que enrollaba las «erres» y que terminaba todas las frases en una sílaba aguda. Yo me quedé sentada en el váter llorando. Me molestaba lo que habían dicho, sus palabras se clavaban en mis oídos como el aguijón de un escorpión y ese veneno reptaba lentamente hasta mi interior.*

*¿Los padres de Álex también pensarían que lo único que quiero de él es quedarme embarazada para que me pase una pensión? ¿Y su abuela? Esa mujer me había parecido increíble, pero está acostumbrada a este tipo de fiestas y seguramente durante el franquismo aprendió a disimular el asco que sentía por alguno de sus interlocutores y que no se le notara. Que estaba fuera de lugar en esa fiesta era algo obvio, yo iba con mi vestido de cuarenta y nueve con noventa mientras había visto diseños de grandes creadores que debían costar cerca de los mil euros. ¡Pero si hasta las amigas de Álex me habían confundido con una camarera!*

*Al salir del váter y ver mi imagen en el espejo vi que tenía el rimmel completamente corrido, al salir de casa no pensé en ponerme el que tengo waterproof porque no pensé que acabaría llorando sola en el baño. Me recompuse como pude y aguantando las lágrimas a fuerza de pura voluntad tomé una decisión.*

*Salí casi a hurtadillas del baño y me dirigí escondiéndome tras las*

*columnas y los muebles caros hasta la puerta. Allí había un miembro del personal vestido con un traje de chaqueta al que le dije que me gustaría irme y que necesitaba un taxi, con una sonrisa ensayada me dijo que él se encargaba de todo. Unos minutos después, un Mercedes blanco con el logotipo de la empresa de taxis de la comunidad de Madrid me esperaba en la puerta de la casa y me llevaba de vuelta a mi piso en Leganés. Pagué una pequeña fortuna por ese trayecto, pero fue una victoria para mí misma demostrarme que no necesitaba el dinero de nadie para ser quien soy.*

*Cuando llegué a mi piso me quite el vestido y lo tiré con furia a un rincón, no quería volver a verlo. Me sentía avergonzada de haber pensado que con un vestido de Zara podría triunfar en una fiesta de la alta sociedad, que alguien con familia de Leganés podía encajar entre diplomáticos extranjeros y empresarios nacionales. Lloré con furia, no por él ni por la cruel Chloé, sino por mí, por pensar que iba a ser como una oruga que se convierte en mariposa cuando soy lo que soy: una trabajadora de Leroy Merlin con un diploma de Hispánicas que no ha utilizado nunca y que vive en un minúsculo piso en Leganés acompañada de su gata.*

*No quería volver a ver a Álex, no quería volver a saber nada de él ni de su familia. No iba a alimentar esas habladurías, no les daría munición a esas lenguas de víbora y me alejaría de él. Seguramente sería un estorbo, me dije, se notaría en las reuniones y cócteles que yo no pertenezco a la misma clase social que los demás y eso solo podía perjudicar a Álex. Si Chloé, que es su vecina y lo conoce desde la infancia, tiene tan mala opinión de mí, el resto de los asistentes han debido pensar lo mismo. Le evitaría tener que abochornarse de mí otra vez y dejaría de verlo ya mismo.*

*Se me rompió el corazón en ese momento, pero supe que era lo que tenía que hacer. Apagué el móvil, así evitaría la tentación de mirar si tenía algún mensaje, y me metí en la bañera. Un baño largo y relajante, con espuma y muy caliente, que limpie mi piel y despeje mi mente. Eso era lo único que necesitaba.*

## Capítulo 7

Levantó la vista y estiró el cuello que se le había quedado rígido después de pasar varias horas inclinada sobre el escritorio. Una pila cada vez más alta de folios se iba acumulando a la izquierda de la mesa, y los cartuchos de tinta vacíos se amontonaban en la papelera. Algunas frases estaban algo borrosas pues las lágrimas habían brotado a sus ojos al escribirlas, pero no lo podía evitar. Decidió concederse un descanso, le vendría bien dejar de lado los recuerdos. Al mirar alrededor vio la desolación que se había apoderado del piso, parecía una zona bélica con ropa esparcida sobre casi cualquier superficie visible y una pila de platos sin lavar que empequeñecía las dimensiones de la Torre de Pisa.

Algo se removió en su interior, un pequeño sentimiento que la obligó a salir de su letargo. Se puso manos a la obra, al menos eso la obligaría a tener la mente ocupada en cualquier otra cosa. Comenzó con los platos pues le parecía lo más urgente, y es que no quería que Sanidad le clausurara el piso por no respetar las condiciones de salubridad. Se puso unos guantes rosa de goma y comenzó a atacar la suciedad que impregnaba los platos. Cuando hubo terminado se dedicó a la ropa, hizo varios montones: la que necesitaba un planchado, la que había que lavar y por último la que estaba lo suficientemente bien como para poder guardarla directamente en el armario sin ningún paso previo.

Cuando terminó se sentía orgullosa, la casa estaba limpia y ordenada, nadie esperaba que estuviera reluciente, ni siquiera ella misma y el resultado la satisfizo. Al menos ahora podía sentarse en el sofá sin tener que apartar camisetas y vaqueros y podía hacerse un té en una taza limpia. Durante las dos

horas en las que se había metido de lleno en el zafarrancho de limpieza no había sentido el dolor que la llevaba acompañando por quince días como si de una extraña prenda se tratara. Durante dos miserables horas se había permitido no pensar en Álex, solo en productos de limpieza y mugre.

Cuando se sentó en el sofá se sintió cansada, le dolía el cuello de haber estado inclinada y ahora los pies por llevar dos horas de pie sin sentarse. Le apetecía un masaje y entonces, como un fantasma al que nadie ha invitado, se coló de nuevo la imagen de Álex, sus fuertes brazos, sus manos dándole un masaje eliminando los nudos de su espalda. Y la tregua que sus sentimientos habían permitido durante dos horas se rompió una vez más y otra vez volvió a sentir esa opresión en el pecho que le impedía respirar.

A pesar de que las lágrimas acudieron como de costumbre a sus ojos, se permitió esbozar una sonrisa, había conseguido una tregua, un alto el fuego de dos horas, era un comienzo. Miró su móvil y vio que tenía varios mensajes de Elisa, le pedía que se vieran para ir a comer juntas o pasear o lo que ella eligiera. Aceptó, no le apetecía especialmente, pero las palabras de su hermano se le habían quedado grabadas: es lo que ella necesitaba.

Paseó su mirada por la sala y se topó con la caja de palisandro que seguía mirándola desde una de las estanterías. Tras unos días en los que su sola presencia le había despertado una profunda angustia, ya era capaz de tolerarla. Había llegado a la conclusión de que cuando fuera el momento de abrirla lo sabría. Su hermano se había reído de ella diciéndole que era una crédula y si esperaba que su horóscopo dijera: «Vamos, Alba, hoy es el día perfecto para abrir la caja». Pero ella, gran creyente en el destino y en las fuerzas que guían nuestras vidas, sabía que tenía razón. La caja ya no le imponía el miedo que sentía al principio, ahora solo era un recordatorio de que Álex se acordó de ella y decidió dejarle algo para que lo recordara a él. Sabía que sería algo importante, y por eso el momento era crucial y no quería abrir la caja sin estar preparada.

Ese día llegaría, solo había que esperar.

*A la mañana siguiente llamé al trabajo para decir que estaba enferma y que no podía ir a trabajar, no era exactamente una mentira pues me había acostado a las tantas llorando y había tenido una noche intranquila. Miré el vestido negro que seguía tirado en el suelo, lo cogí y lo metí directamente en el cubo de la basura. Sé que no es culpa suya, pero no me apetecía volver a ponérmelo, porque cuando lo hiciera iría a sentirme tan triste como en ese momento.*

*Traté de matar el tiempo como pude, pero no encontré ninguna ocupación interesante. Salí a comprar por mi barrio y las diferencias eran abismales. Aquí no hay casas tan grandes como un teatro o jardines que ocupen una manzana, aquí sobre todo hay gente humilde y obrera que sobrevive como puede. Claro que en cuanto a nacionalidades distintas seguramente haya tantas en mi barrio como en la fiesta de los padres de Álex.*

*Tras pasar por el mercado y la floristería volví a casa, Pelusa miraba con desconcierto los claveles que había comprado y tras una rápida inspección decidió que no le interesaban y fue a pasear su gran majestuosidad a otra parte del piso.*

*De repente llamaron a la puerta a golpes como si un escuadrón de los geos estuviera a punto de tirar la puerta abajo. Abrí desconcertada ante tal muestra de violencia en mi rellano. Ahí parado en el umbral estaba Álex, cuando me vio se me tiró al cuello y me abrazó con fuerza y noté cómo se relajaba. Daba la impresión de haber dormido menos que yo incluso.*

*Se separó de mí dispuesto a decir algo, pero súbitamente cambió de opinión y decidió volver a abrazarme. En todo este tiempo yo aún no había despegado mis brazos de los flancos de mi cuerpo y no había respondido a su abrazo.*

*---He estado preocupadísimo, Alba. Te fuiste sin decirle nada a nadie y esta mañana cuando he ido a tu trabajo me han dicho que estabas enferma. Y.. Y he sentido miedo porque no has contestado ni mis llamadas ni mis*



*mensajes. ¿Estás bien? ---lo dijo todo de carrerilla, como si le pesaran las palabras en los labios.*

*---Sí, sí, estoy bien. Bueno, no, estoy enferma, como ya te han dicho.*

*---¿Y por qué te fuiste sin despedirte? Podríamos habernos ido juntos. ¿Y por qué no cogías el móvil?*

*Demasiadas preguntas, sus grandes ojos me interrogaban y yo no sabía si podría hacerle frente.*

*---Mira, Álex, nunca es fácil decir lo que tengo que decirte, pero es necesario que lo escuches: se acabó.*

*Me miró sin comprender. Lo listo que es para algunas cosas y ahora que necesito que entienda algo sin explicaciones es incapaz de descifrarme.*

*---Lo nuestro se ha acabado.*

*---Pero, ¿por qué? ¿He hecho algo?*

*---No podemos estar juntos, simplemente. Yo no pertenezco a tu mundo y tú no perteneces al mío. Estoy segura de que esta es la primera vez que pones un pie en Leganés, ¿verdad?*

*---Sí, bueno... Eso no significa nada.*

*---Ya lo sé, no es solo por eso. Mira, nos hemos divertido juntos, eso es innegable, pero ya está. No tratemos de alargar esta historia más de lo que se merece.*

*Noté como le acababa de romper el corazón, pero aún así no me supo a bastante y seguí.*

*---Ya has hecho tu buena acción diaria ocupándote de la pobre empleada de ferretería. ¿Qué fue? ¿Algún tipo de apuesta con tus amigos del club social? Ya puedes volver a tu vida, seguramente haya alguna vecina con la que hagas mejor pareja que conmigo.*

*---¿Te refieres a Chloé?*

*Eso me dolió, lo reconozco. Así que contraataqué con aún más furia.*

*---¡Vaya! Qué rápido has elegido. Supongo que Chloé estará bien, tendréis unos hijos maravillosos a los que podréis bañar en champán y*

*darles potitos de caviar.*

*---Pero es que yo quiero estar contigo.*

*---Déjalo, yo no quiero volver a verte.*

*---Pero...*

*---¡Pero nada! No quiero volver a verte y ya está. Si por casualidad apareces por mi trabajo le diré a mi jefe que me estás acosando y tenemos las pruebas de las cámaras de seguridad de la infinidad de veces que has venido y has hablado solo conmigo. Si te presentas aquí con flores, bombones o regalos no será un precioso gesto romántico, será un intento patético por parte de un acosador de no dejar tranquila a su presa. No quiero más mensajes, ni llamadas, ni visitas, ni nada. Se acabó.*

*Se le hundieron los hombros y dio la impresión de que había envejecido diez años de una sola tacada. No dijo nada, simplemente se dio la vuelta y desapareció por la escalera. Yo cerré lentamente la puerta y me apoyé contra ella resbalando hasta el suelo. Ahí, con la cabeza entre las rodillas, lloré, lloré tanto que mis lágrimas se juntaron formando ríos que en vez de desembocar en el mar iban hasta un pozo de tristeza.*

*---Es lo mejor para los dos. ---Tuve que decirlo en voz alta porque si no, no me lo hubiera creído. En este caso tampoco lo hice, pero traté de disimular como pude.*

*Dos días después me sentía todavía peor que cuando Álex vino a verme. El mundo de repente se había vuelto gris y mi moral andaba por los suelos. Me dije que mis motivos eran nobles, que lo hacía por él, para que tuviera acceso a una vida mejor que la que tendría a mi lado. «Una vida con la estirada cuello-largo de Chloé», pensé enfadada conmigo misma por la punzada de celos que sentí en el estómago. Sí, era lo mejor para Álex, seguramente si lo repetía mucho me lo acabaría creyendo, como esas promesas que hacen los políticos en campañas, pero que ellos mismos saben que nunca serán capaz de llevar a cabo.*

*Acababa de volver del trabajo y apenas me había dado tiempo a*

*quitarme los zapatos y quedarme en calcetines cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba comida a domicilio y pensé: «Ya verás cómo son los Testigos de Jehová, que eso es lo último que me falta para que el día de hoy sea completamente malo». Me llevé una sorpresa al encontrarme a Elisa en mi puerta. No le di tiempo ni a saludar y comencé directamente.*

*---Elisa, sé porqué estás aquí y de verdad que no me apetece nada hablar de Álex contigo. Se acabó y no hay nada que hacer, tu hermano es mayorcito para saber llevar una ruptura con dignidad.*

*---No soy yo quien quiere hablarte, es la Nona ---dijo mientras sacaba el móvil del bolso y se ponía a marcar un número.*

*Le hice con la cabeza un gesto para que entrara en el exiguo salón y tomara asiento donde ella quisiera mientras yo recuperaba de sus manos el teléfono. No estaba sorprendida, estaba aterrada, una llamada de la abuela de Álex era lo último que podía esperar. Allí, la perspectiva de los Testigos de Jehová me parecía muchísimo mejor.*

*---Alba, cara mia, estoy muy disgustada contigo.*

*---Yo... Lo siento, pero es que lo mío con Álex no iba a ninguna parte.*

*---No estoy disgustada por eso, bueno, un poco sí, lo reconozco, pero es sobre todo porque me mentiste en la fiesta.*

*Di un respingo, soy muchas cosas pero desde luego no soy una mentirosa y ese comentario me dolió. La Nona tuvo que notar mi incomodidad al otro lado de la línea y siguió hablando ella.*

*---Sí, dijiste que pasarías a despedirte y te fuiste como si fueras un ladrón que ha oído las sirenas de la policía. Eso me pareció inaceptable, cuando una mujer hace una promesa debe mantenerla, ragazza. Es lo correcto.*

*---Tiene razón, lo siento. No tengo ninguna excusa.*

*---Y ¿qué ha pasado con Alexandre? Vino a mi casa directamente desde la tuya y se echó en mis rodillas a llorar como un bambino de ocho años. Nunca lo había visto así, supongo que porque nunca lo había visto*

*enamorado.*

*Un involuntario sobresalto. ¿Enamorado? Esta mujer estaba jugando conmigo o lo decía de verdad, me pregunté.*

*---Entiendo que lo hace con buena voluntad, pero no quiero hablar de eso ahora. ---Pugnaba por contener las lágrimas que estaban a punto de desbordar mis ojos.*

*---Lo entiendo, ragazza, lo entiendo. Pero quiero despedirme de ti. En persona.*

*---Pero es que...*

*---Pero es que nada. ¿Eres o no eres una persona de fiar y tu palabra vale algo?*

*Touché pensé, esta señora era tan implacable como Álex me había dicho en varias ocasiones. Mis padres habían puesto mucho énfasis en la confianza que se generaba con otras personas, una vez que se perdía era imposible recuperarla, y cuando no se tiene nada más, tu palabra es lo único que vale.*

*---Dígame cuándo le viene bien que pase a verla.*

*---Perfecto. El sábado en El Retiro, a las diez de la mañana en la Puerta de Hernani.*

*---Allí estaré.*

*---Viendo lo que vale tu palabra, lo creeré cuando lo vea. ---Y colgó sin despedirse.*

*Touché de nuevo. Elisa estaba esperando mirando a Pelusa que se paseaba por encima de los muebles como una antigua gobernante egipcia dueña de todo el mundo conocido. Le tendí el teléfono y ella lo cogió y lo guardó en su bolso.*

*No teníamos nada que decirnos, nuestra amistad fue efímera en la facultad y aún más efímera al salir de ella. Pronto sería solo un recuerdo en la mente de todos.*

*Tenía ya la mano puesta en la barandilla de madera barata de la*

*escalera cuando se giró y me dijo.*

*---Está enamorado. Es la primera vez que lo vemos así, con ganas de vivir contagiosas para todos y desde hace unos días es solo una sombra del hombre que ha sido estas últimas semanas. Dale otra oportunidad, se lo merece.*

*Y sin más se marchó escaleras abajo. Me quedé en el umbral escuchando cómo sus pasos se amortiguaban conforme descendía los peldaños, cuando la puerta se abrió y luego se cerró con estrépito entré en casa y me quedé mirando por la ventana su estilosa figura perderse calle abajo. Había quedado con su abuela el sábado, y no sabía si al final me arrepentiría de haber dicho que sí.*

## Capítulo 8

Elisa la había citado en un céntrico restaurante, concretamente en el vip en el que tanto ella como su hermano comían un par de veces por semana pues estaba cerca de los trabajos de ambos. Alba llegó pronto y eligió una mesa un poco apartada, tenía la sensación de que ambas iban a acabar llorando y prefirió estar en una esquina donde no fueran el centro de atención. Cuando Elisa la saludó desde la puerta y franqueó la distancia que había entre ellas con unos pasos rápidos y decididos, ella se puso en pie para saludarla.

---Me alegra que hayas podido venir, tenía ganas de verte.

---Sí, yo también.

Alba se miró las manos que jugueteaban debajo de la mesa mientras el camarero les tomaba la comanda. Hablaban del tiempo, del trabajo y de banalidades hasta que llegaron las hamburguesas y comenzaron a comer en silencio. Es Elisa quien inició la conversación.

---¿Cómo estás? Y no me des la respuesta automática para no preocuparme. ---Tiende la mano por encima de la mesa y la posa sobre la suya---. Quiero la verdad.

---Pues estoy hecha mierda, creo que ya no me quedan más lágrimas, que las he llorado todas, pero entonces me descubro a mí misma formando un torrente nuevo.

---Sé a lo que te refieres, mi madre no ha salido de su habitación desde el funeral. Da igual los intentos que hayamos hecho, no se quiere levantar de la cama. Yo pensé que la Nona era quien peor lo iba a pasar y sin embargo ha mostrado más entereza que todos nosotros.

---¿Y tú?

---Pues igual. Echándolo de menos con toda mi alma. Me da la impresión de que lo veo por la calle. Es una locura, ¿verdad?

---¡No! A mí me pasa exactamente igual. Viniendo para acá me ha parecido que un chico de espaldas en el metro era él. También veo sus ojos o su sonrisa en los desconocidos que me cruzo.

---Pues anda que estamos bien... ---Elisa trató de sonreír pero su sonrisa murió antes de llegar a los ojos.

---¿Cómo está tu abuela?

---Pues lo lleva mejor que mi madre, lo que no quiere decir que lo lleve bien. La oímos hablar sola bastante a menudo, sobre todo en italiano y ha cogido la mayoría de las fotos que estaban en el salón y se las ha llevado a su cuarto. Alex siempre fue su favorito.

---No digas eso, Elisa.

---Es la verdad, no me molesta ---dijo encogiéndose de hombros---. Ha sacado de su marco una foto de nosotros tres en la playa un año que fuimos a Capri y la lleva con ella a todas partes.

---Capri ---dijo Alba soñando despierta---. Tiene que ser un sitio maravilloso.

---Sí que lo es. Fuimos varios años allí de vacaciones con mis padres y mi abuela. Alquilábamos una villa en la falda de una montaña desde la que se tenía una vista impresionante del mar Tirreno y nos pasábamos un mes entero a remojo. Mi padre nos llevaba en el barco y bajábamos al pueblo con mi abuela, que le gustaba ir ella al mercado y regatear con los comerciantes.

Sus ojos habían recobrado por un instante su brillo que se apagó cuando volvió a la realidad.

---Cuéntame más, me gusta conocer cosas de Alex de pequeño.

---Pues él era el bueno de los dos y yo era bastante más bicho. Los veranos que pasamos en Capri creo que fueron mágicos para todos. La Nona nunca nos dejó que perdiéramos nuestras raíces italianas y nos llevaba de viaje con ella varias veces al año. Recuerdo que bajábamos a la playa por la mañana y

montábamos el campamento con la sombrilla, las sillas y multitud de cubos y palas de playa. Volvíamos a casa a la hora de comer y por las tardes salíamos con el barco o nos quedábamos en casa jugando.

Alba se formaba perfectamente la imagen en su cabeza con Álex, siempre meticuloso, formando perfectos castillos de arena a intervalos regulares mientras su hermana los destruía como si fuera una pequeña Godzilla italiana. Imaginó a los dos niños bronceados por el sol y con el pelo algo más rubio por la sal del mar, en su mente sonreían sin parar tirándose arena y saltando las olas mientras la Nona los miraba desde su silla bajo la sombrilla.

---Recuerdo el primer año que nos llevó a París, la Nona estaba casi más emocionada que nosotros. Supongo que Álex te habrá contado su historia y cómo ayudaba a los republicanos a escapar cuando ella iba de viaje a Francia. Recuerdo la emoción que sentí al ver por primera vez la Torre Eiffel, es tan majestuosa que te corta el aliento cuando la ves por primera vez desde la Place du Trocadéro. Allí nos encontramos con la familia de Chloé y navegamos en un *bateau-mouche* por el Sena.

La mención de Chloé le hizo dar un ligero sobresalto que no le pasó desapercibido a Elisa. Se quedaron en silencio unos segundos.

---Nunca pasó nada entre ellos, no porque ella no haya insistido, sino porque mi hermano te estaba esperando.

Esa fue la primera vez que una sonrisa sincera asomó a los labios de Alba en las últimas semanas.

---Estaba loco por ti, Alba. Te lo hemos dicho todos varias veces, nunca lo habíamos visto así, tan entregado, tan lleno de vida, con tantos proyectos. Su muerte fue... ---se interrumpió presa de las lágrimas.

---Atroz. Su muerte fue atroz, y prematura, y evitable y todo lo malo que hay en el mundo. Es tan injusto que él no esté. ---Alba se sonaba la nariz con la servilleta sin poder evitar las lágrimas que acudieron a sus ojos sin haberlas llamado.

---¡Vaya forma de darnos ánimos!



El camarero las miraba de hito en hito sin saber si debía pasar a recuperar los platos vacíos o si les dejaba aún algunos minutos de intimidad. Se cogieron las manos por encima de la mesa y permanecieron así, mirándose a los ojos unos instantes, sin decir palabra, se comprendían perfectamente. Compartían un dolor común a pesar de que era muy distinto. Elisa lloraba por su pasado, por los momentos vividos con su hermano, y Alba lloraba por su futuro, la familia que ya no tendría con él, los viajes que harían juntos y los cumpleaños que festejarían uno al lado del otro.

Cuando terminaron de comer, se despidieron en la puerta con un fuerte abrazo.

---Sé que te lo dijo mi padre, pero te lo repito: eres de la familia, cuenta con nosotros para lo que necesites.

No pudo responder, simplemente asintió en silencio sintiendo como sus ojos se empañaban una vez más.

*Estaba tan nerviosa que me levanté a las seis de la mañana y me puse a limpiar los cristales. ¡Un sábado! Pelusa me miró desconcertada pensando si ya había llegado la hora de buscar un nuevo hogar pues su dueña estaba definitivamente perdiendo la cabeza. Me cambié tres veces de modelito y es que no sabía cuál es la ropa adecuada para una cita en el parque con una nonagenaria. Al final me decanté por un vestido blanco de tirantes y unas sandalias de color fucsia a juego con el bolso. Recé por estar a la altura de lo que esa dama esperaba de mí.*

*En varias ocasiones a lo largo de la semana había pensado en cancelar, pero siempre acababan acudiendo a mi mente las palabras de la anciana: «¿Eres o no eres una persona de fiar y tu palabra vale algo?». Era una persona de palabra, de eso no me cabía ninguna duda, pero no me apetecía encontrarme a solas con una mujer que, por lo que parecía, era una especie de Mata Hari a la española. En la fiesta me había caído bastante bien, pero ahora comenzaba a sentirme intimidada por ella y el hecho de encontrarnos a solas no me hacía ninguna gracia. Pensaba llegar, pedirle perdón por mi*

*incorrección de la última vez y marcharme antes de darle tiempo a volver a decir algo que se me metiera en la cabeza y se me enroscara como una serpiente. Algo que no me dejara dormir a fuerza de darle vueltas. Sí, lo mejor sería hacer una entrada y salida rápidas sin dejarle demasiado espacio para maniobrar, al más puro estilo del general Rommel en la campaña del Norte de África preparando el próximo ataque, pensé.*

*Llegué al Retiro diez minutos antes de la hora acordada. Ni me iba a tachar de persona de la que uno no se puede fiar ni de tardona. Así que ahí estaba yo aguantando el sol de mediados de junio esperando a una anciana a la que ni siquiera me apetecía ver para pedirle perdón. Miraba a la gente que entraba en el parque a esa hora, algunos runners, familias con niños y turistas que querían aprovechar para pasar un día en uno de los parques más bonitos de Europa. La floreciente primavera había dejado paso a un verano casi tranquilo, donde las hojas de los árboles brillaban con un verde luminoso. Bajo el gran dosel de hojas se estaba fresco y los transeúntes evitaban andar por el sol y buscaban las apacibles sombras.*

*---Hola, Alba ---dijo una voz masculina detrás de mí. Reconocí la voz sin necesitar darme la vuelta y cerré los ojos con fuerzas antes de girarme.*

*---Alejandro ---dije asintiendo y tratando de sonar lo más neutra posible a pesar de que tenía el corazón desbocado.*

*---¿Alejandro? Sí que tienes que estar enfadada conmigo para llamarme así.*

*---No estoy enfadada contigo, lo estoy con tu abuela que me ha tendido una trampa.*

*Sonrió con malicia y entonces me fijé en su aspecto. Iba vestido con un traje de tres piezas al estilo de los hombres de la Inglaterra victoriana, con camisa, chaleco y morning coat de botonadura simple. Llevaba corbata, un sombrero de copa y acompañaba su atuendo con un bastón con empuñadura de plata con forma de cabeza de pato y un monóculo. Se dio cuenta de que me estaba fijando en su vestimenta y sonrió satisfecho. Se inclinó en una*

*profunda reverencia.*

*---Milady ---dijo fingiendo el acento inglés---, soy el conde de Gloucester y estoy de visita en la capital de España, ¿sería tan amable de enseñarme este lovely parque y deleitarme con su presencia? ---Me tendió el brazo y estuve muy tentada de cogerlo.*

*---Para empezar, ya he quedado con alguien y espero que sea una persona de palabra y aparezca, no me gustaría que me dejara colgada --- dije con cierto retintín lo que hizo que Álex sonriera y a mí me temblaran las rodillas---. Además de que ese título ni siquiera existe, es un personaje de El rey Lear, de Shakespeare, y si supieras algo sobre la Inglaterra de la Reina Victoria sabrías que una mujer nunca se iría con un desconocido.*

*---Tengo una carta de mi abuela ---dijo mientras sacaba del bolsillo interior de la chaqueta un sobre de color marfil con dos begonias entrelazadas en una esquina. Tendí la mano para cogerlo y lo retiró en el último momento---. Tengo instrucciones muy estrictas: dártelo después de que me permitas dar un paseo contigo. Venga, es solo un paseo.*

*Había súplica en su mirada.*

*---Además, tengo que amortizar este traje, mira, tengo hasta un reloj de bolsillo y un monóculo. ---Me los enseñó como un niño orgulloso de sus nuevos juguetes, y a pesar de que sabía que no debía, acepté ese paseo.*

*---Está bien, solo un paseo.*

*Sonrió de nuevo y mi corazón volvió a su antigua manía de saltarse un par de latidos cada vez que lo tenía cerca. Me tendió el brazo y anduvimos durante unos metros en los que ambos estuvimos en silencio, solo disfrutando del frescor del interior del parque en contraposición con el calor que emitían nuestros cuerpos. Se paró delante de un coche de caballos y me invitó a subir. Lo miré incrédula.*

*---Es la experiencia completa, milady.*

*Un paseo en coche de caballos por los jardines de El Retiro, seguramente el cielo era algo parecido. Cuando subí y me acomodé en el*

*asiento me tendió un ramo de rosas blancas de embriagador perfume. Fue una de las mejores experiencias de mi vida. El suave traqueteo del coche, la cara de envidia con la que nos miraban los turistas, el agradable repiqueteo de los cascos de los caballos sobre los caminos de tierra y las rosas blancas. Todo era perfecto, me relajé repantigada en el asiento de cuero y me dejé mecer por el suave movimiento hacia adelante del vehículo. Alex tuvo que notar que muy a mi pesar me había encantado la sorpresa y sonrió mostrando su satisfacción.*

*---Creo que ya sé lo qué pasó, por qué te marchaste de la fiesta de mis padres y por qué decidiste que no podíamos seguir juntos.*

*Me mordí el labio haciendo que mi mente trabajara a mil por hora, necesitaba una excusa, algo que explicara todo lo que aconteció en los últimos días, pero él no me dio tiempo a replicar y siguió hablando.*

*---Eres la mujer de mi vida, Alba. ---Me quedé sorprendida, no me esperaba que comenzara así---. Desde aquel primer café rellenando los papeles por el pequeño accidente he dado gracias todos los días por mi poca destreza aquel día saliendo del aparcamiento, pues fue lo que me permitió conocerte. Nunca antes he encontrado una mujer como tú, valiente, sincera y horada, dispuesta a todo por un ideal. Me da igual si eres de Leganés o de donde quiera que seas, lo único que pido es que seas mía.*

*Tragué saliva haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, aunque involuntariamente había estado sonriendo mientras hablaba.*

*---Te quiero, Alba Morales, si no estás me falta el aire y me sobra la vida. Me llenas, me completas, me haces querer ser mejor persona. Desde que te conocí no he pensado en otra porque entendí que ya no había otras, que eras o tú o ninguna. Por favor, dame otra oportunidad.*

*Hacia tiempo que había dejado de poder contener las lágrimas y corrían presurosas por mis mejillas arreboladas. No fui capaz de articular ni una palabra, pero asentí, asentí con fuerza y me tiré a sus brazos. Nos fundimos en un abrazo y luego en un beso que llevaba consigo todas las palabras no*

*dichas. Todo los «te quiero», «te necesito», «no puedo vivir sin ti», todas las palabras que debíamos susurrarnos las gritaba ese beso. Cuando al fin nos separamos, fui yo quien habló.*

*---Te quiero, Álex, siento haberte llamado Alejandro. ---Sonrió con cariño a mis palabras---. Llevo días sin dormir pensando en ti. Yo... yo te quiero, pero no sé si eso es suficiente, yo...*

*Me calló con otro beso, tierno, juguetón que terminó con un beso en la punta de mi nariz.*

*---Me quieres, lo has dicho, y ahora no te puedes echar atrás. Ya nos ocuparemos de lo demás conforme venga. De momento tengo algo más para ti.*

*Intercambió unas breves palabras con el cochero y el carruaje se detuvo. Saltó a la parte trasera y cogió algo de un pequeño cofre metálico que estaba atado con correas de cuero. Cuando volvió a subir y se sentó a mi lado, llevaba en la mano unos guantes de hilo, un coqueto sombrero con unas flores en un lateral que se ataba con una cinta de raso bajo la barbilla y una sombrilla de encaje blanco. Me tendió todo y sonrió divertido mientras yo me ponía los guantes y el gorro. Abrí la sombrilla con un gesto seductor y ambos sonreímos encantados.*

*---Bueno, milady, ahora ¿qué quiere hacer? ---dijo imitando de nuevo el acento inglés.*

*---Quiero pasear alrededor del estanque y quiero pasar el resto de mi vida contigo ---dije apoyando mi cabeza en su hombro.*

*---Ya ha oído a la condesa, demos vueltas hasta que nos encuentre la eternidad bailando abrazados ---le dijo al cochero al tiempo que pasaba su brazo sobre mis hombros.*

## Capítulo 9

Se presentó a la hora convenida en casa de su hermano, tenían un pisito en Chamberí que Paula había decorado con esmero. Las paredes eran de color neutro y el sofá estaba tapizado en un elegante color gris claro. El toque de color lo ponían los cojines y las cortinas de vistosos y llamativos colores. Los olores que salían de la cocina hicieron que su estómago rugiera de hambre y Gonzalo la miró divertida.

---Vaya, vaya, hermanita, no era necesario que ayunaras durante días para venir a cenar a casa. ---Sonrió con esa encantadora sonrisa que le había abierto siempre todas las puertas.

Su hermano era comercial de ventas para una empresa farmacéutica y era uno de los mejores en su trabajo. Paula era profesora de Biología en un instituto cercano y por los efluvios que salían de la cocina, también era una cocinera excelente. Paula salió con una fuente en la mano mientras canturreaba por lo bajo una tonadilla de Luis Fonsi y acompañaba con varios movimientos de cadera el ritmo.

---¿Aún no habéis puesto la mesa? ---preguntó sorprendida.

Gonzalo se sonrojó y, llevándose una mano tras la cabeza, trató de zafarse de la reprimenda que notaba que le iba a caer.

---Mi hermana está pasando por un mal momento, me necesitaba a su lado ---añadió pasándole un brazo sobre los hombros en actitud protectora.

---No me cuentes historias y pon la mesa ahora mismo ---añadió la cocinera en tono serio y, en cuanto Gonzalo se puso en marcha, le guiñó un ojo cómplice a Alba.

---Es muy buena persona tu hermano, pero a veces necesita que le

achuchen un poco para empezar a moverse.

Paula era mexicana y había llegado a España junto con sus padres más de quince años atrás, ella y Gonzalo se conocieron porque iban al mismo gimnasio y allí surgió la chispa. Esta noche había decidido ofrecer a su cuñada un festín con platos típicos de su tierra y habían preparado comida como para una boda. Iban a comer tacos y junto a la carne había dos humeantes platos, uno con arroz y otro con alubias pintas, en un plato, recién cortados, había lechuga, tomate y cebolla. En un pequeño cuenco puso huevos batidos al estilo tortilla y en otro queso rallado. Y por supuesto, un increíble guacamole artesanal.

Era un festín pantagruélico regado con un buen rioja que Alba aportó para no presentarse con las manos vacías. Si bien la comida ya estaba bastante sazonada, Paula seguía añadiendo tabasco de vez en cuando a su plato mientras mojaba los nachos en el guacamole. Su cuñada debía tener el estómago con un revestimiento de plomo, no era posible de otra manera. Cuando sacó el tema, Paula rio con esa risa cantarina que le recordaba a un brazalete de campanillas y le dijo que todo buen mexicano es entrenado desde pequeño en el noble arte de comer picante.

---¡Madre mía, Paula! Esto está espectacular, deberíamos hacerlo más a menudo y no solo cuando tenemos invitados ---dijo Gonzalo mientras atacaba con fruición otro de sus tacos.

---Gracias, cuando quieras te enseño cómo se hace y así nos los preparas cuando quieras ---dijo guiñándole un ojo a su cuñada.

A Alba le encantaba el acento de Paula, esa sonoridad suave que la transportaba a playas caribeñas y a ruinas milenarias.

---Mi hermano tiene razón, está buenísimo.

---Pues nada, yo organizo un curso de cocina para los Morales y se acabó --dijo con una risotada.

Su hermano se acercó a su novia y le dio un ligero beso en la mejilla. Cuando terminaron de comer, Paula sirvió un pastel de chocolate picante,

receta que había pasado de generación en generación en su familia y que Alba devoró pues era una auténtica adicta al chocolate. Hablaron de política y con el café ya habían arreglado el país y solo necesitaban que les dieran control total de la economía y de todos los ministerios y estaban seguros de que devolverían la sonrisa a los españoles.

Cuando se despidió de ellos se sentía mareada, el vino, el picante y las varias horas en compañía de su hermano y su novia habían conseguido dejarla agotada y con la cabeza embotada. Le costaba un poco reconocerlo, pero había pasado una velada maravillosa. Se había olvidado por un momento de su soledad y su tristeza, y para eso solo había necesitado pegarle fuego a su lengua. Sonrió pensando en el postre, ¡hasta el pastel llevaba guindilla!

Cuando se quedó de nuevo sola en el metro, volvieron las imágenes que con tanto ahínco había conseguido dejar de lado. Volvió el suave tacto de los dedos de Álex sobre su espalda, volvieron su sonrisa enigmática y sus ojos gatunos. Volvió su voz susurrándole palabras de amor, de eternidad, de compromiso. Volvieron sus gestos dulces y comedidos, lo único que no volvió fue él.

Movió la cabeza tratando de descartar esas imágenes y sacó el móvil poniéndose los cascos para no molestar a los otros viajeros. Puso música y cerró los ojos. Las canciones iban pasando al ritmo de las estaciones de metro y los compañeros de vagón entraban y salían sin fijarse en esa figura anodina sentada en un extremo del banco.

*Algunas veces vuelo Y otras veces*

*Me arrastro demasiado a ras del suelo Algunas madrugadas me desvelo Y ando como un gato en celo Patrullando la ciudad.*

Tal vez escuchar *Que se llama Soledad* no era una buena idea en este momento, pero era definitivamente una de sus canciones favoritas. De todas maneras daba igual lo que escuchara, nada le devolvería a su Álex, así que porqué no disfrutar de un poco de buena música mientras tanto.

*O duermo y dejo la puerta De mi habitación abierta*

*Por si acaso se te ocurre regresar Más raro fue aquel verano*

*Que no paró de nevar.*



Alba rio con esa risa sardónica de los que ya no tienen nada que perder. Una señora sentada en frente la miró con cara de disgusto, pues la joven la había interrumpido durante su cabezada de camino a casa y Alba rio todavía más al ver la mueca que le hizo la anciana. Estaba en un estado mental bastante agitado pasando del llanto a la risa histérica en menos de un parpadeo. Definitivamente el vino se le había subido a la cabeza y estaba comportándose como una completa chiflada.

Cuando al fin llegó a su parada, la anciana dio un suspiro de agradecimiento mientras aflojaba la presa que había creado sobre su bolso, solo le faltaba que esa joven trastornada le robara, se dijo. Alba disfrutó del pequeño paseo hasta su piso, hacía una noche tranquila y el abrigo que llevaba la protegía del frío.

Cuando llegó a su hogar vio la caja de palisandro esperando sobre la mesa, le hizo una reverencia y se fue a su cuarto a dormir, hoy lo necesitaba especialmente. Tenía el estómago algo revuelto; la mezcla de sabores, a pesar de ser exquisita, era una bomba de relojería para su sistema digestivo. Aunque reconoció que no hubiera cambiado esa velada por nada. Se tomó un Almax y se fue a la cama sin apenas dirigirle una mirada a Pelusa que no salió si quiera a recibirla cuando la oyó entrar.

*¿Habéis leído La Dama de las Camelias? Pero ¿qué tonterías digo? Por supuesto que sí, todo el mundo debería leer ese libro al menos una vez en su vida. Es una historia de amor tan conmovedora, tan llena de sentimiento, tan... Espera que me estoy yendo por las ramas, decía lo de La Dama de las Camelias porque llegó un punto en el que nuestra vida se parecía al capítulo XVIII, cuando Marguerite y Armand viven meses de amor apacible lejos de la capital francesa. Así me sentía yo, llena de amor, llena de vida y de ilusión por vivir.*

*Nos veíamos varias veces a la semana, yo me quedaba a dormir en su casa pues me gustaba más su colchón que el mío y hacíamos todas esas pequeñas cosas que hacen los enamorados: ir a cenar, al cine, al Retiro, que*

*lo vimos cambiar de estación tras el caluroso verano y comenzar a perder sus hojas. En verano habíamos hecho una pequeña escapada de una semana a Mallorca donde los padres de Alex tenían una villa, porque es lo que tiene ser rico, que puedes pasar el verano lejos del mundanal ruido perdido entre calas y olivos.*

*Retozamos en la arena, bebimos vino blanco y nos amamos como si el mundo fuera a acabarse, porque así es como se ama la primera vez. Porque a estas alturas ya lo sabía, lo que estaba viviendo era algo nuevo. Claro que me había enamorado en el pasado, había amado, me habían amado y pensaba que había entregado mi corazón, pero ahora sabía que eso había sido un tímido ensayo. Lo que sentía ahora era AMOR con mayúsculas, del que te hace replantearte toda tu existencia. El amor de las canciones, el de las películas y el de los libros. El amor que dicen que solo se tiene una vez en la vida.*

*Cuando sus ojos se cruzaban con los míos sabía leer en ellos lo que él pensaba, sus caricias me expresaban más que mil palabras y sus besos me producían estremecimientos de puro gozo. Supe, con la misma certeza que sé que en España hablamos español, que mi vida estaría unida a la suya por siempre, que seríamos uno solo y que sin él mi existencia carecería de sentido. Pues ese es el amor, que todo lo puede y todo lo consume.*

*Sus besos en el borde de la piscina despertaban sentimientos que habían estado largo tiempo dormidos esperando a que él llegara, sus caricias me producían escalofríos y sus ojos, de ese verde profundo con brillos dorados, me leían el alma. Otros me habían amado antes, pero ninguno había sido el adecuado, ahora lo entendía. Mi cuerpo lo había estado esperando.*

*La forma en que sus manos bajaban por mi espalda, agarraban mis nalgas o separaban mis muslos era algo nuevo para mí. Sus besos descendiendo por mi vientre y llegando hasta mi sexo, el tiempo que pasaba lamiendo y explorando cada zona mientras yo gemía de placer. Recuerdo sus dedos especialmente hábiles abriendo sin pudor mi cuerpo e*

*introduciéndose en él. Jugando, llenándome de gozo hasta que mi pasión se desbordaba mientras se contraían mis caderas y se arqueaba mi espalda. Su miembro entraba en mí con facilidad y arremetía en sucesivas embestidas, con el sudor goteando por su espalda hasta yacer extasiado en el clímax final al que solíamos llegar a la vez.*

*Sí, todo aquello era algo nuevo que no había sentido nunca. Sus fuertes abrazos alrededor de mi cintura y el contacto de su musculado torso cuando me abrazaba y me envolvía con su cuerpo. Su piel me daba la impresión de estar siempre cálida al tacto, pero no la rehuía ni en los meses de más asfixiante calor pues su contacto se había convertido en algo tan necesario para mí como respirar.*

*Así pasamos el verano, sudorosos y abrazados, revueltos y satisfechos, llenos de amor y de pasión; pues habíamos aprendido a amarnos con el alma pero también con el cuerpo. Y es que cuando es amor de verdad uno no puede ir sin el otro.*

## Capítulo 10

Alba miraba indolente por la ventana en un gesto que se había convertido ya en una especie de rutina cuando el móvil empezó a sonarle. Cuando vio el nombre reflejado en el brillo artificial de la pantalla dio un respingo, era la Nona. Al escuchar su voz trémula al otro lado del teléfono sintió una punzada de remordimientos, debería haber sido ella quien llamara para preguntar por su estado y no una pobre nonagenaria quien tuviera que tomar la iniciativa. La culpabilidad se quedó pronto de lado cuando le expresó lo que quería, deseaba que se vieran el sábado en El Retiro, le apetecía hablar con ella. Alba aceptó sabiendo que una cita con la Nona podía acabar de muchas maneras diferentes.

Llegó temprano y esperó paciente delante de la puerta a que llegara la abuela de Álex y Elisa. No tardó en aparecer del brazo de su ayudante, que ahora hacía también las veces de chófer. Llevaba el pelo recogido en un tirante moño plagado de hebras blancas que le daba un aspecto aristocrático y un abrigo de color crema que resaltaba entre la marea de abrigos oscuros que llevaban los madrileños en ese frío y oscuro invierno. Seguía siendo preciosa a pesar de las ojeras que se habían dibujado debajo de sus ojos y de aparentar haber envejecido de golpe. Sus pasos eran más vacilantes y unas semanas antes no hubiera permitido que nadie la ayudara a desplazarse.

Cuando vio a Alba le dio dos sonoros besos en las mejillas y se permitió también un largo abrazo en el que la joven pudo aspirar el olor a lavanda y a polvos de talco tan característico de ella. Alba le ofreció su brazo y juntas pasearon bajo los árboles desnudos en una mañana que se había levantado bastante gris. Se sentaron en un banco desde el que se podía ver el estanque y,

tras unos minutos en los que solo contemplaron a los turistas que pasaban, le puso una mano huesuda sobre la suya.

---*Ragazza*, que alegría que hayas venido a acompañar a esta pobre vieja en sus últimos días, quería despedirme.

Alba se sobresaltó al oírla hablar de esa manera, es verdad que no era ninguna chiquilla, pero no parecía que el gélido aliento de la muerte la estuviera acechando tras la próxima esquina.

---No diga eso, Nona, aún es pronto.

---Para Alexandre era pronto, para mí será justo a la hora prevista ---dijo sin acritud y sin apartar la vista de las barcas que comenzaban a surcar el estanque.

---Quiero hablarte de la caja, *ragazza*, es un regalo muy valioso el que te hizo. Mi padre era un empresario de mucho éxito y tenía negocios en varias partes del mundo, con lo que se pasaba la mitad del tiempo viajando, supongo que por eso yo adoro *viaggiare* y Alexandre también, lo llevamos en los genes. Esta caja la compró mi padre en un mercado de Bagdad antes del golpe de estado del sesenta y ocho. Luego ya no quiso regresar a ese país.

Asintió en silencio disfrutando de sus palabras y de su suave acento italiano a pesar de haber vivido en España gran parte de su vida.

---Se la regaló a mi madre que la usaba como joyero, la recuerdo sobre su cómoda llena de piedras preciosas y siempre me fascinó, era un objeto *molto bello* y yo siempre tenía las narices metidas cerca. Alexandre heredó el mismo gusto que yo por esa pieza y cuando pasó a mis manos yo también la usé como joyero y él, cuando era un *bambino*, jugaba a que era un tesoro pirata y la escondía detrás de los sofás y los sillones. El servicio se volvía loco con él y encontraban algunas de mis joyas escondidas en los lugares más insospechados.

Una sonrisa asomó a sus ojos y las innumerables arrugas que los bordeaban se hicieron más profundas, había un brillo acuoso en su mirada y Alba le apretó la mano con fuerza para transmitirle su cariño e instarla a

proseguir.

---Por eso se la dejé. A mí siempre me ha parecido una estupidez esperar a morir para legar cosas bonitas a tus seres queridos, siempre he preferido que los disfruten mientras yo aún estuviera viva y pudiera participar de esa *allegria*. Así que cuando cumplió los dieciocho se la regalé y sé que fue uno de los regalos que más ilusión le hizo, imagino que la historia de que viene de la otra punta del mundo de un minúsculo mercado artesanal y que fue de sus bisabuelos le despertaba su imaginación. Y creo que nadie la merece más que tú, *ragazza*.

---Gracias, ahora que conozco un poco más de su historia no sé si soy digna de tenerla, tal vez debería devolverla y que siguiera en la familia.

---*Ragazza*, tú ya eres de la familia ---dijo con una enigmática sonrisa.

---Pero es demasiado valiosa, no debería ser yo quien la tuviera.

---¿Crees que mi nieto era idiota?

La pregunta surtió el efecto deseado pues me horrorizó y se me tuvo que notar que me sentía dolida por sus palabras.

---Por supuesto que no.

---Entonces no lo discutas en esto. Eras la persona más importante de su vida y por eso no te dejó dinero ni el apartamento, te legó la historia de su familia, el amor de sus bisabuelos, los viajes de su abuela, sus buenos ratos de niño. Te legó la caja y te incluyó en la historia de su familia. Ahora eres una Parmiggiani aunque no compartamos el mismo apellido, *ragazza*. No lo dudes ni por un momento y no empañes el recuerdo de Alexandre diciendo que no eres digna.

Asintió de nuevo con la emoción a flor de piel. La Nona había dejado de lado su aparente fragilidad y volvió a ser esa mujer poderosa que mantenía unida a toda una familia rota por el dolor. Ella dijo que venía a despedirse, pero Alba sabía que aún no podía hacerlo, no hasta que hubiera completado su última misión.

---¿La has abierto ya?

---No, aún no es el momento.

---Te entiendo, pero creo que el momento está cada vez más cerca. ---La Nona sonrió enigmática y sus ojos brillaron con fuerza.

Deshicieron el camino hacia la puerta y dejó a la anciana acompañada por su chófer que la llevaba del brazo hasta su coche. Ella se quedó unos minutos más respirando el aroma vegetal que exhalaba el parque. La última vez que había quedado con la Nona en el Retiro esta no se presentó y en su lugar apareció Álex disfrazado de noble inglés e hicieron las paces. Por algún extraño motivo pensaba que ahora podría ser igual, que en vez de la anciana sería él quien se presentara con su sombrero de copa y su reloj de bolsillo. La realidad fue insultante al ver que en esta ocasión no sería posible, que sus pasos no acompañarían a los suyos y que no se besarían enamorados sobre un carruaje.

La conversación con la Nona le vino bien, fue como un bálsamo para el alma, una tirita en una herida en la femoral, que si bien no era capaz de detener la hemorragia, sí que ayudaba de alguna manera. La caja ya no le daba la misma impresión que al principio, se seguía sintiendo mareada cuando se acercaba a ella y solo la idea de abrirla le revolvía el estómago, pero la anciana tenía razón, el momento de abrirla se acercaba.

*Las amistades de Álex pronto se hicieron las mías y viceversa, yo lo llevaba a la bolera y a tomar cervezas en una de las terrazas de mi barrio y él me llevaba a montar en barco en el pantano de San Rafael con sus amigos. Elisa y yo nos volvimos muy próximas, tanto que a ella le gustaba decir que yo era la hermana que nunca tuvo y me convencía para que la acompañara en sus alocadas jornadas de compras. Yo la miraba boquiabierto gastar sumas imposibles en ropa y complementos, pero nunca me sentí inferior. Sentía que me llevaba con ella para que pasáramos tiempo juntas y no para alardear de su posición social. Comencé a apreciarla yo también como a una de mis mejores amigas y pronto acabé metiéndola en el grupo de whatsapp de Las Suprêmes que tenía con mis mejores amigas y ella*

*se vino de fiesta y al cine varias veces con nosotras.*

*Por eso no me sorprendió cuando me dijo una tarde de sábado que me acercara a su casa de La Moraleja para ayudarla a elegir modelito para una fiesta que daban en honor de su padre en la Embajada Italiana. Así que allí me planté yo y aparqué mi Ford Fiesta en aquel jardín que seguía sorprendiéndome por sus dimensiones y fui hacia el cuarto de Elisa en casa de sus padres. Decir que aquella habitación era más grande que mi salón sería, seguramente, quedarme corta. Era una estancia decorada con un gusto exquisito con muebles blancos y con unos inmensos armarios en una de las paredes. Si Álex tenía una increíble colección de vinilos, su hermana no se quedaba atrás en cuanto a zapatos, parecía el escaparate de una boutique de lujo.*

*---Dime, ¿cuál crees que es mejor para esta noche, el Dolce y Gabanna o el Yves Saint Laurent?*

*Encima de la cama había dos vestidos cortos de factura impecable, uno estaba decorado con unos profusos bordados en forma de flores y mangas abullonadas. Era una pieza magnífica aunque algo atrevida. El otro era más clásico, en color azul noche, un modelo intemporal que le sentaría bien a cualquiera. El escote en forma de caja y el pequeño cinturón con forma de hojas plateadas se ceñiría al cuerpo de Elisa como un guante y realzaría sus curvas.*

*---Este ---dije señalando el YSL.*

*Elisa sonrió de oreja a oreja y, cogiendo el vestido por su percha, me lo tendió.*

*---Tienes razón, este te quedará perfecto.*

*La miré sin comprender y ella estalló en una sonora carcajada.*

*---Yo me voy a poner un Balmain que me compré en París la semana pasada, este vestido es para ti.*

*---Yo... Yo no...*

*---Sí, sí, ya sé lo que estás pensando, que no puedes llevar este vestido*



*con esos zapatos que traes. Y ahí voy a tener que darte toda la razón. Veamos que tenemos por aquí. ---Se fue hacia el impresionante muestrario de zapatos que era su armario y sacó unos de Aquazzura que me tendió con una sonrisa---. Estos te quedarán ideales con el conjunto.*

*Cogí los zapatos todavía sin saber muy bien qué hacer con ellos. Eran unas sandalias en color nude con cientos de pequeños cristales en la zona del talón que le conferían el aspecto de las alas de un ángel pegadas a los pies. Eran tan bonitas que daban ganas de llorar, o de sentarse y pintarlas o tal vez componerles una sonata. De repente reaccioné y dejé todo sobre la cama con reverencia pero con celeridad, acababa de tener en mis manos más de lo que yo ganaba en un mes de trabajo.*

*---Elisa, eres muy amable, pero yo no puedo aceptarlo, de verdad. No tenía previsto ir esta noche a la fiesta por no sentirme fuera de lugar como la última vez. Si quieres te ayudo a arreglarte, pero luego me voy a mi casa a ver la tele y comer pizza.*

*---Chloé va a la fiesta ---lo dijo sin pestañear, con una intensidad que no le había visto nunca en la mirada---. ¿Vas a dejar que gane? Porque me ha dicho qué se va a poner y te lo digo, va a ir vestida para matar, y su presa ya sabes que es mi hermano.*

*Tuvo que notar mi malestar y mi turbación ante esas declaraciones. Chloé y yo no habíamos empezado con buen pie y por lo visto, cuando se enteró de que Álex y yo habíamos vuelto, se pilló un buen cabreo y se prometió a sí misma que no se dejaría vencer por una muerta de hambre de los suburbios, según me había contado la propia Elisa. Así que me imaginaba muy bien qué tipo de vestido pensaba llevar, de esos que realzan su impresionante figura y sus kilométricas piernas y dejan poco a la imaginación. Se acercaría ronroneando con su sensual acento y le susurraría palabras dulces al oído. Al final esa imagen pudo más que mi orgullo y acepté la ayuda de Elisa.*

*Ella recibió mi respuesta afirmativa dando palmas de alegría. Pusimos*

*música para animarnos y nos vestimos como dos colegialas que se preparan para ir al baile de fin de curso. Elisa me maquilló, pues tenía un arsenal digno de los mejores maquilladores de Hollywood, y también trató de hacer algo con mi pelo, pero se dio por vencida y simplemente lo onduló un poco y me lo dejó suelto.*

*Yo me sentía como si fuera disfrazada vistiendo esas prendas tan caras; los zapatos, a pesar de tener unos tacones más altos de lo que yo estoy acostumbrada, eran increíblemente confortables. Supongo que uno recibe exactamente lo que paga y mis tacones de Zara me dejaban los pies hechos polvo a los cinco minutos de ponérmelos, con estos sin embargo sentía que podía pasar toda una noche con ellos y ni siquiera enterarme.*

*Elisa le tendió la dirección al chófer de la familia y nos dirigimos a la fiesta. En ese momento me di cuenta de que no le había dicho a Álex que finalmente iba a asistir. Llevaba casi quince días insistiéndome para que le acompañara, pero yo era aún más insistente declinando su invitación. Tenía aún demasiado frescas las imágenes de la última fiesta a la que fui invitada con su familia y no quería repetir la misma experiencia. Durante una fracción de segundo estuve tentada de aceptar, pero al abrir mi armario mis ilusiones desaparecieron con la misma celeridad que unos cubitos de hielo en un caluroso día de verano. No solo por mí, sino sobre todo por Álex, no quería avergonzarlo, que otro de sus conocidos me confundiera con una camarera o que alguna de sus amistades bromeara sobre mí en el baño. Mejor quedarme en casa.*

*Ahora, por el contrario, me dirigía hacia la fiesta y Álex no lo sabía y por un lado quería ver su reacción cuando me viera, por otro lado tenía miedo de que le molestara que en el último momento hubiera aceptado la invitación de su hermana en vez de la suya.*

*Llegamos casi sin darnos cuenta a la Embajada de Italia que se encuentra en el barrio de Salamanca no lejos del apartamento que Álex tiene allí. Es un edificio magnífico que ocupa toda una manzana y tiene*

*forma rectangular bordeado por unos suntuosos jardines. Se encuentra en el antiguo palacio de los marqueses de Amboage y la entrada estaba iluminada con velas dando al edificio un aspecto casi mágico. Yo me sentí al salir del coche como Cenicienta cuando bajó de su calabaza, solo que mi hada madrina en este caso era una hispano-italiana de mi misma edad que había cursado los estudios conmigo.*

*Fue como entrar en un cuento de Perrault, el edificio de mármol, los invitados ataviados con ropa de firma, las velas en el suelo marcando la entrada. Una escena salida de La corte de las Hadas, un espectáculo que era casi un sueño para alguien como yo. Una chica de Leganés entrando en una fiesta de la Embajada Italiana con la crème de la crème de la sociedad madrileña.*

*Los camareros se movían como pequeñas abejas obreras entre los invitados llevando copas de champán y canapés. Había flores casi en cada rincón y mis pies agradecieron las mullidas alfombras que abrigaban los salones y pasillos. Elisa me llevaba de la mano esquivando a los asistentes y murmurando disculpas en varios idiomas. Llegamos hasta sus padres que estaban acompañados de su hermano y se plantó delante de ellos con una sonrisa que dejaba traslucir que tenía algo preparado. Cuando hubo captado la atención de los miembros de su familia dio un paso a un lado y allí aparecí yo, con mis zapatos y mi vestido prestado, mi maquillaje de pasarela y mi pelo suelto. Sin joyas, fue lo único en lo que no consentí que Elisa me prestara algo, me da muchísimo miedo perder alguna pieza de incalculable valor que seguramente llevaría generaciones en su familia.*

*La cara de Alex fue todo un poema. Si en ese momento se le hubiera aparecido el mismísimo Mahatma Gandhi con sus gafas redondas y su túnica raída, no se hubiera quedado más sorprendido de lo que se quedó al verme. Su mandíbula se le abrió de tal forma que me dio miedo que se le hubiera desencajado y tuviéramos que buscar a un dentista de guardia. Sus ojos chispearon primero con incredulidad, luego con diversión y por último*

*con deseo. Catalina fue la primera en sobreponerse y acercarse a darme dos besos seguida de Augusto, que carraspeó un par de veces mientras avanzaba hacia mí. Álex se quedó parado al lado de sus padres deleitándose en mi figura y, cuando ya comenzaba a notar mi azoramiento, se acercó y me dio un casto beso en la mejilla al tiempo que me daba un pequeño pellizco en el trasero que me hizo dar un ligero respingo.*

*---Veo que al final has venido ---dijo juguetón.*

*Antes de que yo pudiera responder Elisa tomó la palabra.*

*---No ha sido culpa suya, yo la he engañado para que me acompañara esta noche.*

*---¿La has engañado para que se enfunde en unos de tus carísimos vestidos y se suba en tus tacones?*

*---Digamos que le he hecho una oferta a la que no ha podido resistirse.*

*Yo me sentía incómoda con Elisa y Álex hablando de mí como si no estuviera presente y apretaba las manos de forma compulsiva. Miraba a mi alrededor tratando de encontrar a alguien cuya cara me sonara, pero fue en vano; estos ricachones me parecía que tenían todos el mismo semblante y no recordé a ninguno de la fiesta en casa de Álex. Claro que con el humor de perros con el que salí de allí, era normal que hubiera olvidado todo lo referente a aquella tarde.*

*Álex me cogió de la mano separándome de su familia y me guió por los salones, de vez en cuando se paraba a hablar con alguien y me presentaba como su pareja a todos los invitados con los que nos cruzamos. Por fin nos quedamos solos, o todo lo solos que se pueden quedar dos personas en una fiesta abarrotada de gente.*

*---Estás preciosa, sé que te lo he dicho mil veces, pero hoy estás preciosa de una manera diferente.*

*---Estoy vestida con ropa cara, que además es de tu hermana, eso es todo.*

*---No, no es eso. Siempre me has parecido bellísima, pero hoy te veo, no*

*sé... Segura, madura, con un ideal. No sé si lo que digo tiene sentido, pero te aseguro que hoy te veo distinta, y no es por el vestido o el maquillaje, es por algo que hay dentro que ha cambiado y que irradia luz hacia afuera.*

*Me sonrojé. Tal vez tuviera razón, tal vez mi secreta vendetta contra la belleza francesa me había despertado sentimientos que yo no sabía que albergaba y eso se reflejaba de alguna manera en mi físico.*

*Sus ojos parecían más verdes a la tenue luz de la sala, o tal vez las burbujas del champán se me estaban empezando a subir a la cabeza nublando mis pensamientos. Tenía tanto miedo de manchar el vestido que no había probado bocado y sentía que mis tripas se iban a poner a rugir de un momento a otro. Álex, por su parte, estaba guapísimo, iba con un esmoquin que le quedaba perfecto y se notaba que acababa de pasar por la peluquería para retocar el corte de pelo. Al verlo moverse entre altos dignatarios y eminentes empresarios sentí una punzada de orgullo, ese maravilloso espécimen que se movía como un león por su coto de caza era mío.*

*Sus ojos se desviaron del cuadro que fingía contemplar y se volvieron a posar en los míos.*

*---No me canso de decírtelo, estás arrebatadora, y si no fuera porque esta fiesta es en honor de mi padre, ahora mismo te sacaría de este palacio y te llevaría a mi piso que está a pocas manzanas para hacerte mía hasta el amanecer.*

*Reí con esa risita tonta que solo se tiene cuando se está enamorado y lo miré con deseo, creo que me leyó los pensamientos y se echó a reír.*

*---Deja de mirarme así, no puedo marcharme de la fiesta de mi padre, la Nona me desheredaría a la velocidad del rayo.*

*Reí de nuevo.*

*---Tienes razón, sigue presentándome gente, parece que conoces a todo el mundo.*

*---Muchos han pasado por casa o los conozco desde hace años, a otros solo de oídas, pero los he buscado en Internet para saber qué aspecto*

*tienen. ---Me guiñó un ojo, pícaro---. Mira, aquel de allí es un famoso empresario japonés, mi madre dice que está liado con una de sus secretarias. Aquella señora con el collar de enormes perlas es la embajadora de Alemania, y esa pareja que acaba de entrar y que van del brazo son dos de los mayores accionistas de un conocido grupo inmobiliario.*

*Lo miré sorprendida, estaba en su ambiente, se le notaba cómodo y sereno y se movía como pez en el agua. Por mucho que me acicalara y me vistiera de marca nunca sería como él, no había sido educada para saber siempre el cumplido perfecto para las señoras o las últimas noticias de la Bolsa. Pero además de lo aprendido Álex tenía algo, era su optimismo contagioso, su magnetismo y su radiante sonrisa que hacían que se convirtiera en el centro de cualquier conversación en la que participábamos.*

*La velada estaba siendo maravillosa, había habido un discurso, brindis y aplausos. Una pequeña presentación con fotos familiares y regalos bañados en plata. Cuando la parte protocolaria de la fiesta hubo terminado, entonces la vi: piernas kilométricas, vestido minúsculo y pendientes de diamantes. Miraba por encima de sus tacones buscando una cara en concreto y yo sabía perfectamente de quién se trataba. Seguramente fue el champán, o el vestidazo que llevaba, o tal vez las palabras de Álex que me dieron coraje, el caso es que me planté delante de ella con mi mejor sonrisa. Chloé abrió mucho los ojos pues yo era la última persona que esperaba encontrar en esa fiesta. Me envalentoné y, usando el poco francés que recordaba de mis años de facultad, le dije con un más que dudoso acento, pero con toda la intención del mundo.*

*---Querida Chloé, estás preciosa, seguramente podrás volverte a casa del brazo de algún incauto que se deje deslumbrar por tu belleza antes de conocer lo que realmente tienes dentro. Pero te lo digo, no será Álex, pues él se viene a casa conmigo.*

---Eso ya lo veremos ---me respondió con un siseo y yo me eché a reír. No una risa sutil y femenina, no, aquello fue una carcajada en toda regla que dejó a la pobre francesa completamente perdida.

---Le pertenezco y él me pertenece. No es un capricho pasajero, es amor. Del que dura toda una vida, del que no le tiene miedo a una francesa cualquiera. Au revoir, ma chérie.

Y sin esperar respuesta, me di media vuelta y me fui hacia Álex que me recibió con una sonrisa y me pasó el brazo alrededor de mi cintura para atraerme hacia él. No había nada sexual en ese gesto, solo cariño sincero, y creo que eso fue lo que más cabreó a Chloé, pues si Álex solo buscara sexo ella podría fácilmente ganar esta contienda, pero si lo que él ansiaba era ese amor que solo se conoce por las novelas románticas, entonces ella no podía ofrecérselo. Sabía que era una victoria pírrica, pero para mí fue suficiente.

Chloé se pasó el resto de la velada revoloteando en medio de los asistentes disparando los comentarios viperinos por parte de las mujeres y miradas de atracción por parte de los hombres. Se movía con gracia y elegancia y cuando se reía parecía que una lluvia de campanillas se cernía sobre el salón. Su suave acento y sus cariñosos gestos le valían un sitio en cualquier corrillo y vi como se hacía la contradanza con Álex en varias ocasiones y él era cortés con ella, pero nada más.

La velada había sido amenizada por un grupo que tocaba jazz en directo. Cuando la hora en la que Cenicienta debía volver a su calabaza se acercaba y los salones se iban vaciando, Álex se acercó a los músicos y compartió unas palabras con ellos. Señaló a su padre, a sí mismo e incluso a mí en un momento de la conversación. La cantante sonrió y asintió con vehemencia mientras miraba a sus compañeros que elevaron los hombros y asintieron en silencio. Álex volvió a mí muy ufano y con una sonrisa victoriosa pintada en el rostro. Estas eran el tipo de cosas que me desarmaban, tan pronto podía moverse entre los prohombres del país como uno más de ellos que lo veía

*caminar hacia a mí como un niño que ha conseguido robar una caja de galletas de la despensa de su madre.*

*Se me acercó y puso su mano derecha en mi cintura mientras levantaba la izquierda invitándome a que se la cogiera. Lo hice y estaba a punto de decirle que parecíamos idiotas pues no había música, cuando la cantante de jazz comenzó con su voz dulce y algo rasposa.*

*Fue en un pueblo con mar una noche después de un concierto*

*Tú reinabas detrás de la barra*

*del único bar que vimos abierto.*

*La sorpresa debió invadir por completo mi cara y los ojos prácticamente se me salían de sus órbitas.*

*---¿Cómo? ---fue lo único que pude decir.*

*Él se rio con esa risa contagiosa y juvenil, con ese aire de dueño del mundo sin ni siquiera saberlo y se encogió de hombros.*

*---Les he propuesto tocar algo de Sabina diciéndoles que es el cantante favorito de mi padre, y como es el homenajeadó no han podido negarse. Además de que ha dejado intuir que habría una buena propina. ---Y me guiñó un ojo, cómplice.*

*---Sabina en mitad de una fiesta llena de peces gordos en una embajada. Ver para creer, desde luego.*

*---Si alguien pregunta diremos que pensábamos que la canción era de Juan Pardo, que es alguien mucho más respetable.*

*No pude evitarlo y rompí a reír, no solo había conseguido que sonara mi cantante favorito, sino que tenía prevista una excusa perfecta por si a alguien le sorprendía escuchar esos versos precisamente en esta fiesta. Lo besé, era inevitable. Lo tenía tan cerca, bailando pegados, sintiendo los latidos de su corazón al compás del mío por debajo de la camisa que no tuve otra opción.*

*Él se quedó sorprendido, ya se había dado cuenta de que los gestos de cariño en público no iban demasiado conmigo. Soy muy tímida y siempre he sentido un gran respeto por las personas mayores y me siento incómoda*



*demostrando afecto cuando están mis padres, o en este caso los padres de Álex, cerca. Tras el ligero titubeo al sentir el contacto de mis labios con los suyos, se dejó llevar y me apretó contra él al tiempo que exploraba mi boca con su lengua. Eso estaba fuera de todo lo que yo consideraba decoroso, pero no pude resistirme, lo amaba y lo deseaba. Terminó el beso echándome hacia atrás como en las películas de los años treinta y cuando separaba sus labios de los míos, susurró.*

*---Te quiero, Alba.*

*---Y yo.*

*Fuimos de los últimos en irnos, estrechamos manos, dimos abrazos y deseamos un regreso tranquilo a decenas de invitados. Los músicos se quedaron gratamente sorprendidos cuando Álex les pasó un sobre con la propina y le tendieron su tarjeta pidiéndole que los recomendara a sus amigos. Cuando por fin nos acercamos a Catalina y Augusto, yo ya no sentía los pies por culpa de los tacones y estaba deseando meterme en la cama.*

*---Una fiesta maravillosa ---le dije a su madre.*

*---Maravilloso es que hayas podido venir, cuando Álex nos dijo que no vendrías nos quedamos bastante tristes. Verte aquí ha sido una grata sorpresa.*

*La observé tratando de buscar una ironía o un doble sentido, pero daba la impresión de que lo decía de corazón. Me quedé algo azorada mirando al suelo y estrujándome las manos sin saber muy bien qué decir, siempre me pasaba cuando alguien me decía un cumplido. Elisa por lo visto se había marchado con los hijos de varios diplomáticos poco antes y pensaban continuar la fiesta por algunos locales de la capital. Cuando al fin se separó de sus padres, Álex me cogió del brazo para que recorriéramos juntos los pocos metros que nos separaban de su apartamento.*

*Hacía una noche espléndida, no hacía frío ni calor, y aunque no se podían ver las estrellas por culpa de las numerosas luces de la ciudad, se intuía su presencia en un cielo limpio sin nubes. Íbamos en silencio cogidos*

*del brazo, había momentos en que eso era lo único que necesitábamos, la presencia del otro y nada más. No merecía la pena tratar de llenar el silencio con conversaciones de relleno, no lo necesitábamos. Yo iba tarareando las notas de Y nos dieron las diez en mi cabeza recordando ese momento, procurando grabarlo a fuego en mis neuronas para que nunca fuera capaz de olvidarlo. Es pronto para decirlo, pero seguramente aquella fue una de las mejores noches de mi vida.*

## Capítulo 11

Alba había tratado de volver a la rutina. Tres semanas habían pasado ya desde que Álex descendió a las entrañas de la Tierra para no volver más y su vida había pasado de negro azabache a gris muy oscuro, casi negro. Su hermano la llamaba de vez en cuando para saber cómo le iba y Elisa y ella se habían visto un par de veces para comer e intercambiar anécdotas de Álex. Había vuelto a su anodino trabajo en el Leroy Merlin y había conseguido reunir fuerza suficiente como para mantener la casa en un estado medio decente, en ningún caso bueno, pero al menos sí aceptable.

Por las noches escribía su relato, llevaba ya páginas y páginas recordando su vida con Álex y había tenido que acercarse varias veces a comprar recambios para los cartuchos de la estilográfica. En ocasiones se quedaba mirando las hojas escritas y dejaba vagar sus recuerdos durante horas y se veía a sí misma de la mano de Álex paseando, o comiendo juntos en un restaurante o enredados bajo las sábanas tras haber hecho el amor. Entonces notaba cómo las lágrimas volvían a acudir prestas a la llamada y se encontraba hecha un ovillo abrazándose las piernas sobre el sofá. Entonces dejaba la pluma en su sitio y se sumergía en sus recuerdos, se hundía hasta el fondo y pasaba la noche en vela soñando despierta con lo que pudo haber sido y no fue.

Esa mañana le sorprendió el timbre de la puerta. Se había quedado dormida en el sofá y llevaba todavía los pantalones de chándal del día anterior. No se había lavado los dientes y tenía el pelo revuelto, pero si alguien era tan imprudente como venir a su casa temprano, esto es lo que sin duda pensaba que debía encontrarse.

Se quedó muda de estupefacción al abrir la puerta y toparse cara a cara con unos ojos marrones como los suyos que la miraban con una mezcla de pena e inquietud.

---Mamá... ¿Se puede saber que haces aquí tan temprano?

---¿Temprano? Son más de las doce, y por lo que veo te acabas de despertar.

No necesitó que nadie la invitara, abrió la puerta y, colándose por el espacio que había creado y el cuerpo de Alba, entró en su piso. Lo primero que hizo fue pasar revista a la cocina, ya hemos dicho que podía estar mejor, pero comparado con tan solo unas semanas atrás ahora presentaba un aspecto más que decente. Miró la caja de palisandro y se acercó a contemplarla, había oído hablar de ella y por supuesto tenía curiosidad. Pasó los dedos suavemente sobre la flor de lis de nácar de la tapa y la cogió sopesando su peso. La agitó ligeramente y le sorprendió escuchar que producía un suave sonido. Eso ya lo había hecho Alba, de hecho, era lo único que se había atrevido a hacer y el murmullo que escuchó proveniente del interior le confirmó que la caja no estaba vacía y que contenía algunos objetos. La dejó donde la había encontrado con aire reverencial y fue directa a sentarse al sofá haciéndole un gesto con la mano para que la siguiera.

---Mi vida, ¿cómo estás?

---Muy bien, mamá ---dijo evitando mirarla directamente a los ojos.

---¡No digas tonterías! ¿Cómo vas a estar bien después de lo que has pasado? Tu padre me ha insistido para que no viniera, dice que necesitas tu tiempo para estar a solas y pasar el duelo. ¿Qué sabrá él de lo que necesita una mujer en estos casos? Yo le he dicho que se deje de historias, que una hija necesita a su madre ahora más que nunca.

Esas palabras de consuelo habían sonado como a una amenaza en los oídos de Alba. Sabía que su madre tenía toda la buena intención del mundo, pero ahora necesitaba estar sola, no quería que nadie la viera en estos momentos en los que no se sentía ni ella misma.

---No es necesario, mamá, de verdad que estoy bien.

---¡Ja! Eso no te lo crees ni tú. He hablado con Gonzalo y me ha dicho que os visteis el otro día que fuiste a cenar a su casa. Eso está muy bien, querida, tienes que salir y ver gente. ¿Has quedado con alguna amiga?

---He visto a Elisa un par de veces ---dijo sintiéndose completamente acorralada por parte de su progenitora y su extraño interrogatorio.

---No digo que quedes con ella, sino quedar con amigas de verdad.

---Es mi amiga, mamá.

Torció el gesto en un gesto de disgusto.

---Cariño, yo sé que Álex era muy importante para ti y tú para él pero... Pero no estabais hechos el uno para el otro, mi niña.

---¿Se puede saber de qué hablas? ---Estaba roja de ira y le temblaba hasta la mandíbula solo de contener las ganas de ponerse a gritar.

---Pues eso, que no podíais estar juntos. Él era un chico acaudalado y nosotros cuando nos muramos no te vamos a dejar más que deudas, ya sé que pensabas que teníais un futuro juntos pero esas diferencias os iban a pasar factura antes o después.

No podía creerlo, no hacía ni un mes que había enterrado al que era sin lugar a dudas el hombre de su vida y ahí estaba su madre diciéndole que ella nunca creyó en que su historia pudiera llegar a buen puerto.

---Márchate, por favor ---dijo con un siseo sin despegar los labios.

Su madre en vez de darse por aludida siguió ahondando en sus razones, dando unas explicaciones que nadie había pedido mientras Alba la escuchaba atónita y cada vez más cabreada.

---Si estoy de acuerdo en que el chico era guapísimo y te trataba como una princesa, pero seamos sinceros, todos sabemos que eso no iba a llegar nunca a buen puerto. No por nosotros que somos gente abierta y sencilla, sino porque esos millonetas nunca te hubieran aceptado en la familia, siempre te hubieran mirado por encima del hombro. Su hermana se comportaba como tu amiga seguramente porque él se lo había pedido, pero no te engañes, mi niña, esos

círculos son muy cerrados y no iban a abrirlos a una extraña como tú.

---¡Basta! ---rugió Alba poniéndose en pie---. ¡No los conoces! Entiendo esos prejuicios por parte de sus amigos, pero ¿de vosotros? Espero que no vengas ahora a decirme que piensas que todo mi interés en Álex era por su dinero.

---No querida, claro que no. Estoy convencida de que tu interés por él era sincero, sin embargo...

---¿Sin embargo qué, mamá? ¿El me quería por mi fortuna? ¿O estás tratando de decir que soy una fácil y que era para llevarme a la cama? ¿Sin embargo qué? Termina la maldita frase.

---Pues que no sé qué hacía contigo, la verdad.

Si su madre la hubiera abofeteado no le habría hecho tanto daño como esas palabras. Se quedaron en silencio sosteniéndose la mirada con los ojos encendidos y las mejillas arrojadas. Las lágrimas, esta vez de puro odio, pugnaban por escaparse de los ojos de Alba y tuvo que morderse el labio para contenerlas. Fue ella quien rompió el contacto visual dirigiéndose a la puerta y abriéndola.

---Márchate.

Dejó la puerta abierta y se encerró en el cuarto de baño. Notaba que la cabeza le daba vueltas y que tenía ganas de vomitar, pero contuvo el impulso a raya y dejó todos sus efluvios dentro de su cuerpo. Mientras se lavaba la cara en el lavabo oyó los pasos de su madre alejándose y luego el sonoro portazo con el que se marchó de su piso.

Alba recordó una frase que se había dicho a sí misma infinidad de veces: «Un día malo siempre podía complicarse para acabar siendo un día de mierda». Este era un perfecto ejemplo de uno de ellos.

*Septiembre languidecía a pasos de gigante y los robustos árboles de nuestro parque favorito comenzaban a perder las hojas mostrando su desnudez. Los colores rojo, naranja y dorado habían tomado el control del vestidor de las arboledas que bordeaban los caminos de El Retiro.*

*Caminábamos de la mano disfrutando de las horas finales del día, cuando comienza a refrescar y la ciudad se vuelve más silenciosa, pues los turistas vuelven a sus hoteles y los madrileños a sus casas. Nos parábamos a besarnos sin soltarnos de la mano y reíamos como dos colegiales que se habían saltado las clases para hacer novillos.*

*---Me tengo que ir a Londres por trabajo ---me dijo cuando volvíamos de nuestro paseo.*

*---¿A Londres?*

*---Sí, serán solo cuatro o cinco días, tenemos unos clientes muy importantes y me han pedido que me encargue yo, es un honor ---dijo con los ojos brillantes.*

*---No he estado nunca, es una pena que no tenga vacaciones porque me iría contigo encantada.*

*---Londres es una ciudad mágica, estoy seguro de que te encantaría.*

*---¿Tu empresa te paga un hotel?*

*---Podría hacerlo, pero me quedo en casa de mi tío Héctor, el hermano de mi madre. Es un soltero empedernido que tiene un piso en Kensington, el barrio es precioso y muy céntrico.*

*---Me da la impresión de que toda tu familia tiene vidas extraordinarias.*

*Álex asintió mientras esbozaba una sonrisa pícaro.*

*---Sí que es verdad que algunos de mis parientes han tenido una vida algo fuera de lo común. Mi tío Héctor se mudó a Inglaterra tras terminar sus estudios de Ingeniería, y por mucho que mi madre y mis abuelos insistieron no quiso volver nunca a España. Se enamoró del país y de las inglesas ---añadió guiñándome un ojo---. Mi madre ya ha perdido la esperanza en que algún día siente la cabeza, así que se queda más tranquila si yo le hago una visita de vez en cuando.*

*---Eres un espía encubierto.*

*---¡Exacto! Mi madre me exige un informe diario del estado de salud e higiene de mi tío, así como el de la casa.*

*Los dos rompimos a reír con esa afirmación, pues yo también creía que Catalina era muy capaz de pedir informes como un general a sus subordinados.*

*Los cuatro o cinco días se acabaron convirtiendo en casi dos semanas, por lo visto algo se había torcido y Álex tuvo que retrasar su vuelta. Desde que empezamos nuestra andadura juntos no habíamos estado tanto tiempo separados y yo lo echaba dolorosamente de menos. A pesar de que me había dado una llave de su piso, no quería emplearla si él no estaba, me sentía extraña trasteando en su cocina o viendo la televisión en su sofá si él no se encontraba conmigo. Supongo que en cierta manera había asumido que «su» piso era en verdad «nuestro» piso, y si Álex no estaba presente no tenía sentido que yo anduviera por ahí. Aproveché los días libres para visitar a mis padres y quedar con amigos mientras contaba las horas que faltaban para que regresara a mis brazos.*

*Nos llamábamos casi todas las noches y era el momento más agradable del día. Me hablaba de la capital inglesa, de la gente que se cruzaba por la calle, y muy someramente de su trabajo. Él me decía palabras entusiasmado cuando las cosas le iban bien o apesadumbrado cuando no habían conseguido su objetivo. Empleaba tanta jerga legal para uno como para otro que a mí me resultaba muy complicado seguirle la pista y solo entendía a grandes rasgos lo que estaba pasando. En cualquier caso era fácil saber cuándo Álex estaba de buen humor o, por el contrario, estaba con un humor de perros.*

*Esa noche estaba eufórico, las negociaciones habían ido de maravilla y pensaba que en un par de días como máximo estaría de vuelta. Se me ensanchó el corazón solo de escucharle decir que pronto volveríamos a vernos y estaba ya haciendo planes mentales para recuperar el tiempo perdido cuando escuché una risa que parecía una cascada de campanillas. Se me heló la sangre en las venas y en un acto reflejo colgué la llamada. Álex me llamó unos segundos después.*



---¿Qué ha pasado?

---No sé, ha debido ser la cobertura ---mentí.

*En ese momento, mientras él hablaba, yo prestaba atención al ruido de fondo tratando de identificar de nuevo esa risa que me acompañaba hasta en mis pesadillas. Alex se dio cuenta de que me costaba seguir la conversación pues había pasado de estar completamente implicada a responder a base de monosílabos ya que mi atención estaba dedicada al ruido ambiente.*

---Cariño, ¿estás bien? Te noto como ausente.

---Sí, lo siento, estaba tratando de leer las instrucciones de una receta al mismo tiempo que mantenía la conversación contigo y me he dado cuenta de que no soy capaz de hacer las dos cosas a la vez ---mentí por segunda vez en menos de tres minutos.

*Él se rio al otro lado del teléfono.*

---Me encantaría que estuvieras aquí, este restaurante es fenomenal, y así no tendrías que leer ninguna receta y podrías prestarme atención.

*Iba a sonreír cuando escuché de nuevo aquella risa, aquella lluvia de campanillas que trinaban con alegría y de nuevo mi dedo se fue sin pensar al botón de colgar. Me quedé temblando ligeramente, casi había pensado que me lo había imaginado la primera vez. pero la segunda vez me confirmó mis peores temores.*

*Cuando Alex llamó pocos segundos después colgué la llamada e inicié una videollamada.*

---Cariño ---dijo al ver aparecer mi imagen en la pantalla del móvil---, vas a tener que cambiar de compañía porque la cobertura de la tuya es terrible.

*Sonreí sin ganas ante su pequeña broma.*

---Y dime, ¿vas a cenar tú solo o con alguien más? ---inquirí.

---Hemos quedado unos cuantos amigos, ya sabes que hice un máster aquí y me he reunido con algunos de ellos.

*Tal vez yo tenía acúfenos y oía cosas que no existían, o alguna inglesa tenía una risa muy similar a la de...*

*---Oh, bonsoir, Aurora ---dijo una belleza rubia que de repente apareció en la imagen de mi móvil.*

*---Es Alba ---la corregí con los labios apretados.*

*---Oh, lo siento, estos nombres meteorológicos me parecen todos iguales ---añadió sin parar de sonreír.*

*Álex había enrojecido y eso fue lo que más furiosa me puso, él sabía que Chloé estaba invitada y me lo había ocultado a propósito.*

*---Venga, Álex ---ronroneó Chloé---, ya tendrás tiempo de hablar con Aurora cuando volvamos al hotel. Au revoir, ma chérie[3].*

*Y lo último que vi de mi novio fue una perfecta manicura francesa aproximándose al botón de apagado del móvil. Pero eso no fue lo que más me cabreó, que la francesa diera ella por terminada nuestra conversación, ni siquiera el que por segunda vez me llamara por un nombre que no era el mío, no, lo que realmente me molestó fue la mirada de culpabilidad en los ojos de Álex.*

*Me quedé mirando el móvil suplicando porque Álex volviera a llamar, con una ristra interminable de preguntas y algunos reproches que hacerle. Al cabo de diez minutos me di por vencida y acepté que no llamaría. Resbalé del sofá y acabé tendida sobre la alfombra del salón. Chloé estaba en Londres con Álex, ¿y qué era eso de un hotel? Álex me dijo que se quedaba en casa de su tío. Demasiadas preguntas, demasiados interrogantes y sobre todo, demasiadas teorías para suplir los vacíos de esta historia.*

*Podría haber pensado que todo eso era fruto de la casualidad, pero la mirada de culpabilidad de Álex me decía que no, que nada de eso era producto del azar. Lloré sentada en la alfombra mientras me cogía las rodillas con los brazos. Cerraba los ojos y veía la sonrisa victoriosa de Chloé justo antes de apagar el teléfono y solo podía repetirme una palabra: traición. Así era exactamente como me sentía.*

## Capítulo 12

Había pasado casi todo el día tirada en el sofá viendo series, la conversación con su madre le había dejado muy mal cuerpo y no tenía ganas de hacer nada de provecho. Además de que se sentía física y mentalmente agotada, y por mucho que tratara de cubrirse con la mantita del salón no conseguía entrar en calor. El timbre de la puerta la sorprendió una vez más, no esperaba visitas y no le apetecía interactuar con otro ser humano precisamente hoy. Además de que como siguiera llegando gente sin ser invitada a su piso, este acabaría pareciendo el camarote de los hermanos Marx.

Se puso de pie de la forma más sigilosa que pudo y, cubierta con la manta como si de un jefe sioux se tratara, se dirigió a la puerta. Echó un vistazo primero por la mirilla, si su madre venía dispuesta a un segundo asalto se iba a encontrar con que la puerta no se abría porque no estaba de humor. A través del cristal se veía de forma grotesca y deformada la cara de su padre que se balanceaba paciente de un lado a otro con las manos en los bolsillos del pantalón. Dio un suspiro y abrió la puerta.

Al verla cubierta con la franela de cuadros se le curvaron ligeramente las comisuras de los labios, pero fue lo suficientemente prudente como para no hacer ninguna broma. Se abalanzó sobre Alba como un náufrago que lleva varios días a la deriva y de repente ve un barco que se acerca. Le dio un abrazo de oso que hizo que le crujieran las costillas y se le reposicionaran correctamente algunas vértebras.

Cuando al fin se separó de su hija, la miró a los ojos durante unos segundos y volvió a estrecharla entre sus brazos.

---Lo siento muchísimo ---dijo en un susurro al oído---. No sé qué le ha

pasado a tu madre para haber dicho una cosa así.

Alba se puso rígida entre esos brazos de acero y se zafó al final del abrazo. Elevó los hombros al cielo en un gesto que pretendía quitarle hierro al asunto e invitó a su padre a entrar. Se acomodaron en el modesto sofá y Miguel miró incómodo la pared delante de él sin saber bien dónde posar la vista.

---¿Solo has venido a disculparte en nombre de mamá? ---No quería sonar tan brusca, pero fue como le salió.

---No te pongas así con ella que ya sabes cómo es, que le pierde la boca. --Se notaba desesperado por tratar de convencerla.

---¿En serio, papá? Mamá vino a mi casa y me dijo que no sabía por qué Álex estaba conmigo, dando a entender que yo no era suficiente para él. Que pensara que él no era digno de estar con su hija puedo entenderlo, porque es amor de madre, pero al revés...

---No te lo tomes así, Pollito.

Su padre había sacado la artillería pesada, solo la llamaba *Pollito*, su antiguo apodo infantil, en contadas ocasiones. Se miraron a los ojos y Alba se perdió en la serenidad de los de su padre. Era un hombre bajo, de complexión robusta y con una más que incipiente calvicie. Pero sus ojos seguían siendo los de un joven apasionado, creyendo firmemente en lo que hacía. Alba nunca vio flaquear esa entereza e, incluso ahora, veía que no saldría de casa sin haber conseguido una tregua para las dos mujeres de su vida. Alba se dejó llevar por esos ojos acuosos y sin darse cuenta se puso a llorar sobre el hombro de su padre. Él la sujetó con cuidado, como si se tratara de un raro espécimen de mariposa que pudiera salir malherido si se la apretaba demasiado.

---No pasa nada, Pollito, deja que todo salga.

Y Alba le hizo caso y lloró. Lloró los besos que no le daría, los hijos que no tendrían y las películas malas que ya no irían a ver al cine. Lloró las paellas de los domingos en casa de sus padres, las cenas a la luz de las velas y cantar a coro en el coche. Lloró por su futuro, por su pasado y por el efímero presente. Lloró, y cuando ya no le quedaban más lágrimas, su padre le habló

de nuevo.

---Era un buen hombre, a tu hermano le caía de maravilla, y ya sabes lo especial que es para hacer nuevos amigos. A mí me parecía que te trataba como una reina, y eso es todo lo que un padre necesita saber del novio de su hija. No quiero ni imaginar por lo que estás pasando.

Alba se armó de valor y se irguió en el sofá.

---¿Tú también pensabas que era demasiado bueno para mí?

Se mordió el labio esperando la respuesta de su padre.

---¡Ni en un millón de años! ---respondió con una sonrisa---. Tenía más dinero que nosotros, eso es innegable, pero tú eres una mujer excepcional, y aunque ese Álex me parecía bastante bueno, no te llegaba ni a la suela de los zapatos.

Sonrió, su padre siempre había visto en ella mucho más potencial del que ella pensaba merecer.

---Tenía un Porsche ---comenzó a decir tímidamente Alba.

---Y yo una Mercedes Vito, su coche podrá ponerse a doscientos kilómetros por hora, pero ¿puede transportar un sofá si se muda de piso? ¡Pues ya está! Estamos empatados.

Alba no lo pudo resistir y se rio ante las ocurrencias de su padre.

---Tienes razón, tu coche es muchísimo mejor ---dijo al tiempo que le daba un beso.

---Con esto quiero decirte que todo depende del cariz con el que se miren las cosas. Si solo te fijas en el dinero de esa gente, sí que estamos por debajo, pero eso no lo es todo. Tú eres una persona maravillosa, has sido voluntaria en varias asociaciones, no recuerdo ni una sola vez en la que alguien te haya pedido un favor y lo hayas dejado de lado, eres fiel, no solo a los demás, sino a ti misma. Para mí eres perfecta.

Alba se sonrojó, sabía que su padre le tenía un cariño especial, pero escuchar de su propia boca todas esas alabanzas la hizo sentir rara. Y muy agradecida.

---Y no le hagas caso a tu madre, ella también lo está pasando mal. Sabe que estás pasando un mal momento y no sabe cómo ayudarte, y eso para una madre es frustrante. Además de que como ya te he dicho tu madre no ha sido nunca precisamente una mujer que medite mucho lo que dice.

---Ya, pero es que se ha pasado tres pueblos.

---Y no te imaginas lo arrepentida que estaba cuando ha llegado a casa. Me ha costado casi una hora que se calmara y me contara lo que ha ocurrido porque está convencida de que no le vas a volver a hablar en la vida.

---Esa era la idea original, lo reconozco.

---Pues espero que seas capaz de perdonarla. Tal vez no ahora mismo, pero no tardes mucho.

Le dio un beso en la sien antes de ponerse en pie para dirigirse a la puerta.

---¿Te vas ya?

---No quiero molestarte, solo quería asegurarme de que estás bien, ahora tengo otro fuego que apagar en casa ---dijo con una ligera sonrisa.

Alba se acercó a su padre y le dio un sentido abrazo. Olía a Brummel, a tabaco y un poco a sudor, pero a ella no le importaba. Había crecido con ese olor y para ella era sinónimo de seguridad y de cariño. Cuando su padre al fin se separó, la miró a los ojos durante unos instantes y luego le plantó un sonoro beso en la frente.

---Estamos muy orgullosos de ti, Pollito. Por lo que eres, por lo que te has convertido y por lo que puedes llegar a ser, y eso, pequeña mía, no hay dinero que lo iguale.

Una vez más las lágrimas se asomaron sin timidez a los ojos de Alba, pero supo mantenerlas a raya hasta que su padre cerró silenciosamente la puerta detrás de él. Cuando se quedó a solas se permitió desahogarse y llorar. Últimamente estaba muy sensible, no solo por la muerte de Álex, sino por cualquier pequeña cosa que le desataba un torbellino de sentimientos.

*El insomnio se había apoderado de mi noche y fui incapaz de dormir más de una hora seguida. Cada vez que cerraba los ojos veía los de Álex*

*llenos de vergüenza y los de Chloé exultantes de victoria. ¿Y qué significaba lo del hotel? ¿Estarían juntos? ¿Era por eso que Álex se había quedado más tiempo en Londres, para verla a solas? Tenía muchísimas preguntas y no me gustaban nada las posibles respuestas.*

*A las cuatro de la mañana tomé la decisión más loca de toda mi existencia: me puse las zapatillas de deporte, una camiseta vieja y unos pantalones cortos y decidí salir a correr. Si a Pelusa le sorprendió ver a su dueña saliendo a esas horas vestida para hacer deporte, al menos tuvo la decencia de no mostrarlo y simplemente me dedicó una lánguida mirada mientras me veía salir de casa.*

*Me gustaría decir que a esas horas la ciudad estaba desierta, pero estaría mintiendo si dijera algo así. No solo me crucé con el camión de la basura y varios miembros más del servicio de limpieza, sino que también había gente que se levantaba temprano para reponer en los supermercados, algún borracho solitario y una pareja de adolescentes pegándose el lote en uno de los bancos del parque.*

*No soy buena deportista, y creo que desde el instituto no había salido a correr, pero me sentó de maravilla. El martilleo constante de la sangre en mis oídos, el susurro de las zapatillas contra el suelo y el dolor que comenzaba a formarse en mis pantorrillas alejaban un dolor más profundo que se quería enroscar dentro de mi pecho. Tras una hora recorriendo las aceras tenía los pulmones a punto de explotar y la camiseta iba tan sudada que no sabía si lavarla o directamente pegarle fuego.*

*Llegué a casa y aún no había amanecido, me di una ducha rápida y me fui a dormir sin tan siquiera ponerme el pijama, pues estaba demasiado agotada como para algo tan banal. Las pocas horas que dormí fueron reparadoras y ningún sueño se atrevió a visitar mi mente durante ese tiempo.*

*Cuando el despertador sonó inclemente a las doce del mediodía, me giré para apagarlo y sentí un latigazo de dolor recorriéndome las extremidades*

*inferiores. No había calentado ni estirado tras el ejercicio, y sobre todo hacía mucho tiempo que no hacía deporte, y mi cuerpo me estaba pasando factura. A pasos cortos me dirigí al cuarto de baño y me tragué un ibuprofeno antes de prepararme un café.*

*Ese día había quedado para comer con varios amigos en un restaurante del centro y Elisa también estaba invitada. Sabía que no era culpa suya, pero en el fondo no me apetecía verla, todo lo que me recordara a Álex me espantaba y su hermana tenía los mismos ojos que él y prefería que no estuviera.*

*Llevaba varias horas dejando de lado lo ocurrido la noche anterior, pero al pensar en Elisa eso me llevó irremediablemente a pensar en su hermano y todo volvió a golpearme de nuevo.*

*Esa mirada culpable en los ojos de Álex era toda la confirmación que necesitaba. Al principio me puse triste de nuevo y las lágrimas se me agolparon en los ojos, pero entonces me di cuenta de que no era culpa mía, si había culpables en esta historia eran Álex y Chloé. Y los odié por eso. Odié los ojos verdes con motas doradas y los labios carnosos. Odié el acento francés y los viajes de negocios. Odié Londres y la manicura francesa. Pero por encima de todo me odié a mí misma por ser tan idiota como para creer que lo nuestro tuviera futuro.*

*No sabía qué significaba aquello, ¿éramos novios exclusivos? La verdad es que nunca habíamos hablado en serio del tema, pero yo lo daba por hecho. Claro que mi bagaje amoroso era minúsculo rozando casi lo inexistente y tal vez lo normal era tener más de un compañero de cama y de amores antes de decidirse. Por mi parte parecía implícito que yo quería pasar el resto de mi vida a su lado, pero por su parte daba la impresión de que no estaba tan claro.*

*Estaba cabreadísima, parecía uno de esos dibujos animados que echan chispas por los ojos y rayos por las manos. Lo último que me apetecía era arreglarme para ir a comer, pero pensé que no iba a detener mi vida porque*



*Álex hubiera decidido pasar una noche de pasión con una francesa buscona. Miré mi móvil, ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Eso fue todo lo que necesité para entender que no le debía nada, si él podía hacer lo que quisiera, yo también.*

*Busqué en mi móvil una canción que me acompañara para elegir modelito y una vez más Sabina puso la banda sonora a mi vida. La canción que el cantautor andaluz le había escrito a una ficticia María me envalentonó y me dio fuerzas.*

No pido perdón  
¿Para qué? Si me va a perdonar  
Porque ya no le importa  
Siempre tuvo la frente muy alta  
La lengua muy larga  
Y la falda muy corta.

*Me puse una minifalda que estaba en mi armario desde que cumplí los dieciocho años y que ya en aquella época se me antojaba demasiado corta y una blusa a la que dejé un botón abierto más de la cuenta. Me calcé unas cuñas y me maquillé con esmero. Asentí satisfecha con mi imagen en el espejo, si Álex quería jugar, juego es lo que tendría.*

*Cuando llegué ya había varias personas charlando en la puerta del restaurante. No soy una mujer especialmente vanidosa, pero reconozco una mirada de reconocimiento cuando la veo, y aquella mañana me llevé varias. Hugo me miraba como si fuera la primera vez que me veía de verdad y decidí aprovecharme de eso. Me fui directa hacia él y, tras dos sonoros besos en las mejillas, me puse a tontear con él. Hugo no estaba mal, no era apuesto de una forma elegante como Álex, era más bien del tipo guapo-poligonero, pero me valía igual. Tenía unos brazos musculosos que se dejaban ver bajo una camisa demasiado ceñida y un pelo excesivamente engominado, además de un pendiente en uno de sus lóbulos, pero no me importaba, necesitaba una distracción y él era perfecto. Elisa llegó poco después de mí y me hizo señas para que habláramos aparte.*

*---Alba, mi hermano me ha llamado, no sabes cómo siente lo que pasó*

ayer. Él...

*La corté con un gesto de la mano.*

---No tienes que disculparte en su nombre, Elisa. La verdad es que nunca dijimos que fuéramos exclusivos.

*Vi como sus ojos se abrían y su mandíbula descendía dándole un aspecto que hubiera sido cómico en otras circunstancias.*

---¿Cómo dices? ---preguntó con un hilo de voz.

---Sí, Álex y yo tenemos una relación abierta, nunca hablamos de que tuviéramos que dedicarnos en exclusiva.

---Pero yo creí que...

---Pues creíste mal.

*No le di tiempo a responder y me di media vuelta. Sabía que si me quedaba mucho tiempo a su lado toda la confianza que había conseguido reunir desaparecería para no volver nunca más, y no quería que me viera indefensa de nuevo.*

*Cuando pasamos al comedor cogí a Hugo del brazo e hice que nos sentáramos lo más lejos posible de Elisa que no me quitaba ojo de encima y me miraba de soslayo cada dos por tres. Yo hice una actuación digna de un Goya a la mejor actriz revelación, había caídas de ojos, batir de pestañas y jugar con mi pelo como una idiota. Esa no era yo y lo sabía, pero en ese momento ser yo misma era lo último que necesitaba.*

*Cuando me reí del enésimo chiste sin gracia que me contaba Hugo, Elisa se puso en pie y salió del restaurante teléfono en mano. La coraza que me había creado estaba aguantando sin resquebrajarse ni un ápice, era como esas pinturas de guerra que usan algunas tribus amazónicas para asustar a sus enemigos; solo que en este caso el enemigo al que me enfrentaba era yo misma.*

*Cuando llegamos al postre yo ya había bebido más tinto de la cuenta, y eso que siempre soy muy responsable con la bebida. O tal vez era la otra yo, la que tenía una relación estable con un guapo abogado, la Alba de la*

*relación abierta no tenía tantas inhibiciones. A la hora de volver a casa, Hugo se ofreció para acompañarme a mi piso, y aunque yo sabía que lo hacía con doble intención, no estaba en estado como para negarme a que lo hiciera.*

*Amina vino en mi ayuda y, tras intercambiar unas palabras bastante duras con Hugo, de las que yo solo fui vagamente consciente, me cogió del brazo y me metió en un taxi rumbo a mi casa. Antes de cerrar la puerta trasera me dirigió una mirada cargada de pena y negó con la cabeza. Amina se había sentado al lado de Elisa y las había visto hablar durante toda la comida. ¿Ella también estaría al corriente de toda la historia? ¿Conocería a Chloé? Por un lado me sentía humillada por todo lo que había pasado, pero por otro reconozco que me había divertido, o eso pensaba con la cabeza embotada por los vapores del vino.*

*Al llegar a mi piso me quité los zapatos y me eché a dormir sin ni siquiera molestarme en cambiarme de ropa.*

*Unos golpes monstruosos en la puerta me sacaron de mi inconsciencia. Sonaba como si alguien quisiera tirar la puerta abajo usando un ariete de asalto de la Guardia Civil. Al mirar por la ventana vi que el sol ya se había puesto y me había pasado toda la tarde durmiendo la mona. Me tambaleé hasta la puerta y cuando la abrí no pude disimular mi sorpresa.*

*Álex estaba plantado en mi umbral mirándome con furia.*

*---¿Qué es eso de que tenemos una relación abierta? ¿Desde cuándo? ---vociferó en medio del pasillo sin siquiera molestarse en saludar.*

*Sus gritos resonaron en mi mente resacosa como un martillo pilón abriendo una calle en canal. No esperó mi respuesta y entró en mi piso mientras yo seguía sujetando el pomo de la puerta. Entonces recordé sus ojos culpables y la mano de Chloé apagando el teléfono y toda la rabia que llevaba veinticuatro horas acumulando salió como el agua de una presa que se ha roto.*

*---¿Desde cuándo? ---pregunté con sorna---. Supongo que habría que*

*preguntárselo a nuestra querida Chloé, que por lo visto sabe más cosas de ti que yo misma.*

*---¿Qué tiene que ver Chloé en esto?*

*---No sé, ¿qué hacía en Londres? ¿Por qué habló de un hotel cuando se supone que estabas con tu tío? ¿Por qué no llamaste después? ¿Y qué era esa mirada de culpabilidad?*

*Solté todo como una metralleta, las palabras me quemaban y sabía que algunas habían hecho blanco pues la cara de Álex en esos momentos era un poema. Había cientos de emociones que pasaban por su rostro, pero me costó identificar claramente alguna. Levanté un dedo imperiosa, parando momentáneamente la conversación, y fui al cuarto de baño a por otro ibuprofeno. Al menos la resaca había borrado por el momento las agujetas que tenía en las piernas.*

*Cuando volví al salón le hice un gesto impaciente, esperaba respuesta y si no podía dármelas más valía que se marchara por donde había venido. Me miró dolido, pero yo no me amilané ni lo más mínimo.*

*---Chloé no significa nada para mí, es solo una amiga.*

*---¿Y qué hacía en Londres?*

*---Vino porque yo se lo pedí ---acabó por confesar en voz baja.*

*¡Paf! Un bofetón de realidad en toda la cara fue lo que sentí cuando pronunció aquellas palabras.*

*---¡Sal de mi casa!*

*---No hasta que me expliques qué es eso de la relación abierta y quién cojones es ese tal Hugo.*

*No lo había oído nunca decir tacos y me sorprendió un poco. Estaba rojo de ira y una vena había comenzado a palpar en su frente.*

*---No lo sé, invitar a una belleza francesa a pasar unos días en Londres mientras tu novia se queda en España y mentirle al respecto no da la impresión de ser una relación exclusiva precisamente. Y Hugo es un buen amigo, además de que está muy bueno ---añadí maliciosamente.*

*Sus ojos centellearon con rabia y se mordió el labio para no responder, pero yo estaba lanzada. No sé si fue el alcohol remanente en mi cuerpo, el ibuprofeno o la propia rabia que yo también acumulaba desde la noche anterior, pero no pensaba dejar que viera el miedo que sentía en ese momento.*

*--- ¡Que ya te he dicho que Chloé es solo una amiga!*

*--- ¿Y por qué la invitaste?*

*--- Porque necesitaba su ayuda para una cosa.*

*--- ¿No podía ayudarte Elisa?*

*--- Con esto no. --- Miraba al suelo ocultando sus ojos de los míos. A pesar de estar azorado parecía sincero.*

*--- ¿Qué hacíais en un hotel? --- No pensaba ceder ni un ápice.*

*--- Mi tío se ha ido de viaje a Estados Unidos y aunque me deja su casa me parecía demasiado osado por mi parte invitar a Chloé a su casa si él no estaba presente. Además de que quería evitar justamente esta conversación.*

*--- Querías quedar con ella en un hotel, pero no querías que me enterara, ¿es eso?*

*--- No saques mis palabras de contexto, por favor.*

*Parecía dolido de verdad, y reconozco que empecé a ablandarme ante sus ojos suplicantes.*

*--- ¿Por qué no llamaste en todo el día?*

*--- Chloé cogió mi móvil y lo escondió en su escote.*

*No pude evitarlo y arqueé una ceja irónica.*

*--- Y como has podido comprobar, no hice nada por tratar de recuperarlo.*

*Se acercó, la vena de su cuello se había calmado pero seguía agitado. Me cogió las manos y yo quise apartarlas, pero su tacto era magnético y parecía que se habían quedado pegadas a las suyas.*

*--- No significa nada, Alba. Na-da.*

*Me lo repitió como si yo fuera una niña que no presta suficiente atención en clase y él fuera un profesor entregado a sus alumnos.*

---Esta mañana cuando al fin he conseguido recuperar mi móvil, tenía un mensaje de Elisa diciendo que nuestra relación era abierta y que estabas ligando con un borrego de extrarradio. Así que he reservado el primer vuelo que llegaba a Madrid y he venido directo.

Lo del extrarradio me molestó un poco, es verdad que Hugo no era precisamente un chico con clase, pero eso podría decirse también de mí. Por otro lado, el hecho de plantarse en mi puerta solo porque su hermana le había llamado significaba que lo nuestro aún le importaba. O eso quería creer con todas mis fuerzas.

---Di algo, lo que sea.

---No me cae bien Chloé.

---Eso ya lo veo.

---No, no lo ves. La odio con toda mi alma, es una sensación que no he sentido nunca, de hecho, pensé que yo no podría odiar a nadie, pero ella saca lo peor de mí. Es preciosa, es inteligente, te conoce de toda la vida y quiere meterte en su cama.

Álex sonrió divertido.

---¿Te hace gracia? ---pregunté enfadada.

---Un poco sí. Chloé lleva siendo así desde que tengo uso de razón, y claro que cuando era adolescente me colé por ella, pero en cuanto crecimos me di cuenta de que ella no era para mí. No debes odiarla, no merece la pena que emplees tanto esfuerzo en ella, para mí es solo una amiga.

---Pues búscate otras. Eres guapo y rico, no debería ser difícil.

Sonrió de nuevo. Si seguía haciéndolo me iba a desarmar por completo y no me apetecía darle ese poder.

---¿Y qué pasa con Hugo?

---Nada, es solo un amigo por el que me colé siendo adolescente pero que ya no significa nada para mí ---dije parafraseando sus palabras.

Apretó involuntariamente la mandíbula.

---¿Nada más?

---No, nunca ha pasado nada entre nosotros.

---¿Porque Amina ha intervenido porque el baboso ese estaba dispuesto a venir a tu casa sabiendo que ibas bastante borracha!

---Es solo un amigo que quería echarme una mano. ---Crucé los brazos delante del pecho. El momento de calma había terminado y volvíamos a medirnos con las palabras y con los gestos.

---¿Quieres tener una relación abierta, Alba?

Pronunció mi nombre como un velo de terciopelo, como una caricia sobre mi piel, como un sol de amanecer. Yo me quedé en silencio midiendo mis palabras. Sabía que tenía el poder de decidir el rumbo de nuestra relación, si decía que sí seguramente nada volvería a ser como antes y yo debería ser la Alba del restaurante. Hizo un ligero gesto con la cabeza dándome pie a hablar y tras un largo suspiro respondí.

---No.

Tenía preparado un pequeño discurso que había elaborado durante esos segundos en mi cabeza, pero no me dejó que lo pusiera en práctica. Su boca se pegó a la mía y su lengua buscó con urgencia dentro de mi boca. Al cabo de unos segundos que me supieron a poco, se separó y pegó su frente a la mía.

---Gracias, Alba, mi vida, gracias. Pensar que esta es la segunda vez que casi te pierdo.

Creo que lo dijo más para él que para que yo lo oyera, pues fue solo un susurro. Bajo su camisa noté como temblaba y entonces hizo algo que no estaba en mis planes: se puso a llorar.

Primero fue un sollozo silencioso, pero poco a poco fue ganando intensidad. Yo me quedé abrazándolo, acariciando su espalda como se hace con un niño que se ha raspado una rodilla al caerse del columpio. No dije nada, simplemente dejé que se desahogara. Cuando comenzó a calmarse se separó unos centímetros de mí y me miró a los ojos.

---Te quiero, Alba Morales, con toda mi vida te quiero.

*Y volvió a besarme. Esta vez fue un beso ansioso, desbocado y yo le correspondí de la misma manera. De repente me daba cuenta de que todo podía haberse terminado. Aún tenía preguntas, y supongo que él también se estaba guardando cosas, pero en ese momento pasaban a segundo plano.*

*---Yo también te quiero ---dije sin apenas separar mis labios de los suyos.*

*Sus besos se volvieron más profundos y sus manos dejaron de acariciarme la espalda para buscar debajo de mi falda. Yo le quité la camisa casi arrancando los botones y la tiré al suelo, a nuestros pies. Él me cogió en brazos y me puso encima de la mesa, me reí sin poder evitarlo, siempre había fantaseado con hacerlo encima de una mesa, pero creí que era una de esas cosas que nunca llegan a suceder.*

*Me recostó sobre la mesa mientras me bajaba las bragas y me subía la falda, no iba a perder el tiempo en quitármela. Recorrió mis piernas regándolas con besos. Pasó por la pantorrilla, por el hueco de la rodilla y subió lentamente por mis muslos. Cada beso era a la vez el paraíso y una tortura. Llegó hasta mi sexo y comenzó a lamerme suavemente, yo gemía, pero cuando trataba de incorporarme él me devolvía a mi posición. Mordisqueó con suavidad mi clitoris y pensé que me moriría ahí mismo. Lo intuí sonreír. Mientras seguía lamiendo y mordisqueando introdujo dos dedos dentro de mi sexo y yo respondí arqueando la espalda y ahogando un gemido. Comenzó a mover los dedos suavemente dentro de mí y yo notaba como el deseo se acumulaba dentro de mi cuerpo hasta que explotó acompañado de una serie de contracciones musculares.*

*Yo tenía la frente perlada de sudor y me sentía agotada, pero él no había terminado. Volvió a la carga mordiendo, succionando y lamiendo mis muslos y mi sexo. Cuando separó su boca me sentí frustrada durante un momento hasta que la sentí contra la mía, su lengua exploraba con frenesí mi boca y yo notaba que me estaba derritiendo por dentro. A tientas traté de desabrocharle los pantalones, pero finalmente fue él quien se los quitó y los*



*dejó en el suelo junto a mi ropa interior.*

*Y allí encima de la mesa de la cocina, tras una terrible pelea, me penetró con furia. Nos habíamos hecho daño con nuestras palabras y nuestros actos en el último día y esta era nuestra penitencia. Sus embestidas eran cada vez más salvajes y yo le arañaba la espalda mientras jadeaba su nombre. Cuando el orgasmo llegó sentí una corriente eléctrica que abrasó mis entrañas, y cuando vio que yo estaba lista él se dejó ir. Nos quedamos abrazados y sudorosos sobre la mesa de formica esperando a que nuestra respiración se calmara. Cuando nuestros cuerpos se relajaron y la respiración fue acompasada, me tomó en brazos y me llevó a la cama. Nos quedamos abrazados, pero yo estaba tan cansada de estar enfadada con él, luego borracha, enfadada de nuevo y luego saciada, que me dormí a los pocos minutos. Lo último que vi antes de perderme en el mundo de los sueños fueron unos ojos verdes con motas doradas que sonreían y me miraban como si yo fuera la única mujer en el mundo.*

## Capítulo 13

La rutina volvió a instalarse en la vida de Alba durante unos días. Se levantaba, se daba una ducha, iba al trabajo y volvía a casa. En sus días libres se quedaba en casa, parecía que le había cogido alergia al contacto con cualquier otro ser humano. En el trabajo, sus compañeros eran condescendientes con ella, todos estaban al corriente de la muerte de Álex y procuraban quitarle trabajo a Alba. Eso por un lado la enfurecía, pues no era una inválida que hubiera que llevar entre algodones, pero por otro lado agradecía pues, desde que Álex se fue para siempre, un cansancio incesante se había instalado dentro de ella.

No había vuelto a hablar con su madre desde que tuvieron el altercado en su piso, a pesar de que su padre la había llamado un par de veces y había tanteado el terreno. Al darse cuenta de que todavía era pronto, no insistió y dejó que las heridas de una y otra se curaran de forma natural.

La caja de palisandro ya no la intimidaba, se había convertido en un elemento decorativo más del salón y un día, incluso, se permitió ponerle un jarrón con flores encima durante unos minutos, pasados los cuales se arrepintió de mancillar una reliquia de tan enorme valor y se llevó el jarrón a la mesa de la cocina. Su contenido la intrigaba, pero sabía en el fondo de su corazón que aún no estaba preparada para abrirla y enfrentarse a este.

Seguía escribiendo de manera compulsiva todo lo que recordaba de sus meses con Álex, no quería dejar que ninguno de sus recuerdos fuera borrado por la mano inclemente del olvido. Le había salido un pequeño callo en el dedo meñique de la mano derecha de arrastrarlo al escribir y se había acostumbrado a llevar siempre algún dedo manchado de tinta. Llegó un

momento en el que esas pequeñas manchas le parecían tan suyas que tenía la sensación de que siempre habían estado ahí.

Una noche, cuando se disponía a comerse una pizza delante del ordenador, recibió una llamada de un número desconocido. Hubiera querido dejar que el teléfono sonara hasta que saltara el contestador, pero para su fastidio no había contestador en su móvil, con lo que si no respondía la llamada se perdería. Nunca había sido una mujer curiosa y en otras circunstancias ni se le hubiera pasado por la cabeza responder, pero una especie de fuerza de atracción guió su dedo hacia el icono verde de la pantalla.

---¿Dígame?

---¿Alba? ---La voz le sonaba, pero con una sola palabra era difícil encontrarle un dueño.

---Sí, soy yo.

---Soy Chloé.

El silencio se hizo en la línea de ambos lados del teléfono. Alba se quedó muda de puro asombro y Chloé se planteaba en ese mismo instantes si esa llamada no era una completa estupidez. Al final suspiró y, aunque Alba no podía verla, asintió con la cabeza en un gesto que pretendía darse fuerzas para continuar lo que tenía que decir.

---Me gustaría hablar contigo, hay cosas que quiero contarte.

Alba cada vez estaba más sorprendida. Chloé, su archienemiga Chloé, la mujer a la que odió con todas sus fuerzas y a la que quería evitar por encima de todas las cosas, le estaba pidiendo que se vieran. Por la voz parecía algo serio y Alba acabó aceptando. Quedaron en verse al día siguiente en una cafetería cerca de Gran Vía cuando Alba saliera del trabajo. Con un suave *au revoir* la comunicación se cortó.

La pizza se había quedado fría, pero a Alba le dio igual, tenía demasiadas cosas en las que pensar en ese momento. Que Chloé quisiera quedar con ella la llenaba de intranquilidad, era una tontería, pero seguía sintiéndose intimidada por ella. En el mismo instante en el que aceptó la invitación se

arrepintió de haberlo hecho, pero una parte de ella, una pequeña y rebelde parte, quería enfrentarse cara a cara a la francesa.

Cuando llegó al café, Chloé ya la estaba esperando en una mesa cerca del ventanal para poder ver a los paseantes que disfrutaban de la ciudad. No se dieron dos besos, las dos sabían que no tendría sentido aparentar una amistad que ninguna de ellas sentía y Alba se sentó directamente delante de la mujer. Chloé parecía desmejorada, iba menos maquillada que de costumbre e incluso su rubísimo pelo parecía deslustrado.

---Gracias por haber accedido a verme. La verdad es que cuando te llamé estaba casi segura de que me ibas a mandar a paseo, reconozco que nuestra relación no ha sido fácil.

«Sonó sincera, o era una actriz maravillosa», se dijo Alba. Sonrió tímidamente y casi podría decirse que estaba algo avergonzada por cómo habían sido las cosas entre ellas. Alba no sabía qué decir, es verdad que habían tenido una relación complicada desde el principio, pero estaba segura de que no había sido culpa suya.

---Sentí curiosidad ---admitió al fin.

---Si te he llamado es por Álex, yo... ---Su voz se quebró, pero con un movimiento de cabeza se recompuso---. Era mi amigo y ahora ya no está. Cuando murió pasé por un momento muy duro, no solo por haberlo perdido a él, sino porque me di cuenta de que la que llevaba perdida varios meses era yo. Me he portado fatal contigo y quiero que sepas que lo siento.

---Gracias por decirlo. No te lo tomes a mal, pero llegas un poco tarde.

---Lo sé, y me arrepiento.

Se quedaron en silencio evaluándose sin palabras. Chloé parecía una sombra de la mujer que Alba había conocido, parecía haber perdido toda su confianza. Alba por el contrario había ganado en madurez al haber perdido una parte de ella misma.

---Te voy a ser sincera, me gustaba Álex. Bueno, yo creía que me gustaba, pero en verdad solo me interesaba porque pasaba de mí. No me

malinterpretes, pero eso es algo que no me había pasado nunca, así que me propuse conquistarlo costara lo que costara. Te aseguro que hice todo lo que estuvo en mi mano, todos mis trucos de seducción desde los escotes imposibles hasta darle masajes con el pretexto de que estaba tenso.

Alba soltó un bufido que cortó la conversación en seco.

---¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Para hacerme aún más daño?

Chloé abrió los ojos en un gesto de sorpresa que pronto mutó en otro de dolor.

---No, no quiero herirte, al contrario. Todo lo que hice para llevarme a Álex a la cama fue infructuoso.

Alba no pudo contener una ligerísima sonrisa.

---Cuando me enteré que estaba en Londres no perdí ni un momento y reservé un vuelo para vernos a varios países de distancia de ti. Pensé que si tú no estabas cerca sería más fácil que cayera en mis brazos, pero me equivoqué. Ni siquiera me miró más de lo necesario, solo me devolvió la llamada porque necesitaba mi consejo para el regalo que quería comprarte, y ahí supe que no tenía nada que hacer. Cuando me llevó precisamente a esa tienda y me pidió que le echara una mano supe que jamás sería mío, bueno, en verdad supe que jamás sería de otra que no fueras tú. Pero me costó reconocer la derrota, por eso aquella videollamada tan poco afortunada.

Alba no daba crédito a lo que oía, Chloé se estaba disculpando y lo más curioso era que había sonado sincera. Una punzada de dolor le atravesó el corazón cuando pensó en aquella noche en la que casi mandó todo al traste por culpa de aquella llamada.

---Nunca... ---comenzó vacilante---. ¿Nunca pasó nada entre vosotros?

---No, y te aseguro que yo insistí bastante. ---Sonrió como disculpándose y Alba no pudo evitar devolverle esa sonrisa---. Lo siento, me porté fatal contigo, no supe ver lo que Álex sentía realmente por ti. Espero que algún día puedas perdonarme, créeme si te digo que no lo hice a mala fe, simplemente no me gusta perder.

---Ya está olvidado ---mintió Alba que comenzaba a sentirse un poco incómoda y quería salir de ahí lo antes posible.

---Por cierto, ¿qué te pareció el regalo? ---preguntó con un brillo renovado en sus claros ojos azules.

---No, no llegó a dármelo.

---¿Cómo? Pero yo creía que... A lo mejor cambió de idea... No, seguro que no... La caja, debe ser eso.

Chloé estaba hablando más para ella que para mantener una verdadera conversación con Alba, era como si su cerebro estuviera trabajando a marchas forzadas tratando de buscar una explicación a algo aparentemente inexplicable. Al cabo de unos segundos de murmuraciones inteligibles, miró a Alba muy seria a los ojos.

---Está en la caja.

Esa afirmación sorprendió a Alba que no sabía que el contenido del testamento de Álex fuera de dominio público.

---No la he abierto aún ---acabó reconociendo.

Chloé se quedó de piedra.

---Debes abrirla, el regalo está dentro y confío en que te guste. No es lo que yo hubiera elegido para mí, pero creo que para ti será perfecto. ---Una sonrisa pícaro le iluminaba la cara y Alba debía reconocer que, a pesar de ir apenas maquillada, nunca la había visto tan bonita.

---No puedo abrir la caja todavía, estoy esperando... Bueno, no sé lo que espero, la verdad, pero sé que aún no es el momento.

---Esperas una llamada del Más Allá dándote permiso o algo así.

---No, no es eso... No sé cuándo será, pero sé que lo sabré cuando aparezca, que el momento de dejar ir a Álex ha llegado.

Asintió como si la entendiera sabiendo que ella misma estaba hecha un auténtico lío. La francesa sonrió y dejó al descubierto una ristra de perlas blanquísimas, estiró el brazo por encima de la mesa y le apoyó gentilmente una mano sobre la suya. El gesto desconcertó a Alba durante un instante.

---Sé que empezamos con mal pie.

---Eso es un eufemismo ---la cortó Alba aunque luego añadió una sonrisa pues no quería sonar demasiado brusca.

---Tienes razón, empezamos fatal, y luego yo no hice nada para mejorar las cosas. De hecho hice todo lo posible para empeorarlas sabiendo que no te merecías que te hiciera daño a propósito, pero ahora he cambiado. Esta pérdida me ha ayudado a ver la vida de otra manera, a entender que nuestro tiempo aquí es finito y que no quiero que se me recuerde por ser solo la chica más guapa de la fiesta. Quiero hacer algo bueno, he pensado montar una fundación con el nombre de Álex. Tengo varios amigos que podrían hacer donaciones y me he puesto en contacto con algunos abogados que conozco. La idea es dar cobertura legal a gente sin recursos, ayudarles con trámites simples como hacer un testamento o redactar los estatutos de una asociación hasta casos más complicados. De momento la idea está en pañales, pero quería saber si te parecía una buena idea.

Alba se quedó de piedra. Pero literalmente de piedra, si alguien hubiera tratado de moverla se hubiera dado cuenta de que pesaba varias toneladas y estaba constituida de granito macizo. Pestañeó varias veces tratando de contener las lágrimas y de digerir todo lo que Chloé acababa de decirle.

---Es... Es maravilloso ---admitió mientras le apretaba la mano con fuerza.

---¿No te parece pretencioso?

Negó con fuerza.

---No, me parece perfecto, en serio.

---¡Uf! Menos mal, estaba aterrada pensando que no te gustaría que montara la fundación en su nombre, pero necesito hacerlo, por él y por mí misma. Necesito algo bueno en lo que volcar mi increíble talento.

Sonrió encantada de su propio chiste.

---Gracias, estoy sin palabras, Chloé.

Hablaron un rato más y Alba trató de empaparse de todos los términos legales relativos a la fundación que Chloé manejaba sin problemas. Ella no

había conseguido enterarse ni de la mitad, pero veía que la joven estaba tratando de hacer algo bueno y que la memoria de Álex perduraría y le agradeció por ello.

Se despidieron delante del café y antes de que Alba se marchara, Chloé le dijo risueña.

---Cuando abras el regalo, llámame para decirme si te ha gustado.

---Cuenta con ello.

La francesa sonrió de nuevo y se perdió en el trajín humano de la Gran Vía. Alba no daba crédito a lo que había pasado, Chloé había pasado, en el tiempo de un café y una napolitana, de ser su archienemiga a convertirse en una aliada. Todavía no confiaba demasiado en ella, pero se daba cuenta de que la francesa estaba tratando de encauzar su vida. Alba sonrió, si Álex siguiera vivo seguramente seguirían enfrentadas lanzándose miradas rencorosas en fiestas de la alta sociedad y ahora sin embargo parecía que iban a ser socias de un proyecto con fines sociales. Es una pena que Álex no fuera capaz de ver este acercamiento, le hubiera encantado ver a su amiga de la infancia y a su novia sentadas en la misma mesa tomando café y charlando como buenas amigas.

*Álex tuvo que volver a Londres al día siguiente, pero solo se quedó tres días más allí. Cuando volvió a España él se daba cuenta de que estaba en terreno resbaladizo e iba con más tiento que antes. Era una sensación extraña, por un lado quería estar con él más que nada en este mundo pero por otro cada vez que se quedaba hasta tarde en el trabajo o que tenía una comida con un cliente yo pensaba que estaba con Chloé, y eso me ponía enferma. Me ponía enferma el pensar que estuviera con ella, pero también el sentirme así. ¡Yo no soy así! Es verdad que soy desconfiada por naturaleza, que me cuesta abrirme a los demás, pero una vez que se ganan mi confianza, esta ya es para siempre y sin fisuras. Si alguien es capaz de atravesar todas mis defensas y llegar al círculo interno de mis amigos puede dar por seguro que se ha ganado una amiga fiel para el resto de su vida. Por eso esta*



*situación me costaba afrontarla.*

*Pasó un mes desde «el incidente de Londres» como yo lo llamaba mentalmente y las aguas habían vuelto casi por completo a su cauce. Decidimos que necesitábamos un fin de semana para nosotros solos, lejos de la ciudad, de los amigos y del trabajo. Así que aprovechando el puente de Todos los Santos alquilamos una casa rural en Navacerrada, de esas que tienen chimenea de piedra, tejado de pizarra y espesas paredes de granito.*

*Cuando llegamos la casa era aún más bonita que en las fotos de la web. Una espesa enredadera cubría toda una pared de la fachada y un majestuoso balcón de piedra se erguía como un mirador en el piso superior. La vegetación había perdido sus suaves colores otoñales repletos de dorados y rojos y ahora los árboles mostraban sus ramas desnudas. Las coníferas que circundaban la casa se mostraban altivas, como si se rieran de la desnudez de los demás árboles mientras ellas aún conservaban su follaje.*

*Dimos paseos por el monte, comimos mucho y muy calórico e hicimos el amor delante de la chimenea. Pero sobre todo hablamos, hablamos de nosotros, de nuestro futuro, de las vacaciones de Navidad que aunque no lo pareciera estaban a la vuelta de la esquina y ¿cómo no? de Londres. Me lo explicó mil veces sumándose a las mil que ya me lo había explicado con anterioridad y yo le creía, hasta el momento no me había dado motivos para no hacerlo. Lo único es que el mero hecho de nombrar a Chloé me revolvía el estómago y me daban ganas de darle un puñetazo a la pared. Creo que él se daba cuenta y por eso evitaba en lo que podía nombrar a la francesa y solo aparecía en la conversación cuando era absolutamente inevitable.*

*Una de las noches estábamos acostados sobre la alfombra delante de la chimenea tras haber hecho el amor, lo sé, es un cliché, pero siempre he querido sentirme como las protagonistas de las películas y esto es algo que sale siempre en todas las películas románticas. Como decía, estábamos sobre la alfombra abrazados bajo una manta mirando las llamas que*

*saltaban y chisporroteaban danzarinas, cuando él me abrazó con mucha fuerza sin venir a cuento. Me quedé sorprendida, pues no fue un gesto suave o delicado, fue un abrazo rotundo que me cortó la respiración y que me hizo perderme en el aroma de su pecho contra el que me estrujaba. A los pocos segundos me soltó.*

*---Si te llegaba a perder no sé que hubiera hecho ---dijo en voz baja.*

*---No hablemos más de ello.*

*---Está bien, pero es que de verdad, te digo que no sé qué sería de mí. Tal vez presentara mi currículum a Leroy Merlin para así estar más cerca de ti. Solté una sonora carcajada, Alex no duraría ni una semana en un Leroy Merlin, sus manos son demasiado delicadas para ese tipo de trabajo. Decidí seguirle la broma.*

*---¿Ah sí? ¿En qué sección estarías?*

*---Jardinería, sin lugar a dudas. Ya has visto las rosas de mi madre que son espectaculares, pues bien, cuando era niño me obligaba a pasarme los domingos echándole una mano con sus plantas, así que sé un montón sobre esquejes, sustrato y ese tipo de cosas.*

*---Así me gusta, Catalina, preparando al chiquillo para el futuro laboral que le espera.*

*Esta vez fue el turno de Alex de soltar una ruidosa carcajada.*

*---¿Qué pensabas? ¿Qué solo me dedicaba a ir a fiestas de ricos?*

*---Pues sí, no te voy a engañar, esa es exactamente la imagen que tengo de tu niñez. Bueno, y aprendiendo equitación, esgrima y la forma correcta de utilizar los sesenta y dos cubiertos que los ricos os empeñáis en poner encima de la mesa para cada comida.*

*Volvió a reírse con esa risa que era como una brisa marina en un día de calor, me daba paz, alegría y ganas de vivir.*

*---No te olvides de la vela, es muy importante saber manejarse dentro de un velero, o en su defecto de un yate.*

*Seguimos un rato más soltando disparates abrazados al calor de la*

hoguera. Cuando el fuego comenzó a apagarse, se levantó para echar otro leño más, verlo desnudo encendió mi deseo. Era magnífico, las piernas bien torneadas, una espalda ancha y musculosa y unos glúteos definidos y duros. Estaba a punto de proponerle un poco de acción, pero al darse la vuelta y volver a mi lado algo en su gesto me hizo desechar esa idea.

---¿Eso te molesta?

Lo reconozco, de primeras no tenía ni idea de lo que me estaba hablando y creo que eso se me tuvo que notar porque no tardó en explicarse.

---Si algún día tenemos hijos, ¿te molestaría que fueran a equitación y a esgrima?

Eso sí que no me lo esperaba. Poco más de un mes antes habíamos tenido una pelea monumental, de esas que podrían salir en los libros de historia y ahora me estaba hablando de formar una familia. No me lo había planteado, claro que yo soy una persona muy metódica y me gusta tener las cosas controladas, pero con mi empleo y mi piso la idea de tener hijos no se me había ni pasado por la cabeza.

---No, no me molesta ---me las arreglé para decir al final---. Creo que si algún día tengo hijos me gustaría darles lo mejor, y el dinero ayuda a conseguir lo mejor.

---¿Pero?

---No quiero que se conviertan en unos esnobs que piensen que están por encima de los demás.

---¿Como yo?

Su mirada se tornó más oscura y hasta el dorado de sus iris pareció apagarse.

---No, no, de verdad, no me refiero a eso. Digo que en ocasiones los niños que crecen rodeados de dinero y teniendo acceso a todo no conocen el valor real de las cosas. He visto como tus amigos me miran y como cuchichean a mis espaldas porque yo no soy como vosotros, no he pasado los veranos en el extranjero, ni me regalaron mi primer coche al sacarme el

*carnet. Mi coche me lo pagué yo después de mucho trabajar y es de segunda mano porque no me pude permitir otra cosa. Quiero que tengan lo mejor, pero que también sepan que todo eso no es gratis y que no son mejores solo por tener más dinero que otras personas.*

*Se quedó callado, no sé si meditaba mis palabras o las digería pensando que eran una crítica hacia él. De repente tuve frío, me acurruqué contra Álex y sentí sus poderosos brazos rodeando mi cuerpo y rápidamente entré en calor. Me dio un beso en la cabeza y se quedó un rato aspirando el aroma de mi pelo. Al principio me parecía algo muy raro que hiciera eso, ahora era algo que me resultaba enternecedor.*

*---Tienes razón. Creo que deberíamos llevarlos a un colegio público, uno bueno, pero público. Así estarán en contacto con gente muy diversa, eso les dará perspectiva. Y como hemos sido muy sobrios con el colegio, podemos despilfarrar un poco más en las actividades extraescolares. El italiano es indispensable, no quiero que pierdan sus orígenes, y no decía en broma lo de aprender vela, navegar en verano es uno de los mayores placeres de la vida.*

*Me giré hacia él con los ojos encendidos, llenos de amor.*

*---Veo que lo tienes todo muy bien organizado, ¿sabes ya los nombres? --  
-pregunté risueña.*

*---No, aunque me gustaría que si tenemos una niña se llame Isabela, como la Nona. Pero claro, eso es algo que tenemos que decidir entre los dos. Me gustaría tener tres hijos, yo solo he tenido a mi hermana y la verdad es que echaba de menos algún hermano más para desempatar cuando nos peleábamos.*

*---¿Estás hablando en serio, Álex?*

*Lo miré directamente a los ojos, la conversación había comenzado como una broma, pero ahora estábamos entrando en un terreno muy serio. El hombre de mi vida estaba delante de mí diciéndome no solo que quería formar una familia conmigo, sino que por lo bien trazado que tenía el plan, es algo que llevaba rumiando ya cierto tiempo. Yo estaba sin palabras y,*

*aunque no eran pensamientos que hubiera tenido a menudo, entre sus brazos me pareció lo más normal del mundo.*

*---Creo que no he dicho nada más en serio en toda mi vida. Y soy abogado, sabemos mucho de temas serios. ---Trató de sacarme una sonrisa, pero yo estaba dándole vueltas a mil ideas en ese momento.*

*---Pero mi familia... No es como la tuya ---admití al final---. Tendrás que pasar domingos comiendo paella en el pequeño apartamento de mis padres, mi hermano te hará en Reyes un regalo de unos treinta euros como mucho y mi padre usará el mismo tenedor para todo. ¿Estás seguro de que eso es lo quieres?*

*---Más que nada, Alba. Te recuerdo que nadie sabe quién es mi abuelo, con lo que se podría decir que mi padre es un bastardo. Mi abuela, a pesar de tener buenas intenciones salvando a aquellos republicanos, estaba haciendo algo contrario a la ley, con lo que en sus tiempos jóvenes fue una delincuente. No somos precisamente una familia ejemplar.*

*Sonreí, él siempre conseguía arrancarme una sonrisa.*

*---Y viendo lo desastres que son nuestras familias, ¿no te asusta tener niños?*

*---Si es contigo, no hay nada que me pueda dar miedo.*

*Sonrió de oreja a oreja con esos dientes blanquísimos y las motas de sus ojos refulgieron como oro líquido. Me eché un sus brazos y comencé a besarlo. Ya que estábamos desnudos y delante de la chimenea no iba a dejar escapar la oportunidad de volver a hacer el amor encima de la alfombra.*

*Cuando volvimos a la capital yo me sentía más ligera, como si el aire de nuestro alrededor se hubiera hecho menos espeso. La oscuridad que había empañado mi corazón había desaparecido por completo y ahora únicamente sentía alegría y esperanza. Miraba a Alex por el rabillo del ojo mientras él conducía y en un par de ocasiones se le escapó una sonrisa que no fue capaz de disimular. ¿Él también estaría pensando en nuestra conversación delante de la chimenea? Este fin de semana nos había acercado de una forma que ni*

*yo misma hubiera sido capaz de imaginar.*

Y desafiando el oleaje Sin timón ni timonel

Por mis sueños va, ligero de equipaje Sobre un cascarón de nuez Mi corazón de viaje.

## Capítulo 14

Era sábado por la mañana y la casa se le estaba viniendo encima de puro tedio. No era capaz de concentrarse en lo que quería escribir, no tenía ganas de ponerse a limpiar y ni siquiera la lectura había sido capaz de despertarle alguna emoción esa mañana. Era una mañana de invierno, de esas con un cielo límpido y completamente azul, pero que auguran un día de frío que cala hasta los huesos.

Tras una hora dando vueltas por el piso como una leona enjaulada, se puso el abrigo y las botas y salió a la calle. El frío la recibió al abrir la puerta de la calle e hizo que inmediatamente sus mejillas se sonrosaran y su nariz comenzara con un incesante y molesto moqueo. Paseó con las manos dentro de los bolsillos del grueso abrigo de lana hasta que se encontró frente a una boca de metro. Se encogió de hombros y entró sin meditarlo demasiado en las entrañas de la tierra.

Emergió a la superficie cerca de una de las entradas del Retiro y sonrió para sí misma, a veces el destino nos sorprende con sus caprichos. Se detuvo frente a la verja de metal mirando el interior con añoranza, era la primera vez que vendría sola. Dio un paso y volvió a pararse, su mente le decía que entrara, que atravesara esa puerta pues solo se trataba de un parque; pero su corazón, más inteligente que su cabeza en algunas ocasiones, le decía que ese rectángulo de verdor en el gris pavimento de la ciudad era mucho más para ella que un simple parque. Tras varios minutos que se le antojaron muy largos, recogió todo el coraje que le quedaba y se adentró en el parque.

Un viento helado le cubrió la piel y tuvo la sensación de que minúsculos cristales se le clavaban en la cara. Se levantó el cuello del abrigo tratando de

protegerse de las inclemencias del frío, pero por otro lado le gustaba la sensación vigorizante que sentía.

Lo había conseguido, había entrado en su santuario sin Álex y por lo menos había sobrevivido durante los primeros metros. En algunos momentos su imaginación febril le gastaba malas pasadas y se imaginaba a sí misma ardiendo al atravesar esa puerta sola, pero no fue así. Al menos no fue tan espectacular, aunque sí que es verdad que una parte de ella misma se había negado a cruzar esa puerta y seguía esperando de pie en la acera.

No sabía si era por culpa del invierno y su frío polar que azotaba el país, pero el parque le pareció un sitio infinitamente triste. Apenas había familias, y solo unos pocos aguerridos corredores se habían decidido a salir en esta fría mañana y hasta las barcas del estanque estaban recogidas y guardadas a cubierto. Casi podía decir que estaba sola en el parque, pues sus pasos apenas producían ruidos sobre los caminos de tierra.

Pensó en todo lo que había ocurrido en poco más de un mes: había perdido al amor de su vida, había heredado algo de un difunto por primera vez en su vida, había hecho las paces con Chloé y se había cabreado con su madre. Tantas emociones, tantos sentimientos se agolpaban dentro de ella que por un momento le faltó el aire. Pensó en sentarse en un banco a mirar el estanque, pero era una visión demasiado desoladora como para contemplarla durante largo rato. Prefirió continuar su paseo bajo los troncos desnudos y los setos deslustrados.

El mundo era más oscuro sin Álex, ¿o era simplemente el invierno? Sus pasos la condujeron hasta el palacio de cristal, una construcción que parece sacada directamente de un cuento de hadas. Recordaba una tarde de primavera en la que Álex se empeñó en hacerle fotos dentro del palacio al estilo de las blogueras de moda. Se trajo su cámara, su trípode y la guió en una sesión digna de la próxima portada de la revista Vogue. Ella se sintió muy cohibida al principio, ni siquiera se tenía por una chica bonita, con lo que ponerse a posar delante de una cámara fue un reto para ella, pero Álex supo darle la confianza



necesaria para disfrutar de aquella tarde y sentirse más a gusto consigo misma.

Ahora veía esa magnífica construcción de cristal y hierro y le recordaba a la Torre de Marfil de *La Historia Interminable* cuando se estaba desmoronando. Los cristales estaban sucios y había marcas de barro en el interior del recinto, no parecía el palacio del rey de las hadas visto así.

Por un extraño impulso se sentó en el suelo con la espalda apoyada en una de las paredes y, sin saber ni siquiera cómo, se puso a llorar. Goterones salados le recorrían las mejillas hasta que un guardia de seguridad vino a pedirle que se levantara, al ver el estado en el que se encontraba hizo una mueca de sorpresa y Alba se puso a reír de manera histérica. Sus carcajadas resonaban dentro del espacio acristalado tanto como antes lo habían hecho sus sollozos. El guardia se marchó de su lado, pero no le quitaba el ojo de encima pensando que podía ser peligrosa. Alba se dijo que tenía que visitar a un psicólogo, pasar del llanto a la risa en el espacio de un aleteo de colibrí decidía mucho de su estado mental actual.

Llegó hasta una explanada en la que unos valientes en chándal realizaban al unísono posturas de taichi inmunes al frío matinal. Alba los miró hipnotizada por el movimiento sincronizado y era incapaz de apartar sus ojos del grupo. Los gestos armoniosos y fluidos le hacían pensar en las olas mar contra la orilla. Estaba tan fascinada que no se dio cuenta de que alguien se le acercó y le dijo suavemente.

---¿Quiere probar, señorita?

Un hombre de entre sesenta y setenta años de edad la miraba detrás de unos cristales bifocales que le agrandaban desmesuradamente los ojos. Alba dio un respingo involuntario al sentirse sobresaltada por el extraño y trató de recomponerse antes de contestar.

---No... Yo... No, no se me dan bien los deportes.

El hombre le regaló una sonrisa bonachona.

---Entonces está usted de suerte, el taichi no es un deporte, es una filosofía de vida. Venga, no pierde nada por probar.

---No voy vestida de forma adecuada. ---Se miró las botas de piel y los pantalones vaqueros que llevaba, así como un jersey negro de cuello vuelto.

El hombre, por lo visto, era inmune a sus excusas.

---Algunas posturas no podrá hacerlas, pero globalmente podrá seguir la clase.

Ella se quedó en silencio unos instantes.

---¿Me permite una indiscreción, señorita? ---Alba asintió expectante---. Creo que lo necesita, no para poner en forma su cuerpo, sino para poner en forma su alma.

¿Tan evidente era que hasta un extraño se daba cuenta?, pensó Alba mientras sonreía al anciano y lo acompañaba al grupo. Dejó el abrigo en un montón junto con las pertenencias de los demás miembros de la clase y trató de seguir el fluido movimiento como pudo. Se dio cuenta de que no se le daba nada mal y eso la hizo sonreír, además de que la cadencia pausada de la respiración la ayudó a serenarse. Al terminar la clase sintió una gran paz consigo misma y con el mundo, con ese con el que estaba tan cabreada poco antes por haberle arrebatado tantas cosas.

Le dio las gracias a Simón, que así se llamaba el anciano, y apuntó el número de la asociación de taichi en el móvil. No era amante de los gimnasios, que le parecían fríos e impersonales, y tampoco se le habían dado bien los deportes colectivos, pero aquí, en medio de un grupo de desconocidos en mitad del parque se sintió de maravilla. Todos los años apuntaba hacer deporte como uno de sus propósitos de año nuevo, tal vez ya iba siendo hora de cumplir lo que se proponía.

El camino de vuelta a casa fue tranquilo, ni siquiera necesitó ponerse música para que el tiempo dentro del metro pasara más deprisa. Lo más crudo del invierno ya había pasado, la primavera iba a volver de un momento a otro, y tal vez también volviera a su corazón.

*¿Sabéis eso que dicen de que cuándo uno es feliz el tiempo pasa sin que te des cuenta? Pues es completamente cierto, noviembre pasó en lo que se*

*tarda en descorchar una botella de vino y antes de darnos cuenta los comercios ya aparecían engalanados con adornos navideños. Rojo y dorado, blanco y azul, así como abetos y luces centelleantes llenaban las calles madrileñas. La proximidad de las fiestas era palpable y todo el mundo se había contagiado de esa alegría festiva.*

*Me pasé literalmente horas enteras visitando tiendas buscando el regalo ideal para Álex, nada me parecía lo suficientemente bueno. ¿Qué puede aspirar a tener alguien que puede permitirse cualquier cosa? Estuve tentada de hacerle unos carteles de esos de «vale por una cita romántica», «vale por una película de Kurosawa» y cosas así, pero deseché la idea por cutre.*

*Era la enésima vez que oía esa semana el Last Christmas de George Michael y, aunque la canción me encantaba, se me estaba empezando a atragantar a fuerza de escucharla todo el tiempo. Una solícita dependienta de la sección de caballero de unos grandes almacenes se me acercó para ofrecerme su ayuda, pero renuncié a ella de forma educada, no pensaba que una corbata fuera el regalo ideal para Álex. Pasé por la planta baja dispuesta a salir del establecimiento cuando algo hizo que me parara en seco: la sección de música. De repente, una bombilla se encendió con tanta fuerza dentro de mi cabeza que me obligó a parpadear aturdida, no sabía si encontraría el regalo perfecto, pero desde luego ya sabía dónde lo iba a buscar.*

*Esa era la primera Navidad que pasábamos juntos y repartirnos las fechas fue un momento muy importante para nosotros. Al final decidimos que haríamos como Salomón y repartiríamos las fiestas entre las dos familias: Nochebuena con mis padres y Navidad con los de Álex. Villancicos, cotillones y bolas de colores llenaban cada rincón de la ciudad, incluido el apartamento de Álex en el que pasamos una tarde montando el árbol mientras sonaban de fondo villancicos rocieros.*

*La Nochebuena llegó y nuestro invitado apareció en la puerta del piso de mis padres con puntualidad británica. Llevaba una botella de vino bajo*

*el brazo y un ramo de flores para mi madre que le hicieron mutar su gesto de desagrado a una agradable sonrisa. Mis padres tienen un piso de protección oficial en Leganés del que no se han movido en los últimos cuarenta años. Las fotos de mi comunión y la de mi hermano tenían un lugar de honor en la pared del salón, así como una ampliación de la foto de boda de mis padres. Los muebles eran los mismos que se compraron al casarse y, salvo la tapicería de los sofás que la habían cambiado unos años antes, la habitación parecía directamente sacada de un capítulo de Cuéntame. Un nacimiento, regalo de mis abuelos a mi madre cuando cumplió los veinte años, se encontraba encima de una mesita auxiliar y era tratado con reverencia por todos los miembros de la familia. Si algo le hubiera pasado a alguna de esas piezas, mi madre hubiera sufrido un infarto ahí mismo.*

*Sentí una punzada de vergüenza al ver a Álex con su impecable esmoquin sentado en uno de los sofás hablando con mi padre que se había puesto su mejor camisa para la ocasión y una corbata que le regaló Gonzalo por el día del padre al menos diez años antes. Pensé que Álex se sentiría incómodo lejos de los lujos a los que suele estar acostumbrado y sin embargo estaba, una vez más, moviéndose como pez en el agua. Habló de fútbol con mi padre, que apreció sobremanera que fuera socio del Real Madrid, y se ofreció a echarle una mano a mi madre con los preparativos de la cena, pero solo consiguió que lo echaran de malos modos de la cocina.*

*Cuando sonó el timbre y Gonzalo y Paula llegaron, sonreí de pura alegría, sabía que mi hermano y Álex habían hecho muy buenas migas y que Paula le caía fenomenal también. Gonzalo llevaba un gorro de Papá Noel y se había traído la guitarra y Paula adornaba su cabeza con una diadema con cuernos de reno. Nos tendió gorros y diademas a Álex y a mí para no ser ellos los únicos disfrazados en esa noche. A las nueve y media en punto mi madre salió de la cocina como un torbellino y encendió sin ceremonias la televisión.*

*---Ssshhh ---nos indicaba a todos con un dedo delante de los labios*

*pidiendo silencio---. El Rey va a hablar.*

*Álex me miró sorprendido y yo elevé los hombros al techo en señal de disculpa. Mi madre no se perdía ni una coma del discurso del Rey y asentía con la cabeza de vez o cuando o soltaba un «claro que sí» para mostrar que estaba de acuerdo con las palabras del monarca. Cuando terminó el discurso, mi madre dio por inaugurada la cena de Nochebuena y se sentó a la mesa.*

*La cena consistió en unos aperitivos que devoramos sin contemplación, pues el discurso del Rey le abre el apetito a cualquiera, y como plato principal un cochinito al horno que es el plato estrella de mi madre y que solo hace en Navidad y el día de su cumpleaños. La conversación durante la cena fue muy animada, y a pesar de que se dice que nunca hay que hablar de política en la mesa, esa ley con frecuencia se rompe en mi casa. Mi hermano y mi madre no pueden tener puntos de vista más alejados sobre el gobierno actual y lo dejan patente cada vez que están juntos en la misma habitación. A mí me encanta verlos argumentar y contraargumentar como auténticos tertulianos de televisión, y a pesar del parentesco que les une no se dan tregua. Yo soy mucho más tímida y no suelo participar de esos debates, lo mismo que mi padre. Álex y Paula también aportaron su granito de arena a la conversación y llegamos a los postres sin apenas darnos cuenta.*

*A la hora del postre mi madre sacó una bandeja con rollos de Navidad, receta que había pasado de generación en generación y que algún día yo también heredaría. Junto a los rollos había turrón, peladillas y fruta cortada en trozos. De nuevo me sonrojé un poco pensando en que, para Álex, esta comida debía ser muy vulgar, él que estaba acostumbrado a los mejores cocineros de la capital, pero si algo le molestó yo no fui capaz de verlo.*

*Al terminar la comida y con las copas de licor en la mano, mi hermano sacó su guitarra del estuche y se puso a tocar villancicos acompañado de Paula a la pandereta. Mi madre fue la primera en unirse y nos instó a los demás a integrar las filas de este coro improvisado. La Marimorena, Los*

peces en el río, Hacia Belén va una burra, y todos los demás hits navideños fueron interpretados aquella noche. Sobre las once y algo sonó la puerta y cuando abrimos vimos a varios vecinos del edificio que pasaban a felicitar por las fiestas a mis padres. Pasaron y se unieron a nuestro coro, elogiaron a mi madre por los rollos y se terminaron el turrón que quedaba en la bandeja.

Aquello parecía más una verbena de pueblo que una cena familiar, y en el pequeño salón de mis padres empezábamos a estar apretados, algo que Luis, el vecino del cuarto derecha, arregló abriendo la puerta y continuando en el pasillo. Eso animó a más vecinos a unirse a la fiesta. De la nada aparecieron otra guitarra, más panderetas y hasta unas castañuelas. Rosita, la hija de los del segundo que toma clases de flamenco desde los tres años, nos bailó algunos villancicos a los que se subió el tempo para que tuvieran más ritmo.

Varios vecinos trajeron botellas de sidra y se brindó por el nacimiento de Cristo, por la salud, porque todos tengan trabajo y por todas las cosas buenas que se les iban ocurriendo. A Álex le brillaban los ojos, no sé si de alegría, de curiosidad o por efecto del vino peleón servido en la cena. Él también daba palmas y cantaba como uno más y hasta se permitió hacer un par de pasos acompañando a Rosita en un zapateado.

Era casi la una de la mañana cuando salimos de casa de mis padres después de presentarle a Álex a la mitad del inmueble, pues todo el mundo quería conocer a mi novio, y desearles feliz Navidad a buena parte de la población de Leganés que de una forma u otra habían acabado pasando por aquel pasillo. Mi hermano y Paula aprovecharon y se fueron al mismo tiempo que nosotros tras ayudar a mi madre a meter los platos en el lavavajillas. Fue lo único que nos permitió que hiciéramos, la cocina era su santuario y no teníamos ni siquiera permiso para ayudar a recoger.

Al día siguiente nos tocó ir a casa de los padres de Álex para celebrar la Navidad con ellos. Al llegar nos abrió la puerta el mayordomo de sus

*padres, que por lo visto no tenía libre ni en ese día tan señalado. Varias parejas de amigos de Augusto y Catalina habían sido invitados a pasar ese día con ellos y estaban tomándose una copa en uno de los saloncitos. La Nona se levantó al verme y vino a darme dos sonoros besos que aspiraron mis mejillas y me hicieron cosquillas.*

*---Feliz Navidad, Nona.*

*---Buon Natale, ragazza.*

*---Está preciosa la casa, se nota que Catalina tiene un gusto excelente.*

*---Sí que es cierto, siempre ha tenido el don de saber combinar colores para crear un ambiente muy hogareño.*

*Cuando el mayordomo nos anunció que la comida estaba servida, pasamos todos al comedor formal. A mí esa estancia siempre me recordaba a un pabellón de caza inglés, con los paneles de madera oscura hasta un metro de altura y las paredes pintadas de un lustroso color verde. Había cuadros que seguramente serían valiosísimos en las paredes y en el centro una espléndida mesa puesta para dieciséis comensales. Las copas tenían un ribete de oro en el filo, las servilletas estaban cuidadosamente almidonas y varios centros de flores frescas adornaban la mesa. El mantel de fino hilo era una preciosidad y me quedé ensimismada mirando los sutiles bordados de la pieza.*

*La comida fue espectacular, como cada vez que iba a comer a casa de Augusto y Catalina. Degustamos milhojas de foie y manzana, lomos de merluza con salsa de trufa y un solomillo de buey al vino tinto. Cuando llegó el tiramisú yo pensaba que iba a explotar. La comida fue tranquila y apacible, se evitaron los temas espinosos y se alabó la buena mano del cocinero. Con los cafés algunos hombres salieron fuera a fumarse unos puros mientras otros pasaban a otro salón para terminar la sobremesa delante de la chimenea. Elisa aprovechó para sentarse a mi lado para charlar un rato pues nos había tocado sentarnos bastante lejos durante la comida.*

---De tanto sonreír se me va a quedar esta cara para siempre ---me confesó en un susurro.

---No te quejes, ha sido una comida estupenda y los invitados de tus padres son gente encantadora.

---¡Puf! Todos los años es igual, la mitad de esta gente no sé ni quiénes son, a veces me gustaría pasar una Navidad solo con mis padres y Álex. No sé si me explico.

Asentí por educación, pero en verdad me costaba entender su problema. Su madre no se había pasado un día entero metida en la cocina, no tendría que recoger después y además todo estaba buenísimo. Me pareció que Elisa no sabía la suerte que tenía de poder disfrutar de tantos privilegios.

---Álex me enseñó algunos vídeos de ayer, parece que os lo pasasteis en grande.

Yo me sonrojé levemente, mis vecinos eran personas maravillosas, pero comparados con los invitados de los padres de Elisa estaban fuera de lugar.

---El año que viene invítame a cenar a mí también, por favor. No tengo una gran voz, pero comparada con tu vecina que todo lo cantaba en falsete no soy tan mala.

---Es la señora Angustias, de joven cantó en el coro de la iglesia, y aunque ha perdido el oído sigue pensando que es la vedette estrella del edificio.

Me reí recordándola con la botella de anís y una cuchara acompañando a las guitarras y las panderetas.

---Espero que si voy un día tus vecinos no piensen que estoy fuera de lugar.

Eso me dejó completamente sorprendida, Elisa preocupada por lo que pensaban unos obreros de Leganés, ver para creer.

---¡Qué va! A tu hermano lo acogieron estupendamente, le hicieron algunas bromas llamándolo «señorito» y ya está. Cuando se puso a bailar con Rosita los conquistó a todos, ya es uno de los nuestros. ---Volví a



*sonreír recordando aquel momento.*

*Justo en aquel instante apareció Álex que venía del jardín con una copa de jerez en la mano.*

*---Hombre, aquí está el nuevo Antonio Canales ---dijo Elisa con una sonrisa de oreja a oreja a la que Álex respondió con un discreto zapateado que despertó nuestras carcajadas y nos valió la mirada de reprobación de varios miembros de los allí reunidos.*

*---Tienes que venir el año que viene, Elisa, es... Es Navidad.*

*---Pues sí, otra cosa no, pero Navidad sí que es ---dije yo sonriendo.*

*---No, no me has entendido, es el auténtico espíritu de la Navidad, estar con la familia, reír, cantar, pasar un buen momento con la gente que quieres... ¡Pero si hasta vimos el mensaje del Rey!*

*Elisa abrió los ojos como platos. Yo no podía dar crédito a lo que estaba oyendo, por segunda vez en pocos minutos alguien decía que prefería pasar las fiestas en un edificio de Leganés en vez de en una urbanización de lujo.*

*---Pero ¿estás hablando el serio?*

*---Por supuesto, anoche fue una de las mejores veladas de mi vida, te lo digo en serio. Además de que me sirvió para saber que si lo de la abogacía no se me da bien, siempre puedo dedicarme al baile.*

*Soltamos de nuevo una carcajada que nos valió una vez más miradas de reprobación de los demás asistentes. Únicamente la Nona nos sonreía desde su sillón mientras asentía.*

*Cuando llegamos a casa de Álex era casi la hora de la cena, pero yo no podía ingerir absolutamente nada más a riesgo de explotar como una supernova. Era el momento de darnos los regalos, normalmente hubiera esperado hasta el día de Reyes, pero Álex viajaba con su familia a Roma por expreso deseo de la Nona que quería ir al Vaticano el día de la Epifanía.*

*Él traía una caja envuelta con un vistoso papel de color rojo y un enorme lazo plateado. A su lado mi paquete parecía una triste versión de un regalo navideño. Insistió en que yo abriera primero el mío. La emoción se*

*dibujaba en su mirada y escrutaba cualquiera de mis gestos con avidez. Cuando rasgué el papel me quedé de piedra: era una edición antigua de La Dama de las Camelias, mi libro favorito. No era una primera edición, pero sí que era un ejemplar antiguo. Encuadernado en piel verde, con las hojas amarillentas que crujían al tacto con mis dedos. Pasé varias hojas y pude ver que el libro tenía ilustraciones que mostraban algunos pasajes de la novela. Me llevé el libro al rostro y aspiré el magnífico olor que tienen los libros viejos y suspiré.*

*---¿Te ha gustado?*

*---Es perfecto ---fue todo lo que pude decir mientras trataba de contener las lágrimas.*

*Le tendí mi regalo y esperé paciente a que quitara el celo de las esquinas para no desgarrar el papel, en eso éramos completamente diferentes. Cuando al fin lo sacó del envoltorio enmudeció.*

*Cuando entré en la tienda de discos de segunda mano no sabía muy bien lo que buscaba, pero intuía que ahí podría encontrar algo que mereciera la pena. Había discos de Bowie, de Queen o de Simon and Garfunkel, pero nada de eso me llamaba la atención. Cuando ya llevaba una hora dando vueltas por la tienda, el dependiente se me acercó yo creo que harto de verme merodear sin comprar nada. Cuando le expliqué lo que quería se tocó la perilla con dos dedos y meditó durante unos instantes hasta que salió de la trastienda con un vinilo. En cuanto lo vi supe que era lo que necesitaba y me lo llevé pagando una pequeña fortuna por él.*

*---Es... ¿Es original? ---me preguntó con la garganta seca.*

*---Sí.*

*Envuelto aún en su plástico estaba la banda sonora de Una nueva esperanza, la primera película de Star Wars, pero lo que hacía a ese vinilo en concreto tan especial es que estaba firmado por George Lucas, el director, y por John Williams, el compositor de la música. Me abrazó con fuerza, casi con furia y, dejando con muchísimo cuidado el vinilo y mi novela a un lado,*

*me besó con pasión en el sofá.*

*---Que el tiempo se pare ahora mismo ---musitó sin despegar sus labios de los míos---. Esta Navidad está siendo simplemente perfecta.*

*Sonrei y le besé, yo pensaba exactamente igual que él.*

## Capítulo 15

Gonzalo había utilizado todas las malas artes de las que era conocedor para conseguir juntar bajo el mismo techo a sus padres y a su hermana. Sabía que algo había pasado entre ellos y que la situación estaba un poco tensa, aunque no había querido ahondar en el problema por respeto a ambas partes. Al final la oportunidad de degustar alguno de los increíbles platos que cocinaba Paula fue la oferta que ninguno de ellos se sintió capaz de declinar.

Llegaron con diferencias de pocos minutos lo que les evitó encontrarse en el ascensor, Alba llevaba una botella de vino y sus padres habían traído el postre. Cuando entraron en casa el olor a especias y comida casera inundaba el ambiente. Mientras el cerdo terminaba de hacerse en el horno, pasaron todos al salón a tomarse un aperitivo. Alba se decantó por agua con gas pues lleva los últimos días con el estómago revuelto, mientras que los demás se abrieron unas cervezas Coronitas.

Gonzalo y su padre se enfrascaron en una conversación sobre fútbol mientras Isabel se informaba sobre la salud de la familia de Paula al otro lado del Atlántico. Alba se quedó callada escuchando ora una conversación ora la otra, pero sin querer participar realmente en ninguna.

Cuando una campanilla anunció que la comida estaba presta, Gonzalo acudió a la cocina para ayudar a servir. Paula había preparado cochinita pibil, un plato típico de la península de Yucatán que es a base de cerdo y necesita más de tres horas de cocción en el horno. Al abrir la portezuela del fogón, los olores que habían estado contenidos en su interior salieron en tromba e inundaron el salón del pequeño piso. Pimienta, canela y comino, sin olvidar la pasta de achiote, embargaban con su penetrante olor los sentidos de los

comensales. Gonzalo sacó directamente la bandeja y la puso sobre la mesa para que todos pudieran admirar además de saborear el plato. La carne se deshacía sobre las hojas de plátano y tenía su típico color rojizo gracias a la cebolla marinada. Paula sirvió también frijoles, arroz blanco y guacamole casero. Y mientras a todos se les hacía la boca agua con el festín que Paula había cocinado para todos, a Alba le daba vueltas la cabeza por la mezcla tan fuerte de especias.

---¿No te ha gustado? ---preguntó Paula con la decepción pintada en la mirada cuando llevaban ya un rato sentados a la mesa.

---Qué va, estaba todo buenísimo, pero no me entra nada más.

---Pues no has comido mucho ---se aventuró a decir su padre.

---Lo sé, pero es que llevo unos días con el estómago revuelto, que lo mismo me paso un día entero sin comer que me da por atracar el frigorífico a las tres de la mañana.

---Ve al médico, hija. Lo mismo necesitas vitaminas. ---Eran las primeras palabras que Isabel le dedicaba a su hija después de la pelea que habían tenido apenas una semana antes.

---Está bien, mamá. ---Alba vio por el rabillo del ojo cómo su padre sonreía complacido.

---Pero ve, que tú me dices siempre que vas a hacer cosas simplemente para que me quede tranquila y luego haces lo que te da la gana.

---He dicho que iré y voy a ir, no te preocupes.

---Si no me preocupo por ti ¿por quién voy a hacerlo? Soy tu madre.

Paula fue lo suficientemente hábil como para cambiar sutilmente de tema llevando la conversación hacia aguas más tranquilas, aunque de poco le sirvió pues en unos minutos Gonzalo y su madre ya se estaban enfrascando en otra de sus archiconocidas peleas sobre política, que además esta vez fue aderezada con críticas a la Corona y a la religión. Isabel estaba roja, no tanto por el vino como por la conversación, y su Gonzalo se lo estaba pasando en grande poniendo a su madre contra las cuerdas.

El postre fue una tarta de manzana que había preparado Isabel y que era otra mano tendida hacía Alba, pues sabía que era su postre favorito. Alba seguía enfadada, era imposible no estarlo tras las palabras que su madre le había dedicado, pero entendía los acercamientos que estaba realizando y los agradecía.

Cuando pasaron al sofá con los cafés, Gonzalo aprovechó para sentarse al lado de su hermana mientras Paula comentaba de manera pormenorizada las etapas necesarias para elaborar la receta de la cochinita pibil y su padre dormitaba en uno de los sillones orejeros.

---¿Cómo estás? ---inquirió Gonzalo en tono confidente.

---Bien, de verdad.

---Mamá tiene razón, tienes mala cara.

---¡Vaya, gracias!

---Lo digo en serio, se te ve ojerosa y cansada, y me da la impresión de que has perdido peso.

---¿Y no crees que es normal?

---Supongo que sí, pero deberías ir al médico. Tal vez te mande vitaminas o hierro por si tienes anemia y ya está, pero nos quedaremos todos más tranquilos si lo haces.

---Papá ya parece bastante tranquilo ---dijo señalando al sillón con la barbilla y a ambos les costó contener una carcajada.

Gonzalo le puso la mano en el hombro de forma protectora.

---Te lo he dicho mil veces, no tienes que hacer todo esto tú sola, somos tu familia y estamos aquí para lo que haga falta. Sé que perder a Alex ha tenido que ser más difícil de lo que ninguno de nosotros podrá siquiera imaginar, pero déjanos ayudarte con tu carga. Para eso está la familia.

Las lágrimas se le agolparon de nuevo en los ojos y se abrazó a su hermano tratando de contenerlas. Paula e Isabel miraron en esa dirección justo en ese momento y decidieron salir sigilosamente hacia la cocina para dejarles intimidad a los dos hermanos. Cuando Alba consiguió devolver a su sitio las

lágrimas que se empecinaban en salir, miró a su hermano a los ojos.

---Lo sé, de verdad que lo sé, pero necesito hacer esto a mi manera. Ahora mismo solo necesito tiempo para que la herida cicatrice a su ritmo, no creo que tratar de meterme prisa para que me olvide del amor de mi vida sea precisamente lo que necesito ahora.

---Nadie quiere que olvides a Álex, solo queremos que nos dejes que lo recordemos contigo y te echemos una mano si lo necesitas.

---Está bien.

Una hora después su padre se levantó diciendo que había cerrado los ojos tan solo unos instantes, y aunque nadie le corrigió, todos esbozaron una pequeña sonrisa cómplice. Alba se fue al mismo tiempo que sus padres, y cuando se despidieron en la puerta, su padre le dio un abrazo al tiempo que le murmuraba.

---Ve al médico, Pollito. Si no lo haces por tu madre hazlo por mí, que me quedo más tranquilo.

Asintió dando un suspiro, tal vez unas vitaminas le vendrían bien, se dijo.

*Habíamos salido a cenar y luego al teatro a ver por tercera vez El Rey León. Era mi película de Disney favorita y desde que conocí el musical me había vuelto una auténtica adicta. Las canciones, la puesta en escena, esos animales que salen entre el patio de butacas, todo me fascinaba de esa producción. Álex me decía que algún día iríamos a Broadway a verla allí donde se gestó por primera vez y, mientras soñaba con ese viaje, me contentaba con ver el espectáculo en Madrid.*

*Salimos del teatro y caminamos hasta su piso, las aceras estaban prácticamente desiertas y la noche era tranquila. A pesar del frío de este mes de enero, Álex llevaba su brazo sobre mis hombros en un acto que siempre me había parecido muy tierno. Yo seguía maravillada por el musical que acabábamos de ver y recordaba en mi cabeza las imágenes de Simba accediendo por fin al trono que era por derecho suyo.*

---¿Qué te apetece que hagamos mañana? ---me preguntó sacándome de

*mi ensimismamiento.*

*---No sé, podríamos ir de excursión a Segovia, no está demasiado lejos.*

*---Va a hacer un frío de muerte, pero está bien, luego podemos ir a comer cochinitillo para calentarnos.*

*---Pues a mí me parece una cita ---dije sonriendo.*

*---Se lo podemos decir a tu hermano y a Paula por si quieren venirse con nosotros.*

*---¡Es una idea buenísima! Así Gonzalo me deja tranquila porque dice que desde Navidad no te han visto y que parece que te estoy reteniendo para mí sola.*

*---Eso es verdad ---dijo con su sonrisa enigmática que llenaba de brillo sus apasionados ojos verdes---. Pero no me importa en absoluto. ---Se giró hacia mí y me dio un largo beso mientras me acariciaba la espalda.*

*Unos borrachos que andaban cerca nos recomendaron que nos buscáramos un hotel y no pudimos menos que sonreír ante su sugerencia. De forma inconsciente aceleramos el paso, pues los dos queríamos llegar al piso de Alex lo antes posible.*

*De repente un ruido ensordecedor quebró la tranquilidad de la noche madrileña, yo apenas pude ver salvo unos faros que venían hacia nosotros a toda velocidad, el ruido de un frenazo y varios gritos y maldiciones. Algo me golpeó con fuerza en el costado y me lanzó contra la acera, que en enero a estas horas se estaba llenando de escarcha. Por un momento perdí la consciencia.*

*Cuando volví a recuperarla encontré muy cerca de mí una cara que no reconocía que me preguntaba cosas tan peregrinas como mi nombre y si sabía que día era. Apuntaba una linterna directamente hacia mis ojos lo que me hizo pestañear varias veces para volver a recuperar una visión normal aunque seguía habiendo una gran mancha de color blanco en el centro. Entonces vi las luces de los equipos de emergencia, el cordón policial y los dos borrachos que habían bromeado con nosotros antes hablando con la*



*policía. No entendía nada. Cuando traté de ponerme en pie un dolor lacerante me recorrió el costado y me di cuenta de que tenía la ropa desgarrada y sangraba por una herida en la pierna. La cabeza me dolía como si hubiera estado tomando chupitos de tequila hasta caer desfallecida y ahora estuviera pagando la resaca. Y entonces caí en la cuenta, ¿dónde estaba Álex?*

*Pregunté por él, pero no recibí más que evasivas. Unos enfermeros me llevaron hasta una ambulancia para transportarme al hospital y yo me dejé hacer pues no entendía todavía qué había pasado. Me metieron en una habitación con una de esas blusas de hospital que se empeñan en dejarte el culo al aire y me pidieron que esperara a que el médico pasara. Un tiempo indeterminado después mis padres y Gonzalo aparecieron en tromba en la puerta de mi habitación. Me preguntaban cómo me encontraba y yo no sabía bien qué contestar y de nuevo mis preguntas sobre Álex quedaron sin respuesta.*

*Mi madre insistió en quedarse a mi lado mientras yo estuviera en observación y mandó a los demás a casa a descansar. Poco antes de que despuntara el alba, Elisa apareció en mi puerta, tenía los ojos hinchados y la nariz roja de haber estado llorando, me dio la impresión de que había envejecido en el transcurso de esa noche.*

*---¿Cómo está Álex? ---le dije en voz baja para no despertar a mi madre que se había quedado dormida en el incomodísimo sillón que estaba junto a mi cama.*

*Elisa no respondió, miró al suelo y comenzó a llorar de nuevo. No tuvo que decirme nada, simplemente lo supe cuando me miró: Álex se había ido para siempre.*

*---¿Cómo?*

*---Un conductor borracho os atropelló anoche, él se llevó la peor parte --dijo entre hipidos.*

*Yo había comenzado a llorar, pretendía hacerlo de forma silenciosa*

*como Elisa, pero en lugar de eso me salió un llanto desbocado que hizo que mi madre se despertara sobresaltada. Trató de consolarme pero no quería que nadie se me acercara, no quería que nadie me tocara, solo quería llorar hasta quedarme sin fuerzas y no volver a despertarme nunca. Una enfermera acudió alertada por el ruido que estaba formando y me pidió que me tranquilizara.*

*---¿Qué me tranquilice? ---grité con las pocas fuerzas que me quedaban--. ¿Qué me tranquilice? ¿Me lo está diciendo en serio?*

*Estaba histérica, hicieron falta dos miembros más del personal sanitario para conseguir reducirme y que alguien me pinchara algo que me sumió en una neblina vaporosa durante varias horas. Cuando desperté tenía la cabeza embotada y la boca pastosa. Esta vez mi madre no estaba sola, mi hermano y mi padre la escoltaban para evitar que se repitiera la misma escena que unas horas antes. Los miré con furia, si el día que había perdido al hombre de mi vida no se me permitía perder los papeles, no sé cuándo iba a estarme permitido.*

*Mi padre trató de calmarme con su voz suave, la que usaba cuando me raspaba la rodilla cuando era una cría y Gonzalo trató de arrancarme una sonrisa a base de decir mamarrachadas, pero yo no estaba de humor para sonreír por nada. Mi madre era la más prudente, la única que se quedó en silencio mirándome con cariño sabiendo que en esos momentos no necesitaba ni palabras suaves ni sonrisas, necesitaba pasar por esto a mi manera.*

*Cuando me devolvieron mis cosas, lo primero que hice fue llamar a Augusto para darle el pésame. Respondió de forma entrecortada agradeciéndome la llamada y me dio la fecha del funeral. «Funeral», que palabra más horrible y más nefasta, no tiene sentido para referirse a alguien de treinta años. Y tenía aún menos sentido para referirse a Álex, a mi Álex. Esos días, todo pasó a cámara lenta. En el hospital me habían dado unas pastillas que, si bien no tengo ni idea de lo que eran, me ayudaron a*

*sobrellevar todos los acontecimientos.*

*Una especie de neblina se instauró a mi alrededor y no era consciente de la mitad de cosas que pasaron durante aquellos días. Cuando los padres de Álex con Elisa y la Nona se fueron con el féretro al cementerio y yo no pude ir, fue cuando sentí que una parte de mí se rompía para no volver a recomponerse nunca. Fui consciente de que las pastillas me estaban ayudando a sobrellevar esos días, pero al mismo tiempo me estaban impidiendo ser yo misma y realizar el duelo a mi manera. Tiré la caja a la papelera de camino a la iglesia para el sepelio, esa fue la última que me tomé, ya encontraría otra forma de lidiar con el dolor sin tener que recurrir a ellas.*

## Capítulo 16

Tras la insistencia casi rayando el acoso de sus padres y su hermano, Alba aceptó ir a visitar a su médico de cabecera. Estaba en la aséptica sala de exploración de paredes blancas del ambulatorio del barrio y una doctora regordeta que debía ser algo mayor que ella la miraba desde detrás de sus gafas de montura rojo fuego mientras la bombardeaba a preguntas: «¿Cuál es su peso? ¿Es alérgica a algún medicamento? ¿Fecha de la última regla? ¿Toma algún complemento vitamínico? ¿Ha sufrido alguna intervención quirúrgica recientemente?».

El interrogatorio se alargó durante varios minutos seguido por una exploración física comprobando reflejos, pupilas, auscultando sus sonidos cardiacos para terminar pidiéndole que se tocara las puntas de los pies con las manos. Al final Alba salió de la consulta con ninguna indicación clara, pero varias posibilidades y un volante para hacerse un análisis de sangre.

Al día siguiente se presentó en ayunas en el laboratorio de análisis clínicos para enfrentarse a uno de los miedos de su niñez que aún no había superado, las agujas. Estuvo tentada de huir de ahí antes de que dijeran su nombre, pero algo de lo que dijo la doctora el día anterior había conseguido intrigarla y ya no podía echarse atrás. Le dijeron que le mandarían los resultados por *e-mail* a partir de las cinco de la tarde.

Alba entró en su piso con el móvil aún en la mano, le había entrado el *e-mail* del laboratorio mientras estaba aún en la calle, y en vez de esperarse para leerlo tranquilamente en casa, su curiosidad fue más fuerte y lo leyó allí mismo. Los resultados le hicieron llevarse una mano a la boca y salir corriendo para su casa. Al llegar dejó el bolso sobre la mesa y se puso a

llorar de rodillas sobre la alfombra del salón.

---No, no, no... ---repetía para sí misma como una cantinela letárgica.

Se puso de pie y al hacerlo vio un reflejo por el rabillo del ojo, era la caja de palisandro que seguía en el mismo sitio en el que la había dejado unas semanas antes. El momento había llegado. Lo supo de repente y todos los poros de su piel reaccionaron al unísono, este era el momento indicado, el que ella había estado esperando. No había esperado sufrir una epifanía mística con ángel anunciador incluido, pero decidirse por un *e-mail* en el móvil era tan válido como cualquier otra cosa.

Cogió la caja con devoción y le pasó una mano por la tapa para quitarle el polvo que se había acumulado durante esas semanas. La flor de lis de nácar brilló con más fuerza al sentirse desprovista de las motas de polvo que ocultaban su verdadero color. Le pareció más bonita que la primera vez que la tuvo en sus manos cuando la recogió de las de Augusto. Cogió la llave que había dejado a su lado y la hizo girar dentro de la coqueta cerradura. Un «clic» le indicó que el mecanismo estaba en perfectas condiciones y la caja se abrió sin problemas. La depositó encima de la mesa y dio un largo suspiro, el momento al fin había llegado.

No sabía qué podía haber ahí dentro, a lo largo de estas semanas había imaginado muchísimos escenarios posibles, pero ese batiburrillo, esa mezcla de objetos y papeles sin sentido le resultó sorprendente, sobre todo porque Álex era un maniático del orden y cada cosa tenía siempre su sitio.

Sacó el primer papel doblado y se quedó de piedra al leerlo, era un *ticket* de compra, concretamente un *ticket* del Leroy Merlin en el que había unas toallas y unos cubremanteles como artículos comprados. La fecha era de tan solo una semana después de verse en el café y que Álex le diera su número de móvil.

Había un clavel reventón reseco y Alba lo reconoció como el que llevó en el bolsillo de su chaqueta el día que quedaron para firmar los papeles del parte del seguro. Aquello parecía que había ocurrido hacía eones, se dijo.

Sacó un tornillo y una tuerca que estaban dentro de una bolsita de plástico y sonrió al pensar que por los tamaños que tenían jamás podrían ser utilizados juntos, fue el día que le aceptó por fin una cita.

El segundo papel era otro *ticket*, esta vez del restaurante La Truffe Dorée y la fecha era de aquella primera vez en la que fueron a cenar juntos. Fue la primera vez que Alba se quedó a pasar la noche en el piso de Álex, la noche en la que descubrió el muro tapizado con estanterías que contenían vinilos.

Siguió buceando dentro de la marea de objetos y papeles que había dentro de la caja. Había flores y hojas disecadas, y también una minúscula piña que recordaba de una de las excursiones que hicieron al Retiro y que vio como él se metía en el bolsillo. Y una castaña borde, como aquella que probó una vez y que acabó escupiendo con grandes aspavientos.

Otro papel, otra sorpresa, esta hoja estaba manuscrita y eran los versos de Paul Verlaine que le había recitado la primera vez que visitaron el parque del Retiro.

*Cada concha incrustada En la gruta donde nos amamos,  
Tiene su particularidad.  
Una tiene la púrpura de nuestras almas, Hurtada a la sangre de nuestros corazones,  
Cuando yo ardo y tú te inflamas;  
Esa otra simula tus languideces Y tu palidez cuando, cansada,  
Me reprochas mis ojos burlones;  
Esa de ahí imita la gracia De tu oreja, y aquella otra  
Tu rosada nuca, corta y gruesa;  
Pero una, entre todas, es la que me turba.*

A esas alturas sus lágrimas eran un torrente incontenible y apoyó la cabeza contra la madera de la caja mientras seguía sacando objetos. Era curioso, pero estaba cálida al tacto, justo como las manos de Álex estaban siempre.

Un guante de hilo, el mismo que le tendió el día que la reconquistó disfrazado de lord inglés de la época victoriana. Una entrada para una película de Kurosawa, un billete de avión de Gatwick a Barajas en las fechas en las que tuvieron su monumental pelea y que tenía marcado a bolígrafo: «¿Me perdonará? Por Dios, que me perdone», con una caligrafía que si bien era la de Álex se notaba vacilante y movida.

Todo había sido depositado con mimo y cumplía una misión, recordarle a Alba que Álex la había amado con toda su alma. Esa caja era una cápsula del tiempo, un recuerdo imborrable de la historia que habían vivido juntos. Alba fue sacando objetos, *tickets*, entradas, fotos y hasta pequeñas hojas manuscritas que constituían un repaso precioso por los meses que habían pasado juntos hasta que llegó al fondo de la caja. Allí había una cajita envuelta en un precioso papel de regalo azul celeste que llevaba el logotipo de Tiffany and Co. London impreso. Una pequeña tarjeta plateada adornaba el paquetito: *Que todas las noches sean noches de boda, que todas las lunas sean lunas de miel.*

Quitó el papel de regalo casi con reverencia y se encontró con una cajita del mismo azul celeste que el envoltorio. Al abrirla apareció en su interior un anillo de compromiso, era a la vez clásico y muy actual, un único diamante en talla princesa engarzado en un anillo de oro blanco con finas hebras de oro rosa formando una discreta filigrana. No pudo resistir la tentación de ponérselo, le quedaba perfecto.

Pasó del llanto a la alegría más intensa en tan solo unos segundos, y después de nuevo al llanto, Álex la amaba de verdad, tanto que quería que pasaran el resto de sus vidas juntos. Se quedó sentada a la mesa con el anillo en el dedo mientras sonreía como una estúpida, una petición de matrimonio, aunque sea póstuma, siempre es algo maravilloso y emocionante.

## Epílogo

*Un año, ya había pasado un año desde que Álex se marchó y hoy estaban rindiendo homenaje a ese tenebroso aniversario su familia más cercana, entre los que esta vez yo también me incluía. El día había amanecido despejado, uno de esos días de invierno con el cielo limpio de nubes y un sol que, si bien tímidamente, calentaba los cuerpos y los corazones de los madrileños.*

*Yo había llevado un ramo de rosas blancas, al igual que los padres de Álex. Elisa había traído un ramo compuesto de flores blancas con margaritas, claveles y gladiolos. Su novio, con el que no llevaba aún demasiado tiempo, no había sido invitado pues habían querido que la celebración fuera realmente de su familia más allegada. La Nona nos había abandonado pocos meses antes y su falta pesaba sobre todos nosotros.*

*Catalina lloró en silencio y Augusto dijo unas palabras emotivas para todos antes de que nos marcháramos del cementerio. A pesar de ser una mañana de cielo despejado no había demasiada gente en el camposanto. Un ruido proveniente de nuestra espalda nos sacó a todos del ensimismamiento en el que nos habíamos sumido, el pequeño Álex se movía inquieto en su sillita. Antes de que yo pudiera moverme, Catalina me hizo un gesto y se ocupó ella del bebé.*

*Pensaba que el último regalo que me había hecho Álex antes de morir era aquella caja de palisandro que contenía nuestra historia y una declaración de matrimonio, pero en verdad fue algo mucho más maravilloso lo que me dejó como regalo. Los cambios de humor, las náuseas y la fatiga tuvieron una explicación cuando recibí los resultados del análisis de sangre:*



*estaba embarazada. Cuando aquella doctora me preguntó la fecha de mi última regla me tuve que esforzar por recordarla y me di cuenta de que hacía más de un mes que no me bajaba. Traté de tranquilizarme diciéndome que un choque emocional como el que yo había sufrido podía provocar retrasos, pero en el fondo de mi ser yo sabía que la respuesta era otra.*

*La Nona, cuya salud se deterioró muy deprisa tras la muerte de Álex, siguió con nosotros hasta conocer a su primer bisnieto, creo que hizo un esfuerzo únicamente para poder ver al hijo de Álex. La sonrisa que se reflejó en su cara al sostenerlo en brazos por primera vez fue una de las imágenes que me acompañaran toda la vida. Le canturreaba y le hablaba en italiano perdida en sus propios recuerdos y le contaba fantásticas historias de una casa en Capri a la que lo llevaría de vacaciones.*

*El pequeño nos había devuelto a todos la ilusión y nos había dado una razón para seguir adelante. Tenía los mofletes sonrosados y unos brazos rollizos, pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos, de un profundo color verde moteados de dorado, idénticos a los de su padre.*

*Mi vida había dado un cambio radical en este año que se ha derramado sobre nosotros como la arena de la playa se escapa entre los dedos cuando tratas de apresarla. El primer cambio que hice en mi vida fue dejar mi trabajo, no me motivaba y los turnos cambiantes iban a ser un follón si iba a criar a un hijo sola. Cuando Augusto se enteró de mis intenciones de dejar Leroy Merlin movió algunos hilos y utilizó sus contactos para buscarme una entrevista con unos clientes dueños de una editorial. La entrevista fue de maravilla y unos días más tarde estaba firmando mi contrato, iba a ser correctora en una pequeña editorial y me iban a pagar por leer libros. Aquello fue como un sueño hecho realidad, además de que me permitía trabajar desde casa.*

*La relación con mi madre se arregló casi de golpe, en cuanto los llamé para darles la buena noticia mi madre tardó lo que se tarda en recorrer cuatro manzanas para plantarse en mi casa y estrujarme en el mejor abrazo*

*de mi vida. A mi padre le quedan todavía unos años para jubilarse pero mi madre, que es ama de casa, ya ha dicho que se encarga ella de llevar al pequeño Álex a la guardería cuando haga falta. Lo cierto es que por una cosa o por otra acaba apareciendo por mi piso casi cada día y se lleva al bebé al parque, a hacer la compra o simplemente a pasear por las calles del barrio. Se lo ha presentado a todas las vecinas y hemos recibido decenas de prendas tejidas a mano por las amigas de mi madre.*

*Otra de las cosas que han cambiado ha sido mi relación con Chloé, si bien al principio seguía desconfiando de la guapa francesa de piernas interminables ahora nos habíamos vuelto mucho más próximas. Me enteré que fue ella quien ayudó a Álex a elegir el anillo de compromiso y por lo tanto era la única que estaba al corriente de que quería pedirme matrimonio. Fue eso lo que realmente la enfureció aquella noche en Londres y por eso se comportó de una forma tan poco sutil. Se ha disculpado tantas veces que he perdido la cuenta y ahora es la administradora de la Fundación Parmiggiani, que se dedica a ayudar a personas sin recursos. Quiere al pequeño Álex como si fuera su propio sobrino y alguna que otra vez se presenta en mi piso de Leganés con la única intención de hacerle algunas carantoñas y decirle que París es la ciudad más maravillosa del mundo y que se lo llevará de visita cuando sea algo más grande.*

*En un arranque no sé si de locura o de extremo buen juicio, llamé a Simón, el anciano que conocí en el parque haciendo taichi y me presenté en su asociación una tarde. No sé si fue por culpa del incienso, del ambiente relajado que se vivía en la sala o de las caprichosas hormonas que andaban haciendo de las tuyas una vez más, el caso es que se lo conté todo. Desde el principio de la historia hasta el contenido de la caja de palisandro. Él no me interrumpió ni una vez, y solo cambiaba de posición para tenderme la caja con pañuelos cuando veía que el que tenía en la mano ya no daba más de sí. Al final me inscribí a las clases y es lo mejor que he hecho en la vida. Simón tenía razón, no solo mi cuerpo necesitaba ayuda, sobre todo mi alma*

*era la que lloraba desesperada pidiendo recomponerse. El taichi no obra milagros, pero sí que me ha ayudado a sentirme más centrada y a estar menos enfadada con el universo, y eso es algo que debo agradecer.*

*Este regalo inesperado me había devuelto la fe en mí misma y en lo que era capaz de hacer. Sigo echando muchísimo de menos a Álex, cada día pienso en él y en el maravilloso padre que hubiera sido pero soy feliz. Cada vez que me pierdo en los ojos de mi hijo siento una felicidad que no creí que pudiera existir. Esos ojos verdes con motas doradas, tan parecidos a otros ojos de los que me enamoré profundamente un tiempo antes, me devuelven una mirada llena de amor.*

*Hoy es un día triste, como lo será cada vez que llegue esta fecha, pero siempre tendré en mi corazón todo lo que vivimos durante los meses que estuvimos juntos. Cada noche le leo a mi hijo un trozo de nuestra historia, los folios que llené recordando nuestros momentos desde que lo conocí hasta su estafalaria forma de pedirme la mano, todo seguirá ahí para que él pueda leerlo y sepa que sus padres se quisieron con locura.*

*Yo soy feliz a pesar de que creí que nunca volvería a serlo. Tengo una familia que me quiere, unos amigos que me apoyan, un trabajo que me encanta y un hijo que me llena de amor con cada uno de sus pucheros y que es la viva imagen de su padre.*

Parece increíble, pero esta historia, al final, ha tenido un final de novela romántica, un final en el que la protagonista mira hacia el futuro, confiada y llena de esperanza, pero sobretodo feliz. Muy feliz.

*Que el fin del mundo te pille bailando  
Que el escenario me tiña las canas  
Que nunca sepas ni cómo, ni cuándo  
Ni ciento volando, ni ayer ni mañana  
Que el corazón no se pase de moda  
Que los otoños te doren la piel  
Que cada noche sea noche de bodas  
Que no se ponga la luna de miel (Joaquín Sabina, Noches de boda).*

Fin.

## Agradecimientos

De nuevo me encuentro aquí, al final de tantas páginas escritas con tanto cariño, en el momento de agradecer a tantas personas increíbles que han hecho posible que esta novela viera la luz.

Por supuesto comienzo como cada vez agradeciendo a mis padres, que están siempre rodeados de libros, el haberme inculcado esta pasión por la lectura que ha acabado desembocando en esta pasión por escribir.

También hay espacio para mi marido que me ha ayudado durante mis bloqueos creativos y para mis hijos, que son lo mejor que le ha pasado a mi vida.

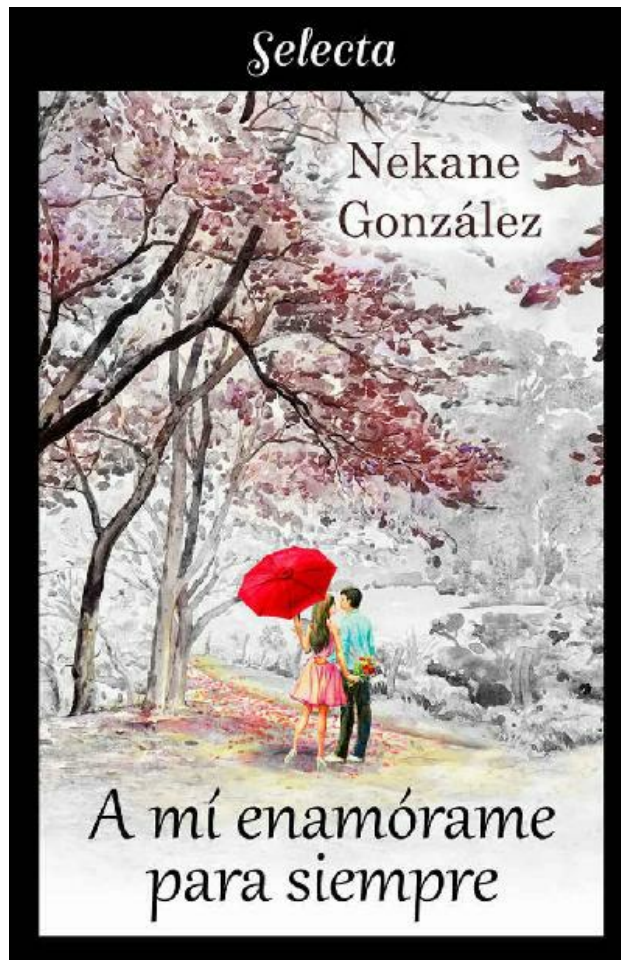
Mención especial debe tener Tamar, que es más que una amiga, y que sabe que «la vida imita al arte y el arte imita a la vida» y por eso siempre se ve reflejada en mis libros. A Sofia, que permite que se le enfríe el sushi cada vez que tiene que sentarse a leer el borrador de un libro nuevo. Y a Paula, que si bien no nos vemos tanto como deberíamos, sabemos que estamos siempre ahí la una para la otra.

A la increíble Lola y a todo el equipo de Selecta y de Penguin Random House por hacer que los sueños de una chica de Cartagena se hayan hecho realidad.

Y a ti, querido lector, por haber llegado hasta aquí, por haberme dado tu confianza una vez más. Espero que hayas disfrutado tanto como yo.

Te espero en el próximo libro.

Si te ha gustado *La caja de palisandro* te recomendamos comenzar a leer *A mí, enamórame para siempre* de *Nekane González*



## Prólogo

Cuando Nekane me pidió que hiciera el prólogo de *A mí, enamórame para siempre*, acepté al instante. ¿Por qué? Pues porque la manera de escribir, de contar la historia, me encanta y, sin duda, sus dos anteriores novelas me hicieron sentirme muy, pero muy identificada con Eva.

*A mí del amor, que no me hablen y A mí no me seduzcas* me gustaron tanto que no podía parar de leer; cada página que pasaba me encantaba, y lo mismo me ha ocurrido con esta última entrega. *A mí, enamórame para siempre* es el final del camino de Eva, nuestra protagonista, la que tanto a ti, lector, como a mí nos ha hecho sentir, sufrir, y hasta enfadarnos con cada aventura que le ha tocado vivir...

¿Qué es lo que puede cambiar en tan solo un suspiro? Lo que pensamos que se trata de un sueño puede llegar a ser más real de lo que imaginamos, así que, como he hecho yo, déjate seducir de nuevo, deja que los sentimientos crezcan más y más; sentir hasta donde crees que no te está permitido, o que tan solo aquello que anhelas desaparezca sin que sepas por qué...

Vas a ver que para Eva no será fácil, ya que tendrá que superar una serie de obstáculos sin saber que pueden ser reales. Le tocará decidir, pero... ¿entre qué exactamente?

Con esta novela, Nekane nos muestra el final de la aventura, de un camino que, sin duda, ha sido duro, pero estarás de acuerdo conmigo en que nos hemos enamorado de cada página leída. Nos ha apasionado, nos ha hecho reír, llorar, y hasta maldecir por cada situación vivida por la protagonista.

¿Crees que Eva será capaz de soportarlo todo? ¿Podrá decidirse? Y... ¿Qué decir de Freddy? No, mejor dejo que lo averigües junto a Eva, y así sabrás si tiene el final que tanto anhela o, por el contrario, te sorprenderá con algo diferente. Yo me he dejado seducir y enamorar por este final, pero sobre todo me he enamorado de la pluma de Nekane.

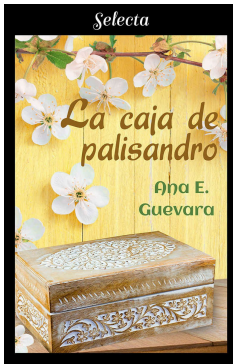
Y tú, ¿te atreves a enamorarte?

*A mí, enamórame para siempre...*

M. Montenegro

### ¿Puede el amor vencer todos los obstáculos?

Esta historia bien podría ser una historia de amor, pero no como esas novelas



románticas que devoraba en el sofá de su casa con una manta de cuadros sobre los pies. Una historia ambientada en el Londres victoriano donde un importante noble se enamoraba de una plebeya de mente despierta y lengua ágil. No, esta historia no se va a parecer en nada a esas novelas. No hay Londres victoriano, ni lord, por no haber no hay ni una plebeya salida de Whitechapel, solo una chica normal.

Apretó el paso, sus pisadas resonaban en los adoquines aún mojados por la reciente lluvia. Se levantó un poco el cuello del abrigo y notó como dos inmensos goterones resbalaron por sus mejillas, pero no era la lluvia, eran lágrimas cargadas con toda la tristeza del mundo. Un mundo que ahora era más oscuro y solitario que unas horas antes. El abrigo corto apenas alejaba el frío que hacía en la calle desierta y se dio cuenta de que el frío, en verdad, estaba dentro de ella.

Álex se había marchado y ahora le quedaba a ella recomponer su mundo sin él, por eso se sorprendió cuando recibió un regalo inesperado de su parte: una caja de palisandro que había pertenecido durante generaciones a su familia. Una caja que se resistía a abrir pero que contenía todo lo que Álex significaba para ella. Una caja que escondía un secreto y que, como la de la famosa Pandora, también podía desencadenar el mayor de los males. La madera de palisandro parecía inmune al paso del tiempo y había ido saltando de mano en mano durante generaciones en su familia, ahora era ella la guardiana de todo lo que contenía.

**Ana E. Guevara.** Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en el e-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.



Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Ana E. Guevara

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-87-6

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 1

[1] Leroy Merlin: multinacional francesa especializada en bricolaje, construcción, decoración y jardinería.

### Capítulo 6

[2] ¿Qué has dicho?

### Capítulo 11

[3] Adiós, querida.

## Índice

### La caja de palisandro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana E. Guevara

Créditos

Notas